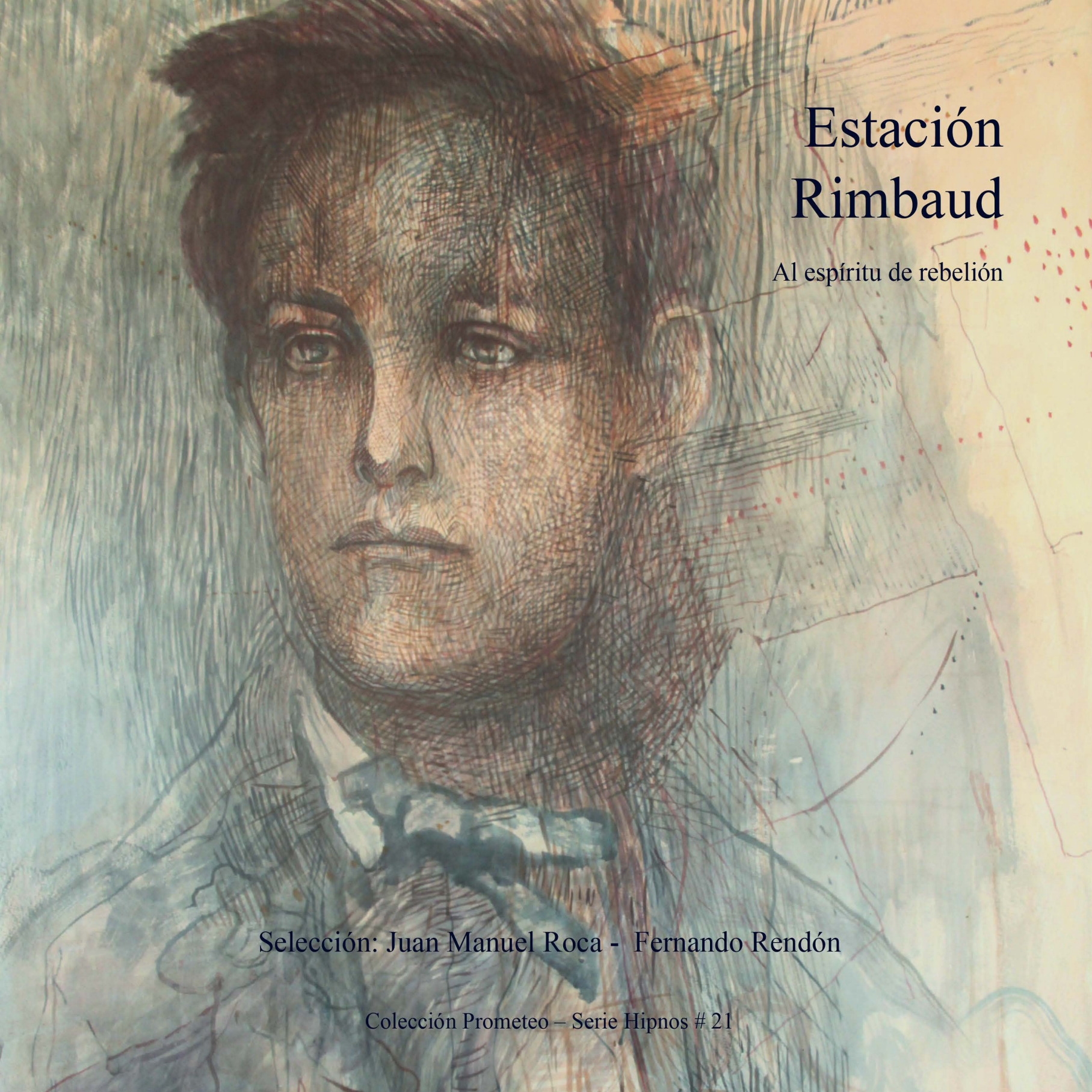




Estación Rimbaud

Al espíritu de rebelión

Selección: Juan Manuel Roca - Fernando Rendón

Colección Prometeo – Serie Hipnos # 21

ESTACIÓN RIMBAUD

Al espíritu de rebelión

Selección:

Juan Manuel Roca - Fernando Rendón

Colección Prometeo
Serie Hipnos # 21

ISBN: 978-958-95862-8-0

Primera edición: Junio de 2016.

© Juan Manuel Roca, Fernando Rendón.

Carátula: Darío Villegas.

Selección y edición: Juan Manuel Roca, Fernando Rendón.

Diagramación: Fernando Rendón.

Asistente de edición: Gloria Chvatal.

Edición: 1000 ejemplares.

Colección Prometeo. Serie Hipnos # 21.

Festival Internacional de Poesía de Medellín:

festivaldepoesiademedellin@gmail.com

www.festivaldepoesiademedellin.org

“El combate espiritual es tan brutal como la batalla entre los hombres”

Arthur Rimbaud



ESTACIÓN RIMBAUD (Al espíritu de rebelión)

I.

UN MANOJO DE VOCES

De Rimbaud se ha dicho todo, o casi todo, inclusive lo que no agrega nada a su obra, a su vida y a su incalculable legado, pero todos los días tenemos noticias suyas, reales o fabuladas. Cada vez que hay una certeza sobre Rimbaud, gracias a sus múltiples rostros, se evade. Se evade de la civilización, sea esto lo que fuere, de su familia, de su palabra, de la cultura togada, pero no ha podido evadirse de la gloria, así la supiera sol de muerto, luna de estercolario.

Su obra se evade de las interpretaciones privativamente religiosas, ocultistas, políticas, nacionales (“tengo horror a la patria”), simbolistas, historicistas, apocalípticas; pero todas lo que hacen es señalar que el poeta de Charleville era una paradoja en movimiento.

La tarea de reunir esquivas de lo que sembró en otros este irremediable contemporáneo del futuro podría llevarse décadas y aún así no bastarían miles de legajos, anaqueles y bibliotecas del mundo, para abarcar su prontuario.

Estación Rimbaud es un pequeño aporte a esas pesquisas, a las diversas interpretaciones, para armar su gran rompecabezas. Está dirigido, aunque no sea el único propósito, a nuevos lectores. Es como una llave para abrir puertas que una vez cruzadas difícilmente volverán a cerrarse.

7

A contravía de la costumbre de los viajeros que compran guías de las ciudades a las que habrán de viajar, este libro es como un mapa sin país, como un lugar sin una geografía específica no obstante su vocación de Ahasverus, de trotacaminos, una geografía, sí, que tiene muchos senderos y más huellas, incluida la sombra mutilada del poeta, viuda de sí misma. Es extraño, y no mero fetichismo, que esa pierna amputada de Rimbaud siga caminando en un centenar de poemas escritos en todos los confines del mundo. Y que nos remita con dolor a esta imagen de “Frases”: “He tendido cuerdas de campanario a campanario; guirnalda de ventana a ventana, y danzo”.

Paul Claudel, poeta católico, diría de Rimbaud que era “un místico en estado salvaje”. “Espero a Dios con verdadera gula” (“Mala sangre”). Pero, en verdad, el poeta parece haber ejercido una especie de teogamia, de apareamiento con un dios pero también con un demonio. Pero es Char, René Char, quien como siempre hace diana y sintetiza sin duda lo que para muchos representa: “es el primer poeta de una civilización todavía por nacer”. Jacques Riviere lo ve como a un nómada de sí mismo especialista en fugas: “el solo hecho de estar situado en alguna parte, la simple estadía, son en sí mismos, lo bastante espantosos para obligarle a huir”.

Henry Miller en un libro (*El tiempo de los asesinos*), pregunta que “Si pensamos que sólo fue un niño aquel que dio un tirón de orejas al mundo, ¿qué nos queda por decir? ¿No hay acaso algo tan milagroso en la aparición de Rimbaud



sobre la tierra como en el despertar de Gotama o en la aceptación de la cruz por Jesucristo?... De cualquier manera que se interprete su obra o se explique su vida, está más vivo que nunca. Y el futuro le pertenece... aunque no haya futuro”.

Menos alentadoras son las palabras de Desjouets, su viejo maestro escolar: “Nada banal germina dentro de esa cabeza. Será un genio del mal o un genio del bien”.

A esto agregaría Ezra Pound: “desde Rimbaud, ningún poeta en Francia ha inventado nada fundamental. Hubo modificaciones interesantes, casi invenciones, meras aplicaciones”.

Rimbaud era un peligro, alguien que pastoreaba los abismos y que quería “cambiar la vida”. Estamos hablando de un gran poeta cuya obra fue escrita entre los catorce y los veintiún años, que vivió con vértigo y con una intensidad que parece de milenios.

Una pieza que nos queda faltando para armar su rompecabezas: nos quedamos sin saber qué le diría su noble y viejo amigo German Nouveau en la carta que nunca llegó a manos de Rimbaud en Adén, pues ya hacía un par de años que había muerto.

¿Quién es German Nouveau? Es un viejo camarada que destruyó sus escritos tras largas peregrinaciones y despojos de asceta, alguien que como dijo André Breton en su *Antología del humor negro*, “decide por humildad destruir su obra y pasar los últimos años de su vida frecuentando las iglesias de Provenza con el espectro del beato Labre, el santo con corona de piojos que ha elegido como modelo”. ¡Un santo con una corona de piojos, nada lejano al espíritu de Rimbaud!

8

Grahamm Robb, otro de sus muchos biógrafos, nos recordará el aserto de Albert Camus sobre el artista rebelde en un texto donde afirmaba que Rimbaud es por excelencia “el poeta *revolté* y el más grande de todos”. Mucho tiempo después, Octavio Paz señalaría un franco y auténtico escollo dejado por Rimbaud a los poetas venideros. Luego de leerlo, decía el poeta mexicano, da vergüenza seguir escribiendo. De todo esto da cuenta *Estación Rimbaud* (“Al espíritu de rebelión”). Y de textos, de cartas suyas y una muestra de poemas escritos en su memoria.

II.

Una leyenda

Es juego de niños intentar armar el rompecabezas Rimbaud desde la historia o la leyenda. Que sea cierto o no que a la sola mención de que querían erigirle una estatua, pidiera fundirla para hacer pertrechos y dispararles a los franceses, solo afirma su carácter libertario con sabor a Comuna, su rechazo a las naciones: “los blancos desembarcan. ¡El cañón! Hay que someterse al bautismo, vestirse, trabajar”. (“Mala sangre”).

Que desde niño quisiera convocar el imposible y amansarlo o apaciguarlo como a una bestia, podría señalarse con un pasaje de su vida aldeana: aprendió historia en una alacena y leyó con avidez al inolvidable Michelet. Un ejemplo de su lección de imposibles: al momento de aprender a tocar piano de manera precoz, como todo lo suyo, ante la negativa



materna de alquilarle uno en la precaria Charleville de entonces, optará por taracear un teclado en la mesa familiar, en el que tomará lecciones de sí mismo. Luego aprendería de verdad a tocar un piano menos invisible y más tarde olvidaría su estación musical. ¿No parece hablar esto de su furor inicial por la poesía y de su súbita y pronta mudez?

Resulta más que paradójico, enigmático, pensar que de ningún silencio en la historia de las letras se ha hablado tanto. Resulta estruendoso que ese callar, que esa súbita entrada en la mudez, haya producido tantas palabras, tantos alegatos e interpretaciones. “Ya no sé hablar” (“Mañana”).

A la edad de los juegos animistas de los niños hablaba latín mejor quizá que el que se recita en las pompas sacerdotales, que la lengua muerta de los pavorreales de sacristía (*perpetuum mobile*). Esto parece hablar de una suerte de Paraclete, de una pequeña llama que lo visitó para darle el don de las lenguas, incluida por supuesto la lengua suelta del asco.

Bien se sabe que fue quien sentó en las rodillas a la belleza y saboreó su amargura, su calcárea y engañosa presencia, el que nos habría de dotar de un equipaje de dudas ante la fatiga de la esfinge. Bien se sabe que la relación de la poesía con la vida es disfuncional.

A los veinte años los muchos que fue dejaron de serlo. Le entregó el relevo a un dios mudo y menesteroso, a un ángel de la guarda leproso, si pensamos que la avaricia es la lepra del alma. Guardaba entonces con la ambición del que cuenta rupias frente a un espejo para sentirse más rico, monedas sonoras en su alforja. Ya era un rey Midas al revés que convertía el espejismo del verbo, el desorden de los sentidos y las aspiraciones de vidente en monedas de lodo. Pero su cuenta con la poesía ya estaba saldada.

Hastiado de la carpa de los poetas parisinos, de “semejantes pajarracos”, acude al llamado de las llanuras africanas en su obsesivo deseo de acariciar la lejanía. Algunos de esos “pajarracos” hubieran querido instalar en la modorra de buena parte de su poesía un aviso que dijera: PELIGRO, VIDENTE EN LA VÍA o a lo mejor otro cartel perentorio: ATENCIÓN, ¡TERRENO INESTABLE Y PELIGROSO!, ante la aparición del impaciente de Charleville. Y es que, como expresara Antonio Gramsci, “El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos”.

¿A qué no se adelantó Rimbaud? No solo se adelantó a la visión del tiempo de los asesinos, pues se nos dirá que esos han sido todos los tiempos, sino también a la insurrección de la mujer (“ella vivirá por ella y para ella”) y a “un siglo de manos”, no solo avanzó en “pensar con las emociones y sentir con el pensamiento” (Pessoa) y a desconfiar de los purismos y ensuciar la poesía de realidad.

Por la poesía dio su vida, quizá ella fuera su droga más a la mano. Quizá bajo sus efectos haya visto una mezquita donde otros solo veían una fábrica, o bebido “un enorme trago de veneno” (“Noche de infierno”). ¿Qué veneno ingirió? No fue la cicuta, tan socrática, ni la cantarella que los Borgias suministraban a placer en un período que sin embargo llamaban “Renacimiento”, una ingesta que mezclaba vísceras de cerdo y arsénico y que sacó a muchos mortales del mapa de Europa. El de Rimbaud fue el lento veneno de un futuro entrevisto. “Regresaré con miembros de hierro, la piel



ensombrecida, la mirada furiosa: por mi máscara me juzgarán de una raza fuerte. Tendré oro: seré ocioso y brutal. Las mujeres cuidan a esos feroces lisiados reflujo de las tierras cálidas. Intervendré en política. Salvado” (“Mala sangre”).

Nada más premonitorio que aquel pasaje de *Una temporada en el infierno*, un libro que en un comienzo se iba a titular *Libro pagano*. Era como si regresara del futuro con un “miembro de hierro”, una muleta de rengo, con el cambio de piel del aire africano y el cuidado de su hermana Isabel y de su madre, puestas en el papel de enfermeras del “feroz lisiado”. Era como si se hubiera asomado al futuro como a un mapa. Según Cintio Vitier *Temporada en el infierno* es un exorcismo, una purificación con visos de alucinación, pero habría que reiterar que es también un caso extrañísimo de videncia, de anticipación.

Su intervención política ya estaba dada en muchos poemas. Rimbaud sabía que ni siquiera la luna es apolítica, que no es la misma la que brilla sobre el patíbulo que sobre un lago de cisnes o en la campiña francesa, que no es la misma la luna de Louise Michel que la del gimoteo de Musset. De ahí su revuelta antisimbolista.

También se dio a la tarea de fundar como Baudelaire una lengua que entremezclara el lenguaje hablado con las más fulgurantes imágenes. Ni qué decir de su buen ojo para captar el aire popular que se filtra de forma adelantada en los terrenos del kitsch: “Gustaba de las pinturas idiotas, ornamentos de puertas, decorados, saltimbanquis, enseñas, iluminadas estampas populares; la literatura pasada de moda, latín de iglesia, libros eróticos sin ortografía, novelas de nuestras abuelas, cuentos de hadas, pequeños libros de infancia, viejas óperas, estribillos bobos, ritmos ingenuos”, para luego inventar “el color de las vocales” (“Alquimia del verbo”).

- 10 Lejos está aún su viaje a Arabia, tan bien descrito por Alain Borer (“Rimbaud de Arabia”), las noches sofocantes de Harar, el robo del que es víctima en el comercio de armas por parte del rey Menelik, gran señor de Choa. Un paria asaltado por un monarca no es una fábula. Siguiendo la tradición de tantos reyes adictos al latrocinio, Menelik se hace al botín del poeta mercader. Más lejos aún, está la muerte con un ramo de flores de gasa en sus espigadas manos, esperándolo. Mira sin impaciencia su necrómetro. Viste de enfermera de la caridad, se ajusta su mandil en el corredor de un hospital para pobres en Marsella.

“La injusticia no es anónima, tiene nombre y dirección”, diría Bertolt Brecht, y esto es algo que desde siempre supo Rimbaud, de ahí su insolente dedo señalador untado en la larga noche del hombre. Quizá humedecido en la misma tinta de calamar con la que escribiera Lautréamont. Lo demás es silencio. “El reto de la modernidad -anota Gramsci (“hay que ser absolutamente modernos” diría Rimbaud)- es vivir sin ilusiones y sin desilusiones”. Es de esta materia el colofón de un rebelde, un hereje de todo, hasta de sí mismo. “Le pueden robar su oro, pero nadie le puede quitar un gramo de grandeza”, me dice mi compañero en esta aventura editorial de homenaje a Rimbaud.

Como el perro temerario que ladra a las olas al llegar a la playa y deja de hacerlo cuando el mar se retira, cruzó el mundo con una tea encendida en mitad de la borrasca.

Juan Manuel Roca
Bogotá, abril 2 de 2016

I

Poemas para Rimbaud

*“He creado todas las fiestas, todos los triunfos, todos los dramas.
He tratado de inventar nuevas flores, otros astros, nuevas carnes,
nuevos idiomas. Creí adquirir poderes sobrenaturales”.*

(Arthur Rimbaud)





RIMBAUD

Jack Kerouac (Estados Unidos, 1922-1969)

¡Arthur!
On t'appela pas Jean!

Nacido en 1854 maldiciendo en Charleville,
pavimentando así el camino para
el abominable impulso homicida
de Ardennes—
¡Vaya maravilla que dejó tu padre!
Después ingresaste en la escuela a los 8 años
— ¡Un pequeño latinista hábil tú!
En octubre de 1869
Rimbaud escribe poesía
en francés griego—
Toma un tren escapando de casa

a París sin billete,
el milagroso guardafrenos mexicano
lo echa del rápido tren,
al Cielo, que
ya no recorre porque
el Cielo está en todas partes—
Sin embargo, intervienen
las viejas mariconas—
Rimbaud asombra a Rimbaud—
trenes en la verde Guardia
Nacional, orgullosa, desfilando
sobre el polvo con sus héroes—
esperando ser sodomizado
soñando con la última Chica.
—Las ciudades son bombardeadas cuando
él mira & mira & muerde
sus degenerados labios & mira



con grises ojos la
Cercada Francia—

André Gill era precursor
de André Gide —

Largos paseos leyendo poemas
en los montones de heno de Genet —

El Vidente ha nacido,
el profeta desordenado lanza su
primer manifiesto,
pone colores a las vocales
& a las consonantes inquietante cuidado,
queda bajo la influencia
de las viejas hadas francesas
que le acusan de estreñimiento
de cerebro & diarrea
de la boca —

Verlaine le cita en París
con menos aplomo del que
tuvo para desterrar chicas a
Abisinia —

«¡Merde!», grita Rimbaud en los salones de Verlaine —
Cotilleos en París —la mujer de Verlaine

tiene celos de un muchacho
sin asiento para sus calzones
— El amor envía dinero desde Bruselas
— La madre de Rimbaud odia
la inoportunidad de Madame
Verlaine — el degenerado Arthur
se sospecha que es un poeta
ya —

Gritando en el granero
Rimbaud escribe Una temporada en el Infierno,
su madre tiembla —

Verlaine manda dinero & balas
a Rimbaud —
Rimbaud va a la policía
& demuestra su inocencia
semejante a la pálida inocencia





de su divino, femenino, Jesús
— ¡Pobre Verlaine! 2 años
en el talego, aunque pudo haber
tenido un cuchillo en el corazón

¡Iluminaciones! ¡Stuttgart!
¡Estudio de idiomas!
A pie Rimbaud camina
& atravesando los Alpes
pasa a Italia, en busca
de tréboles, conejos,
Reinos de los Genios & delante
suyo nada excepto el viejo
Canaletto, muerte del sol
en viejos edificios venecianos
— Rimbaud estudia idiomas
— oye hablar de los Alleghanis,
de Brooklyn, de las últimas
Plagas Americanas —
Su hermana ángel muere —
¡Viena! ¡Mira los pasteles
& cuida viejos perros! ¡Supongo!
El muchacho loco se alista
en el Ejército Holandés
& navega a Java mandando la flota
Mandando la flota
a medianoche
en la proa, solo,
nadie oye sus órdenes
pero todo lo mortecino brilla
en el mar — Agosto no es
época para quedarse en Java —
Dirigiéndose a Egipto, está otra vez
colgado en Italia así
que vuelve a casa
al profundo sofá
pero inmediatamente se marcha
de nuevo, a Chipre, para
dirigir una banda de pendencieros



trabajadores —¿a quién se parece
ahora, este Rimbaud
final? — Polvo de roca

& oscuras espaldas & toses secas,
el sueño surge en la mente
del francés africano —

Los inválidos de los trópicos
siempre son amados —El mar Rojo
en junio, el ruido de cadenas en la costa
de Arabia — Harar,
Harar, el mágico punto
del comercio — Aden, Aden,
Sur de los beduinos —
Ogaden, Ogaden, nunca
conocido — (Entretanto
Verlaine se sienta en Paris

sobre coñacs preguntándose
qué aspecto tendrá Arthur ahora,
& cuán sombrías estarán

sus cejas puesto que creyeron
en la anterior belleza de las cejas)

16 — ¿Quién se ocupa de eso? ¿Qué clase
de franceses son esos?

¡Rimbaud, golpéame en la
cabeza con esa roca!

Rimbaud el serio compone
elegantes & eruditos artículos
para Sociedades Geográficas
Nacionales, & después de las guerras
devuelve a la chica Harari

(¡Ja! ¡Ja!) a Abisinia,

& ella era joven, tenía ojos

negros, finos labios, cabello
ondulado, & pechos de moreno
pulido con pezones de cobre
& brazaletes & unía
las manos en la espalda
& tenía hombros tan anchos
como los de Arthur, & pequeñas orejas



— Una joven de cierta
casta, en Bronzeville —
Rimbaud también conoce
a polinesias de pequeños huesos
con largos cabellos en desorden
& breves pechos & grandes pies

Finalmente empieza
a comerciar ilegalmente con armas
en Tajura
conduciendo caravanas, loco,
con un cinturón de oro
alrededor de la cintura —
¡Obligado por el Rey Menelik!
¡El Sha de Shoa!
¡Los sonidos de estos nombres
en aquella ruidosa mente
francesa!

El Cairo por el verano,
viento de limones amargos
& besos en el parque polvoriento
donde las chicas sentadas se abrazan
al polvo pensando
en nada —

¡Harar! ¡Harar!
En litera hasta Zeyla
llevado lamentando su
cumpleaños — el barco
regresa al castillo de yeso
Marsella más triste que
el tiempo, que el sueño,
más triste que el agua
— Carcinoma, Rimbaud
es comido por la enfermedad
final — Le cortan
su hermosa pierna —
Muere en los brazos



de Isabelle
su hermana
& antes de subir al Cielo
manda sus francos
a Djami, Djami
el muchacho Havari
su criado personal
8 años en el Infierno
africano del francés,
& todo eso sumado a
nada, como

Dostoievski, Beethoven
o Da Vinci —
Así, los poetas, duran un rato
& se callan:
Nada siempre procede
de nada.





BIRDS IN THE NIGHT

Luis Cernuda (España, 1902-1963)

El gobierno francés, ¿o fue el gobierno inglés?, puso una lápida
En esa casa 8 Great College Street, Camden Town, Londres,
Adonde en una habitación Rimbaud y Verlaine, rara pareja,
Vivieron, bebieron, trabajaron, fornicaron,
Durante algunas breves semanas tormentosas.
Al acto inaugural asistieron sin duda embajador y alcalde,
Todos aquellos que fueran enemigos de Verlaine y Rimbaud cuando vivían.

La casa es triste y pobre, como el barrio,
Con la tristeza sórdida que va con lo que es pobre,
No la tristeza funeral de lo que es rico sin espíritu.
Cuando la tarde cae, como en el tiempo de ellos,
Sobre su acera, húmedo y gris el aire, un organillo
Suenan, y los vecinos, de vuelta del trabajo,
Bailan unos, los jóvenes, los otros van a la taberna.

Corta fue la amistad singular de Verlaine el borracho
Y de Rimbaud el golfo, querellándose largamente.
Mas podemos pensar que acaso un buen instante
Hubo para los dos, al menos si recordaba cada uno
Que dejaron atrás la madre inaguantable y la aburrida esposa.
Pero la libertad no es de este mundo, y los libertos,
En ruptura con todo, tuvieron que pagarla a precio alto.

Si, estuvieron ahí, la lápida lo dice, tras el muro,
Presos de su destino: la amistad imposible, la amargura
De la separación, el escándalo luego; y para este
El proceso, la cárcel por dos años, gracias a sus costumbres
Que sociedad y ley condenan, hoy al menos; para aquél a solas
Errar desde un rincón a otro de la tierra,
Huyendo a nuestro mundo y su progreso renombrado.



El silencio del uno y la locuacidad banal del otro
Se compensaron. Rimbaud rechazó la mano que oprimía
Su vida; Verlaine la besa, aceptando su castigo.
Uno arrastra en el cinto el oro que ha ganado; el otro
Lo malgasta en ajenjo y mujerzuelas. Pero ambos
En entredicho siempre de las autoridades, de la gente
Que con trabajo ajeno se enriquece y triunfa.

Entonces hasta la negra prostituta tenía derecho de insultarles;
Hoy, como el tiempo ha pasado, como pasa en el mundo,
Vida al margen de todo, sodomía, borrachera, versos escarnecidos,
Ya no importan en ellos, y Francia usa de ambos nombres y ambas obras
Para mayor gloria de Francia y su arte lógico.
Sus actos y sus pasos se investigan, dando al público
Detalles íntimos de sus vidas. Nadie se asusta ahora, ni protesta.
“¿Verlaine? Vaya, amigo mío, un sátiro, un verdadero sátiro
Cuando de la mujer se trata; bien normal era el hombre,
Igual que usted y que yo. «¿Rimbaud? Católico sincero, como está demostrado.”
Y se recitan trozos del “Barco ebrio” y del soneto a las “Vocales”.
Mas de Verlaine no se recita nada, porque no esté de moda
Como el otro, del que se lanzan textos falsos en edición de lujo;
Poetas jóvenes, por todos los países, hablan mucho de él en sus provincias.

¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen luego de ellos?
Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio interminable
Para aquellos que vivieron por la palabra y murieron por ella,
como Rimbaud y Verlaine. Pero el silencio allá no evita
acá la farsa elogiosa repugnante. Alguna vez deseó uno
que la humanidad tuviese una sola cabeza, para así cortársela.
Tal vez exageraba: si fuera sólo una cucaracha, y aplastarla.



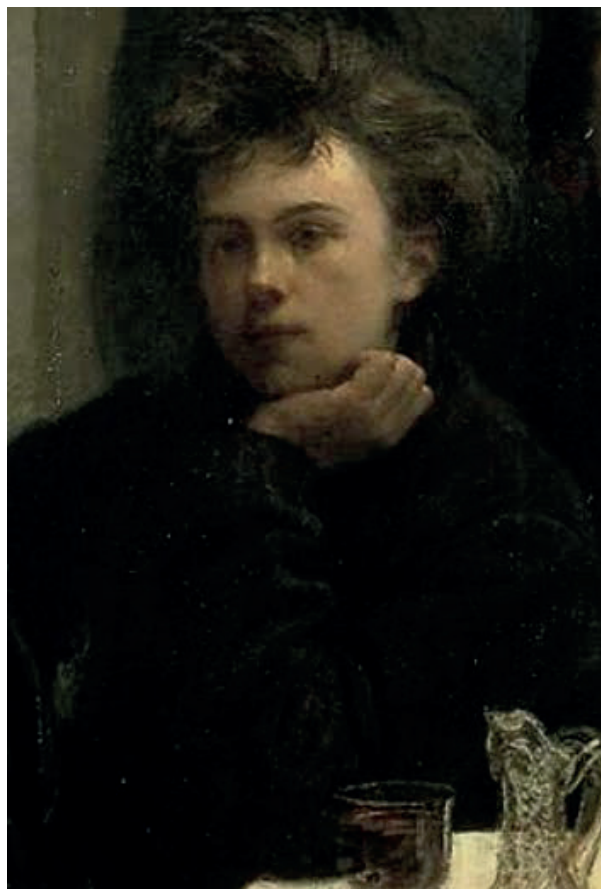
RIMBAUD

Gonzalo Rojas (Chile, 1916-2011)

No tenemos talento, es que
no tenemos talento, lo que nos pasa
es que no tenemos talento, a lo sumo
oímos voces, eso es lo que oímos: un
centelleo, un parpadeo, y ahí mismo voces. Teresa
oyó voces, el loco
que vi ayer en el Metro oyó voces.

¿Cuál Metro si aquí no hay Metro? Nunca
hubo aquí Metro, lo que hubo
fueron al galope caballos
si es que eso, si es que en este cuarto
de tres por tres hubo alguna vez caballos
en el espejo.

Pero somos precoces, eso sí que somos, muy precoces, más
que Rimbaud a nuestra edad; ¿más?,
¿todavía más que ese hijo de madre que
lo perdió todo en la apuesta? Viniera y
nos viera así todos sucios, estallados
en nuestro átomo mísero, viejos
de inmundicia y gloria. Un
puntapié nos diera en el hocico.





HOMENAJE DE ESMERALDA A RIMBAUD

Francisco Madariaga (Argentina, 1927-2000)

1

«Sociedad, todo está restablecido», dijo Rimbaud, después del fracaso de la Comuna.

Es decir, cuando los peores burgueses recuperaron sus oficinas,
sus queridas putas finas, sus vestíbulos alfombrados, y sus prostíbulos.

Y continúa Rimbaud:

«Sifilíticos, locos, habéis recuperado vuestro dinero enloquecidos».

Ganó la Restauración:

los francotiradores murieron,

o se retiraron,

con el origen del amor en sus mochilas y cabellos quemados por la pólvora.

Algunos de ellos descendían de los antiguos galos:

los hombres del fuego de los bosques,

con los ojos azules,

besados por alondras, ruiseñores, y el áspero vino de sangre de las hadas.

22

2

Un hada muy antigua se destaca por la belleza de sus labios,

un arcoíris entre las hojas canta:

-fidelidad al propio corazón-.

La fidelidad de los inocentes que huyeron del París repoblado,

a los bosques donde aman en secreto los caballos,

y las madrugadas destrenzan sus cabellos.

3

Si estuviera aún en pie un Pequeño Teatro Amarillo, esta tragedia se hubiera representado,

pero de aquella primavera de 1946 y un extraño invierno, aunados,

queda solo el recuerdo y la sombra de un otoño delicado y perverso:

un suicidio entre abejas, almendros y azucenas.

A Víctor Redondo





CAFÉ DE NOCHE

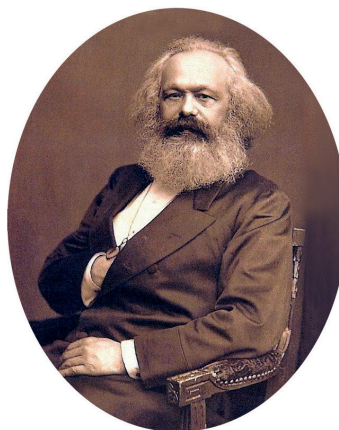
Luis Rogelio Noguerras (Cuba, 1944-1985)

A Fayad Jamis

Jean Nicolas Arthur Rimbaud
y Karl Henrich Marx
se han vuelto a encontrar este verano en Londres,
en el mismo café donde una noche de 1873
se cruzaron,
acaso tropezaron y siguieron de largo,
demasiado ocupados como iban.
Ahora los dos recuerdan con asombro
cómo llovía esa tarde sobre Europa,
cómo la vieja ciudad temblaba bajo el agua,
qué solas se veían las torres de todos los campanarios,
y se ríen.

Hace ya tanto tiempo
y sin embargo están cien años más jóvenes,
Marx,
con su saco un poco estrujado para siempre,
sus zapatos invencibles,
su irremediable sonrisa de filósofo,
y Rimbaud fumando desvergonzadamente,
ruidoso y destartado como un viejo gramófono,
con sus pantalones demasiado ceñidos
su eterna mirada soñadora
de oveja degollada.

Bajo la lenta luz de las bombillas
de Kenintong Park,
pasean en el atardecer de Londres,
siguiendo el lento vuelo de un alcatraz,
color de plomo





que pasa hacia la bahía,
mirando la frágil agonía de una nube
que se desgarrá contra el fondo
ocre y triste de un paisaje de Van Gogh.

Luego bajan hasta el puente,
fumando en las viejas pipas,
y se asoman al río que se rompe, gira,
corre sin fin, ciego,
y se preguntan qué lo mueve hacia el mar,
eternamente.

La noche llega en la cubierta del vapor The Hell
y un pescador saluda desde la orilla.
Una estrella enorme tiembla en el agua
velada ahora por la niebla.

Lentos bajo el peso de la lluvia,
Marx y Rimbaud
regresan al mismo café de Bull Street
donde una noche de 1873,

24 por la prisa,
el imperativo de una cita,
el tren que no llegaba a tiempo y se hacía tarde,
no pudieron conocerse.

Cuando se despiden,
un perro solitario le ladra a su propia sombra
en una esquina,
y por el fondo del poema
pasa cojeando el fantasma de Verlaine.
Comienza a dormirse la ciudad.

(1967)





POSIBLE ENCUENTRO DE LOUISE MICHEL Y JEAN ARTHUR RIMBAUD EN LA COMUNA

Juan Manuel Roca (Colombia, 1946)

Es posible que el encuentro entre Louise Michel y Jean Arthur Rimbaud se haya dado en un umbral de la Comuna. Si la historia no lo permitió, merece ser de nuevo escrita. Digamos que ocurrió de la siguiente manera: Louise Michel, la impaciente anarquista, tropezó con un hombre que huía del futuro, de una comarca salvaje que acostumbraba a visitar tras vadear las fronteras movedizas de su infancia.

Ella venía del exilio
Desplegando una bandera
En un palo de escoba,
Una bandera negra
En recuerdo de sus muertos.

Dicen que la escoba la heredó de una vieja hechicera y que la usó en los estrados para barrer vestigios de la oscura noche medieval.

25

El poeta conservaba su sombra intacta, aún tenía sus dos piernas tragaleguas y un paladar que seguía encontrando amarga la belleza. Venía cargado de frutos robados al viejo guardián del Paraíso. Los dos intercambiaron recetas contra el hambre y los exilios, la impaciencia y el presidio. Sus palabras obedecían a sus gestos, arrojados bajo el sol rojo y negro de las barricadas.

Ella venía del exilio
Desplegando una bandera
En un palo de escoba,
Una bandera negra
En recuerdo de sus muertos.

Louise Michel defendió a las prostitutas en la cárcel, mujeres de lengua suelta y corpiños apretados que para Rimbaud eran la higiene de la raza. Un posadero llamado Fourier les sirvió una sopa espesa, humeante como las calles de París.

- “Buen apetito”, susurró el posadero, “el futuro está servido”, aunque el porvenir, que desde siempre ha resultado un dudoso cocinero, terminará cambiando los nabos y las coles por un caldo de herrajes oxidados.



SUEÑO DE ARTHUR RIMBAUD, POETA Y VAGABUNDO

Antonio Tabucchi (Italia, 1943-2012)

La noche del veintitrés de junio de 1891, en el hospital de Marsella, Arthur Rimbaud, poeta y vagabundo, tuvo un sueño. Soñó que estaba cruzando las Ardenas. Llevaba su pierna amputada bajo el brazo y se apoyaba en una muleta. La pierna amputada estaba envuelta en papel de periódico, en el cual, en titulares de gran tamaño, estaba impreso uno de sus poemas.

Era casi medianoche y había luna llena. Los prados eran de plata, y Arthur cantaba. Llegó hasta las cercanías de un caserío en el que se veía una luz encendida a través de la ventana. Se tumbó en la hierba, bajo un enorme almendro, y siguió cantando. Cantaba una canción revolucionaria y errabunda que hablaba de una mujer y de un fusil. Al poco rato la puerta se abrió y salió una mujer que avanzó hacia él. Era una mujer joven, y llevaba el pelo suelto. Si quieres un fusil como el de tu canción, yo puedo dártelo, dijo la mujer, lo tengo en el granero.

Rimbaud se aferró a su pierna amputada y rió. Voy a la Comuna de Paris, dijo, y necesito un fusil.

26

La mujer lo guió hasta el granero. Era una construcción de dos plantas. En el piso de abajo había ovejas, y en el piso de arriba, al que se subía por una escalera de travesaños, estaba el granero. No puedo subir hasta ahí arriba, dijo Rimbaud, te esperaré aquí, entre las ovejas. Se tumbó sobre la paja y se quitó los pantalones. Cuando la mujer bajó, lo encontró preparado para hacer el amor. Si quieres una mujer como la de tu canción, dijo la mujer, yo puedo dártela. Rimbaud la abrazó y le preguntó: ¿Cómo se llama esa mujer? Se llama Aurelia, dijo la mujer, porque es una mujer de sueño. Y se desabrochó el vestido.

Se amaron entre las ovejas, y Rimbaud mantenía siempre cerca su pierna amputada. Cuando se hubieron amado, la mujer dijo: Quédate. No puedo, respondió Rimbaud, tengo que marcharme, sal fuera conmigo, para ver cómo nace el alba. Salieron a la explanada mientras empezaba a clarear. Tú no oyes esos gritos, dijo Rimbaud, pero yo los oigo, vienen de Paris y me llaman, es la libertad, es la llamada de la lejanía.

La mujer seguía desnuda, bajo el almendro. Te dejo mi pierna, dijo Rimbaud, cuida de ella.

Y se dirigió hacia la carretera principal. Qué maravilla, ahora ya no cojeaba. Caminaba como si tuviera dos piernas. Y, bajo sus zuecos, la carretera resonaba. El alba era roja por el horizonte. Y él cantaba, y era feliz.



HOSPITAL DE LA CONCEPCIÓN

Marco Antonio Campos (México, 1949)

A Frédéric Ives Jeannet

Se llamaba Arthur Rimbaud,
pero se firmaba Rimbaud o Rimbo
Rbd o simplemente R.
Vino a morir a Marsella, a un hospital
de caridad pública, domiciliado
en Rue Baille número 145, donde alquiló,
donde tuvo que alquilar un cuarto.
Aquí fue cayéndose a pedazos poco a poco.
Fue haciéndose pedazos poco a poco.
Llegó por primera vez en mayo de 1891
y cinco de los menos de los seis meses
que le quedaban los malvivió aquí,
corroído por un cáncer que le hacía polvo
los huesos. Primero fue la pierna:
El formidable marchista, el de las
“suelas de viento” (como decía Verlaine),
el que cruzaba con alas el continente europeo
y regiones desérticas o enmarañadas
del noreste del África,
se vio de pronto con las extremidades rotas.
¿Pero cómo vivir una vida cul-de-jatte?
¿Cómo imaginar un gamo con muletas?
¿Cómo no oír de nuevo el “feliz viaje” o
en “nos vemos pronto”?
“Adiós nupcias, familia, porvenir”.

Camino por el hospital. Olean en olas
los olores del cloroformo y de los medicamentos.
Es el orbe de las jeringas y de la anestesia,
del algodón y del yodo, de las luces anémicas,





de los cuartos como empalizadas de agujas,
de las mesas de operaciones donde
los muertos conversan de los muertos.
Es el albo cielo de los inválidos y los fracturados,
de las escaleras larvadas que llevan a
cuartos sin salida.

Miro una enfermera sin ojos que busca
el ataúd exacto que defina al paciente.
Otras llevan legajos a ninguna parte.
Una, de bellas piernas, devuelve de pronto
el gusto de la vida.

¿Pero dónde murió? ¿Dónde estaba su cuarto?
El antiguo director (se le pregunta)
no lo sabe. “Se ha rehecho el hospital dos veces.
Cuando vino, nadie sabía (ni él mismo) -dice-
que era un hombre ilustre”.

Catherine Pansera, de Prensa y
Comunicación del hospital, va a la busca del
legajo. Magníficamente amable me lo entrega.
Nada que aclare nada. Nada que valga (pese a
la buena intención) ni siquiera una fotocopia.
Salgo de la oficina.

Desciendo. Miro sombras
en la sala de espera: ríen, sonríen, leen, se
aburren, desvarían, se crispan, crispan al
poco rato. Algunos internos en el pasillo
parecen flotar o irse de bruces.

Regresó al hospital a preparar su féretro,
a clavarlo de pies y manos, el 24 de agosto de 1891.
Dio como datos ser “negociante, soltero,
sin filiación y de paso por Marsella”.
Todos los sufrimientos físicos y mentales
cayeron sobre él. Los alaridos y lamentaciones del
gran animal precipitándose por la cuesta pedregosa
se oían fuera en el follaje de los árboles,
en la luz de los faroles y en las olas del mar,
y sus injurias e improperios rompían en mil pedazos





la cuerda de médicos imbéciles y de enfermeras
sin vista que no sabían ver el tamaño de su sufrimiento
ni la caligrafía tenaz que los roedores hacían en su
sistema óseo hasta el grito ronco o el silencio criminal.
Y la luna cortaba en dos la luna, el cuello de la hoz,
el cuello de la oveja, e Isabelle veía, lo veía, nunca
se cansó de verlo, como un mártir parecido a Cristo,
la hermana caritativa, la hermana iluminada que
despreciaron y desprecian los tontos caropolitanos.

Al lado, en una silla, vigilaba del hermano
figuras, metáforas y emblemas de los sueños
y escribía por él con una pluma de sangre:
“Yo iré bajo tierra y tú andarás bajo el sol”.
Sobre la cabecera de la cama, en la pared,
un breve crucifijo decía al paciente
que la clave está en el sacrificio extremo.
Desde la ventana Rimbaud veía como entre brumas
las grandes hojas de los plátanos del jardín
empezar a amarillear y a marchitarse,
e imaginaba, a menos de una milla,
el viejo puerto o la estación de trenes.
Las voces en el jardín o en el pasillo,
el aleteo y las voces de los pájaros del verano o
del otoño tibio, la húmeda mano de la tramontana
le recordaban que algo se parecía a la vida.

Se atrevió todavía a cumplir 37 años.
Se abandonaron las imágenes:
Veía figuras de camellos en los muros
y los médicos e internos eran los
miembros de la nueva caravana.
Se agotó en la fiebre. Perdió toda la sangre
en el degüello de las bestias,
y el claro de luna, al entrar por la ventana,
caligrafiaba en resplandor el epitafio al filo.
Lloraba. No sabía si los ojos servían
para llorar o para ver. No sabía si la boca
sabía a morfina, a sal o a yodo.



¿Adónde llevan los pasillos? ¿Adónde lleva
la escalera? ¿Qué murmura la fuente del jardín?

Es 9 de noviembre. Isabelle apunta el dictado.
Horas blancas después vendrá en blanco
el adiós de las palomas. Es un mensaje
para el director de Mensajerías Marítimas:
“Infórmeme usted a qué hora puedo
ser transportado a bordo”.

(1995)





ENIGMA

Juan Carlos Mestre (España, 1957)

Entró la cabeza sedienta en la casa de las putas, allí estaba Rimbaud
Con la pata atada como una gallina y la cabeza desnuda
Estaba Rimbaud, carcomido como una canoa y con la lengua blanca
Nada le dije, qué cosa deshilachada le hubiera dicho yo a Rimbaud
La verdad, pude haberme hecho pasar por ti, pero no lo hice
Pude hacerme pasar por él, te juro, me alcanzaba el talento
Discreto, en un rinconcito, estaba el bicho de Rimbaud
Con la pata atada como una gallina y la cabeza desnuda
No demasiado guapo, dispuesto, eso sí, a ponerse violento
Era como un santo enfermo estorbando en medio del altar
Como amante no creo que hubiera dado más juego que una monja
Ceroso, con las uñas sucias y oliendo como una lata de petróleo
Rimbaud en persona espantando las moscas de la rosa podrida
No tuve valor de pasarle el libro que acababa de presentar a un concurso
Lo noté atemorizado con los turistas y con hombres que nacen viejos
No sé qué hacía toda esa gente lúgubre observando a Rimbaud
Con la pata atada como una gallina y la cabeza desnuda
Yo había perdido a mi amor y buscaba a la bella durmiente
Yo le rehusé la mirada no fuera a ser que me lanzase el machete
Con los ojos cerrados Rimbaud podía dar en el blanco a cinco kilómetros
Con los ojos abiertos te metía su espada de palo hasta la empuñadura
Yo era hijo de un padre alcohólico y de madre desconocida
Me sudaban las manos al verlo rodeado de delincuentes y saltimbanquis
No me atreví a pedirle un prólogo para el libro con el que acababa de perder un concurso
Respiraba fatigosamente como una cama arrugada tras las persianas bajadas
Estaba sentado cerca del espejo donde las chicas amables se retocan los pómulos
Con la pata atada como una gallina y la cabeza desnuda
Callar es bueno, pero una sola palabra suya bastó para enfermarme



HOSPITALES

Ángel Escobar (Cuba, 1957-1997)

Yo vi a Rimbaud amarrado en una cama
y al Papá Protagónico amarrándolo duro,
y su pijama, soltándolo -gritaban y se soltaron
los huesitos vírgenes con doctores soplando
el fagot roto,
se quebraron los vasos, las persianas, los símbolos
y luego cada cual según su síntoma
le llegaron su píldora, sus ojos, su cuaresma.
Era el año bisiesto de estos días de Marzo y vi
como se ahorcaba al chivo en un pedrusco.
El choncholí explotando su cercado, y él sentado
mirando por arriba-
responsabilidad y culpa a los teléfonos,
a los viejos modales de los jueces
y a sus hijos. Yo vi a Rimbaud escupiendo
en una cesta de ojos bien templados,
y sanos como agujas. Lo vi. “No me
arrepiento”. Estoy tranquilo, soy
el escriba, el buey
que no ha tenido nada. Estoy tranquilo.



LA BELLEZA

Juan Calzadilla (Venezuela, 1931)

Rimbaud se jactaba de haber sentado
a la belleza en sus rodillas, y la época
no vaciló en considerar
tan osada confesión
como una hazaña de incalculables
proyecciones literarias.

Pero en estos momentos escépticos
en que el gusto ha proclamado
como verdad irrefutable de la estética
el que puedan coexistir
bellezas feas y aborrecibles
junto a las beldades por siglos y siglos
tenidas como tales,
yo me conformaría, por decir lo menos grave,
con sentármela a mi lado
y quedar con las manos y las rodillas libres
para, si me viera acosado,
intentar cuanto antes la fuga.



EL INSOMNIO DE RIMBAUD

José Ángel Leyva (México, 1958)

Cuántas veces la belleza puede sentarse en las rodillas
sin perder detalle del amor por uno mismo y por el otro
Bajan pestañas con lentitud de ala y filos de combate
En el color de piel se ven las sábanas que guardan
escamas de otras pieles arrancadas sin dolor a media noche
El sol de los veranos camina perturbando la sombra de los gatos
Eres otro distinto al que mudaba de ciudad en el otoño
y olfateabas la ropa de cama tendida en los balcones
Debajo del jabón los cuerpos brincan con humor de ciegos
Afirmabas con esos aires de cinismo y de mirada blanca
Qué ganas de aplastarte con las uñas como a un piojo
Te decía una mujer que imaginaba tu aliento sanguíneo en la cabeza
Y en tu cuello veía la yugular pletórica de anuncios y de luces

34

Sonríe la noche con sus colmillos largos
No puedes dormir con ese alboroto de hormonas y de nervios
de cielos donde naufragan ancestros envueltos en banderas
Los barcos ebrios se hunden en tus ojos azules de marino
No te ancla el insomnio a París ni a la estación siguiente
El bulevar del mal se ensancha al corazón del tiempo
Te ves partir en dos cuando te asumes y renuncias
a ser el mismo que vuelve del otro lado de la sangre
No te sorprende vivir como un niño en el presagio
de la ciudad antigua que pone a salvo el porvenir entre las ruinas

A Juan Manuel Roca





CARTA A UN AMIGO EN FRANCIA

Fernando Rendón (Colombia, 1951)

“¿A qué hora debo ser llevado a bordo?”
(Arthur Rimbaud)

Es el poeta que sobrevive en ti quien te permitió creer
que lograríamos traer a Medellín los objetos personales
de Arthur Rimbaud, trotamundos con botas de viento,
tras su desgraciado final en el hospital de Marsella.
¡Sus últimas y tristes pertenencias!

La raída y compacta maleta amarilla, con fuertes correajes,
en la que trajo, a su madre y a su hermana Isabelle, en Roche,
telas, collares, esteras y fugaces objetos mágicos de Abisinia;
el manto multicolor de algodón que lo arropó en Harar;
la pipa con la que exhaló sus últimas bocanadas de hachís,
para paliar el dolor de su pierna derecha gangrenada;
su reloj de cadena blindado, detenido para siempre a las cuatro
y cuatro minutos, de ese lluvioso 10 de noviembre de 1891;
cuatro de sus libros sobrevivientes que leyó tercamente sus últimos días,
en los que, ya mutilado, soñaba con retornar a Abisinia:
El conductor y el agente viajero de F. Birot (dos tomos),
La guía del constructor de A. Demanet,
y *El libro del carpintero* de J. F. Merly;
-destinados a convertirlo en el genio africano de todos los oficios-,
el pocillo de lata, una cuchara, el tenedor y el cuchillo
con el mango roto, propiedad del condenado,
atrapados en una urna de vidrio en el Museo Rimbaud de Charleville.

Era parte del homenaje que queríamos rendir a su espíritu rebelde
al poeta encarcelado, escupido, desterrado por sus congéneres
que confrontó entre nosotros todos los poderes de la arbitrariedad
y, fugitivo, arrojó a los caminos y montañas a oleadas de insumisos



en busca de iluminaciones capaces de abolir el infierno omnipresente,
multiplicando el deseo de cambiar la vida en fraternas comunas de fuego,
escribiendo sediciosos poemas para afianzar nuestras raíces sobrehumanas,
fuera del tiempo de muertas convicciones, dioses idos y raídas enseñas.

Queríamos hacerlo parte de nuestra fiesta poética anual, inigualable,
que había implosionado en una rara dimensión las visiones extáticas,
en nuestra ciudad de quincalleros, políticos infectos y milicos fascistas,
donde un río de jóvenes se pasea con un puro de cannabis en su boca
y un río de muchachas flota en las orillas de su realidad más alta,
cantando insurgentes poemas en el caracol de miles de finos oídos.

Pero qué curioso, los tiempos no han cambiado
y nuestra misión está de hecho condenada al fracaso:
me escribió madame Carole Marquet-Morelle,
curadora del Museo Rimbaud de Charleville,
informándome que la maleta de cuero que acompañó al poeta
a Java, Indonesia, Yemen, Etiopía y Abisinia,
hace parte ahora del Tesoro Nacional de Francia,
celosamente vigilado por Interpol,
su maleta amarilla elevada ahora a la categoría de obra de arte,
no puede ser incluida en la valija diplomática de la legación francesa en Colombia;
36 *“Se necesitan dos años para realizar el trámite”;*
“Estos objetos nunca han salido de Francia”;
“Sus pertenencias son su única memoria”, recalcó alarmada,
(no recordaba que sus poemas son su más vigorosa evocación),
y ahora su reloj de números romanos, sus postreros libros,
sus cubiertos y su manto africano deben ser asegurados por una suma inabordable.

Pues vale más hoy su pipa que su poesía evanecida en volutas,
el tiempo es breve. ¿Y qué sabes tú de hidrometría, temperatura y luz?
Vale más una maleta que la vida y la memoria de un poeta.
Las mismas normas que persiguieron a Rimbaud,
y que lo hicieron huir de Francia, aprisionan ahora su maleta.

Para Nelson Vallejo-Gómez





EN LA ESTANCIA DE ORO

José María Álvarez (España, 1942)

«—*Magnífico caviar*
—*Sólo compro de esturiones felices*»
De una película

«*Entonces enloquecimos*»
Arthur Rimbaud

El Otoño se extiende suntuoso
sobre París. Imposible sustraerse
al célebre alarde: esa alma noble
misteriosamente indescifrable
del poeta, que siente
con suma intensidad el deslumbramiento
de esta visión sublime.
Bajo la lluvia brilla el oro viejo
de una tarde arrogante. Qué notable
excitación, qué grato asombro.
Tan elegante, o más, que ese ámbito excelso
el ánimo del vate, fastuosa, divina,
trata de hallar metáfora eminente
que por los siglos de los siglos
recreando esta hora, maraville
por su exquisita inteligencia y lucimiento
sin distinción de clases, razas, lenguas.
Inefable el enigma, sin embargo
nuestro querido amigo no se topa
la clave del portento. Desespera;
busca afanosamente en los recursos
de su arte sagaz: todo es inútil.
Demasiada Belleza. Hasta medita
en un suicidio que vincularía



su nombre a ese titánico espaviento
del artista moderno, loco, muerto
en pos de la expresión inasequible.
Por fin, más moderado,
más cuerdo y tolerante,
recuerda que tampoco es para tanto,
y regresa a su casa, lee a Plutarco
y deja que su carne se macere
solitaria ante el mundo y sus ilustraciones.





RIMBAUD

Enrique Lihn (Chile, 1929-1988)

Él botó esta basura
yo le envidio su no a este ejercicio
a esta masturbación desconsolada
Me importa un trueno la belleza
con su chancro
Ni la perversión ni la conversión interesan
No a la magia. Sí de siempre a la siempre decepcionante
evidencia de lo que es
y que las palabras rasguñan, y eso
Le poetizo también
Este es un vicio al que solo se escapa como él
desdeñosamente
y pudo, en realidad, bloquearse en su neurosis
perder la lengua a manos de la peste
y ese no ser un sí a la lujuria de la peste

Por todos los caminos llego a lo impenetrable
a lo que sirve de nada
Poesía culpable quizás de lo que existe
Cuánta palabra en cada cosa
qué exceso de retórica hasta en la última hormiga

Pero en definitiva él botó esta basura
su sombrero feroz en el bosque.



CUANDO RIMBAUD CAE DEL CIELO

Peter Holvoet-Hanssen (Bélgica, 1960)

¿Eso nos lleva adónde, Arthur? ¿Te has convertido en otro?
Es cierto, incluso en invierno, los manantiales son limpios.
El agua fría fortifica el corazón. Pero ve a explicarles eso
a los debilitados de la barraca 13. Nada de sopa, nada de fuego.
La muerte parecida a una chancha que se vacía entre sus pequeños. Aquí
y no allá nacen niños con estrella, polvareda.
Polvareda de nada del todo. Escucha a este perro. Ladrar hacia la otra vertiente.
Eco. Ladrar luego de su eco. Siempre más furioso hasta que
la noche lo anonada – a la flamenca. Uno va
a regalarse, bloguear, trompetear. No vayas a intentar, tú,
ver una vista más grande, equilibrio & desequilibrio.
Ínflate dignamente. Cómo, no juegues a eso...Patán.
La poesía, ¿un concurso de colorear? Tu mágica bola explota.
¿Bruselas o París? Sube. ¿Algún otro comentario? ¿Listo? Salta –

40

Otoño, lenguaje el aire pálido. Enano habla al oído
de un poeta sin paracaídas – cayendo como un meteorito.



BALADA DE JUAN ARTURO EL GALO

Rafael Patiño (Colombia, 1947)

Desértico el ojo se queja de la noche
y un perro asirio husmea en la garganta

Aunque antes me creyeran loco
por mi costumbre vespéral de jades humeantes
la loyolesca risa de Verlaine, sus amigos idiotas
irritaban mis sueños de glándulas y gemas

es que no comprendían que yo era en todos ellos
el olímpico afán de la inconstancia.





EL FRANCO TIRADOR

Jorge Boccanera (Argentina, 1952)

Rimbaud garrapatea, ensucia cuadernos, mezcla
colores para encontrar la sombra de una sola palabra.
¿La dirección del viento lo desvía? ¿El vuelo de una mosca lo distrae?
¿Lo apartan los susurros de las hojas?

Su dispersión es concentrarse en todo y sin embargo
—y nadie lo sospecha— cualquier día se esmera, canta, lustra la selva.





RIMBAUD

Tallulah Flores (Colombia, 1957)

Aquí estoy otra vez dejándome llevar por la pendiente del talud
Para ir al encuentro de los pantanos y los bosques primitivos
Cuando el tiempo se decida y las sombras no amenacen el rigor de los días.
Estoy aquí para recibir tu obstinación y tu falta de temor
Para quedarme donde estoy sobreviviendo tu vida
Cuando la memoria insidiosa te conduzca a un exilio demasiado lejano
Y sólo puedas abrazar los veranos de tu infancia.

Pero no sé quién eres si ya has vivido tanto
Es de acero tu mundo y tus árboles no me echan a andar
Tu madre eligió un río para tu muerte digna
Pero el río es enteramente oblicuo y yo olvido cómo llegar.

Tú piensas en silencio. Tú escribes en silencio.
Alcanzas la curva que enseña los antiguos homicidios de Roche
Y matas la culpa y matas las palabras
Y hablas como los hombres fuertes que se derraman en lágrimas.

Avanzas con el rayo y caes con el defecto del sonido
Pareces un hereje arrepentido con los ojos perdidos en el fango
Buscando a Dios como un aventurero más sin la urgencia de Dios
Tu vida te desborda y te abrazas al alba y yo abrazo tu voz y yo te abrazo.



RIMBAUD EL FUGADO

Sonia Cotten (Canadá, 1974)

Teníamos planes para el más allá
Perforar el esófago hueco del dogma
Con la barrena presurizada de los sentidos
Dejando el oxígeno a los ricos
La saliva a los pobres
El lenguaje a los sordos
El banquete a nuestros huéspedes
No teníamos hambre sino para tener sed
Ocultos como la miseria
Nadie nos hablaba porque nosotros escribíamos
Al cáliz mudo de la poesía
Todo fue transcrito y todo fue quemado
La llama no vive sino por el fuego
La frente quemando todo fue quemada
Las palabras, los vestidos
Las tarjetas de identidad
Quedaron nuestros cuerpos inútiles
Queríamos ofrecer nuestras tripas
Transformar nuestras panzas en marmitas
Repletas de sueños de combustión lenta
Aquellos que sustentan los soñadores
Nosotros no tendríamos hambre nunca jamás
Sino sed del agua azucarada del colibrí
Sed del agua arrojada de la Cessna
Sobre el ego ya carbonizado
Porque es esto lo que queda después de la escritura
La poesía roe el osobuco de la angustia
La poesía come todo lo que brota
Pero no habíamos encontrado
Saciedad en este ayuno que dura
Del nacimiento a la muerte



JEAN ARTHUR RIMBAUD O LA SUITE NEGRA

Carlos de Rokha (Chile, 1920-1962)

Él, que jamás ha osado poner precio a sus sueños,
Vio a los centinelas escupir los más espléndidos tapices,
A ellos, los mismos que un día negaron las uvas del delirio.

El Festín de las Gracias lo había maldecido.

Bebía un licor de oro extraído de todos los pantanos.
Donde la más bella aventura se perdía en su propio misterio.
Mientras los aldeanos le veían salir de Les Ardens.

¿Adónde iba cuando en los graneros ardían los mitos del silencio?
¿Hacia qué radas de desventura esa tarde en que oscuros caballos de espuma
lloraban a orillas del mar?

Ángel por demonio su ensueño se ha saciado.
Con los heliotropos mea las estrellas.
Cuando las Furias le soplaban las orejas.
Y su cabeza de fauno ardía por las hidras.
Por el ángel que afeitan vive siempre sentado.
Prófugo de sí mismo quienes le adoraban eran los malditos,
Los que pedían sus visiones a un Leviatán de los paraísos infernales.

Ellos han besado sus manos igualmente lamidas por larvas en desorden.

Ellos amaban al infante prodigioso.

Alquimista de vocales hechicero castigado despierta.
Rompe las llaves mágicas que guardaban su clave.
Y contra toda piedad arroja el mismo hastío.



EL ALQUIMISTA

Jorge Torres (Colombia, 1956)

Corres en la pradera del insomnio

El potro desbocado lleva en su lomo
Media pierna abultada en la rodilla
Un dolor alucinado en el relincho
Y un amor que fragmentó un disparo

Busca la errancia salpicando el Nilo
Huye la bestia del desasosiego
Galopa en las montañas de Abisinia
Colgado de la Osa Mayor en su delirio

El prodigioso animal es humo denso

46

Alado como un Pegaso ha partido
A visitar el paraíso del exilio
Dicen que ahora practica alquimia
Con misiles y vocales.

Pero sigue hastiado en sus senderos



EXPLICAÇÃO

Juan Gelman (Argentina, 1930–2014)

arthur rimbaud dijo hay que cambiar la vida y dejó de escribir es
decir dejó de alucinar la vida y fue al áfrica en cambio y amó a una
negra inmensa como un hospital y fue amado por ella con gran
rubor de los crepúsculos y entre tantos ingleses franceses portugueses
y demás aves de rapiña rimbaud contrabandeó su amor tan increíble
y para continuar el espectáculo ante hombres santos como
incrédulos arthur contrabandeó oro y pistolas en representación
de sus abrazos y cuando fue por ello castigado su culpa verdadera
nunca fue mencionada esas bestias cobardes prefieren no meneallo
condenan ciertamente las formas de querer intervenir





RIMBAUD

Leopoldo María Panero (España, 1948-2014)

Es Azul

el color del espanto

y Amarillo

el color del odio

Blanco

el color de la muerte

y de la nada

como un linchamiento perfecto

como una cabeza cortada

para dar de comer a los pájaros.





SEÑOR RIMBAUD

Carlos Héctor Trejos (Colombia, 1969 – 1999)

Le doy la razón,
preferible cazar elefantes
a cazar palabras.

Ir en busca de palabras
es como ir en busca de fantasmas.

Dispararles, es dispararles a sombras
y sucede muchas veces
que la nuestra se atraviesa
y quien recibe todos los impactos
es nuestro propio cuerpo.

África no está lejos,
pastan más lejos los sueños
y de esa larga correría
nada se trae útil, ni un trofeo.

Es más valioso el marfil.

No me volveré a armar
contra los espejos oscuros de la poesía,
no me volveré a enfrentar contra mí mismo.

Preferible, hundirse sobrio
con armas y pieles
en un mal negocio.



PARA RIMBAUD

Jack Keguenne (Bélgica, 1957)

Se escucha en sordina un concierto de consonantes, ya que
tú y yo tenemos una misma para terminar nuestro apellido y
comenzar nuestro nombre. Algo raspa y se cuelga - ¿es un
fondo de cala sobre un camino de guijarros o una pierna que se arrastra
en la marea baja? Sin duda una curvatura del poema.

Soy de una ciudad donde nuestros libros se acumulan en las
cavas -¿emplearé para hablar delante de tu tumba la palabra
“selección”?- Dejamos tras de nosotros simientes de siglos,
las frescas alegrías del berro y, a veces, algunas sonrisas
de Etiopía. No es el mar que asciende al borde de la ruta,
sino la loca embriaguez que devora los estuarios. Nuestro desarreglo ignora
las fronteras.

50

No hay ninguna rodilla en mi devoción, he pasado la edad de las
aventuras y de tu derrota. He envejecido más largamente que tu
viento; todo está disperso excepto tus cenizas.
¿Qué? 17 años, decías tú, y bajo los tilos. Nos resta
entonces intentar procesos en la aurora, levantar los adoquines de la
pesada rutina, levantar alto las miradas y el puño, dormir
entre la huella de una turbación. Fabricar el sueño de otra
esperanza. Iremos, confundidos por la belleza y la insumisión.

Cada piedra vive entre el polvo de sus estallidos y
la hierba se prolonga en su regreso. La estrella no atraviesa la
noche, ella envía el signo de su recuerdo.



ORFEO DE CHARLEVILLE

Jairo Guzmán (Colombia, 1961)

De infierno en infierno saltabas pleno de música
Como la liebre de tus Iluminaciones.
Tú, el que canta en el suplicio.
El que no tiene sentido de las leyes.
Nos has legado la suprema rebelión que aún marcha
Entre los despojos y la tierra arrasada.
Jean Arthur Rimbaud, Orfeo de Charleville,
Tu lira fue tu canto liberador
Ante quienes tenían la llama de la poesía
Cautiva en el averno del parnaso.
Nos enseñaste que el poeta, Prometeo desencadenante,
es quien rescata ese fuego y lo distribuye entre todos.
Tú nos retas a no seguir siendo
Actores de quinta categoría
En las letrinas de la historia, lánguida y ruin,
Con jugueticos que dan la ilusión
De estar pisando duro en el mundo
Y sólo somos balbuceo entre migajas de pan ázimo.
Tus poemas
Brotan como ojos de un jardín,
Allí donde el estupor es un piropo,
Un guante de seda el terror.
Dador de la clave de los sueños.
Tu poesía avanza
Con tus dones de mensajero
De la nueva fiesta sobre la tierra.
Un fuego infernal envuelve al mundo.
Leche del desahucio bebemos con delirio hasta el torpor.
Tu luz es un río
Que rebasa el cauce de las venas.
Que las potencias de tu poesía
Pueblen de revelaciones la orfandad de los despojados,
Más drástica que mil Saharas.



“CRIMEN DE NO RETORNO”
una temporada-río sobre un barco-papel

James Noël (Haití, 1978)

A Pascale, a Lena

tú Arturo
que pusiste el punto
para finalizar
acabar el cuerpo del poema
para emprender la huida
de una vez por todas
sin regresar al papel
sitio arrugado
del único crimen imborrable
inexpiable

52 tú hombre joven de múltiples trances
el ojo en ayuno de estrellas carnívoras
tú emisor de élite
de eyaculaciones de videncias precoces
de vocales multicolores
A negra I roja U verde O azul
hoy en día Arturo
qué ocurrirá hoy en día incluso
si te haces pasar por Rimbaud
para borrar todas las huellas de adolescencia
de enemigo público N° 1
tú sensor de ondas
y de polvaredas inflamables
Oh tú ladrón de fuego

hoy en día Arturo
la esperanza de vida del poema
la travesía a la potencia cero



es el Sahara
que fecunda las riberas de la sed
de los aprendices-arcángeles aquí y allá
garzas
y garzones
(cincuentenarios antes de tiempo)
se amontonan en la margen
dan a luz con el mismo aliento
carente de anticonceptivos para poetas
traen al mundo monstruos
no traen mundos
no traen palabras
de las montañas de palabras
a la cumbre del desastre
hoy los hoyos negros
cavan en nosotros puertas de salida
sueños de delicadas tumbas
mejor que viejos jardines colgantes
y cicuta en los labios
mejor que la sangre vertida de los eclipses

Arturo mi isla
hoy un barco ebrio
flotando como un corcho sobre la muerte
pequeños cadáveres de siete años
han aprendido a nadar
a jugar a la rayuela
el tiempo de tomar la medida de los océanos
la medida del más allá
una extensión ahogada en azul
de miles de almas
insumergibles

de Puerto Príncipe
a Charleville
una carabela vierte y atraviesa
la sangre de un corazón para reciclar
el amor que recorre de puerto en puerto
procede siempre mediante un recobrar el tiempo



en la ruta Arturo
como zapatos heridos
de huecos rojos sobre el flanco de las sombras
las estrellas están cansadas
todo el mundo quiere sentarse
para mi culo hay pocas sillas aquí lejos

tú Arturo
que pusiste el punto
para finalizar
acabar el cuerpo del poema
para emprender la huida
de una vez por todas
sin regresar al papel
sitio arrugado
del único crimen imborrable
inexpiable





RIMBAUD INVERSO
(Fragmento)

Nuno Júdice (Portugal, 1949)

El pastiche es un pastis

inclinados cerros del matinal clamor
murmullo de siglos ahogados bebiendo ternura
fuego de dios solar ofreciéndose para cerrar los ojos
a la fuerza y a la belleza abrazadas en el poder desmedido de la Vida
oro de láminas escritas en la excesiva ventura de la juventud
portales abiertos de par en par laxos por los ojos del desierto nocturno
mueren y florecen estaciones en aquellos que, lejos de la divina claridad,
descubren el eterno partir del sol ansiado —¿por qué?—
en un puerto retornado desde las brumas inmóviles surgidas desde la barca del otoño
crucificaron la lluvia empapando el pan podrido de harapos, lama y fuego
espléndidas ciudades armadas de paciencia ardiente
en la aurora despuntada con la real ternura de las armas veladas
con las especies aplazadas en la muerte de los gimoteos sórdidos
moderados por los silbidos pestilentes de un cántico de dientes
caen las eternas recompensas encima de un cadáver de luz



CAMINO DE HARAR

Antonio Conte (Cuba, 1944)

Arthur Rimbaud, con su cabeza de caballo loco
no visita su puesto comercial en las húmedas tardes.
No se le ven las greñas cerca de la mezquita
ni se ha visto su sombra trasnochar en las piedras.
Camino de Harar sólo se ven las cumbres nebulosas
y el frío negro de la tierra, donde no hay ilusiones
ni el fuego de las grandes capitales.
Camino de Harar los niños desolados pastorean la inmensidad
como si no tuvieran otra cosa que hacer.
Arthur Rimbaud habrá visto las cavernas del mundo
en los ojos de un ángel pequeño.
Pero él no está en Harar, iluminado y loco
para estrechar mi mano cuando paso.
Es otra luz, otros caminos muertos
los que salen a flote después de recorrer los años
de humana incertidumbre que anuncian la prehistoria
por la gran carretera
mientras el almuhecín convoca a los fieles difuntos
y a los fieles devotos de su congregación
elevando las manos hacia el cielo vacío.
¿Qué canta? ¿Qué cantamos los hombres
después que la memoria concurre a estas paredes
donde se multiplican la orfandad y la ruina?
Arthur Rimbaud, con su cabeza de caballo loco
ya no está aquí. Y a veces, en los huertos cercados
contra el viento y las hienas
mil voces rugen como espíritus sueltos de lejanas prisiones
para poblar las noches, camino de Harar.





¡Hiciste bien en partir, Arthur Rimbaud!

René Char (Francia, 1907-1988)

¡Hiciste bien en partir, Arthur Rimbaud! Tus dieciocho años tan refractarios a la amistad, a la malevolencia, a la necedad de los poetas de París como al ronroneo de abeja de tu familia ardenesa un tanto insensata, hiciste bien en desparramarlos a los vientos de alta mar, en arrojarlos bajo el filo de su precoz guillotina. Tuviste razón en cambiar el bulvar de los perezosos, los cafés de los poetastros, por el infierno de los animales, por el comercio de los astutos y la salutación de los simples.

¡Ese ímpetu absurdo del cuerpo y del alma, esa bala de cañón que alcanza su blanco haciéndolo estallar, claro que sí, eso es la vida de un hombre! No se puede, al salir de la infancia, estrangular indefinidamente al prójimo. Si bien los volcanes poco cambian de lugar, su lava recorre el gran vacío del mundo y le otorga virtudes que cantan en sus playas.

¡Hiciste bien en partir, Arthur Rimbaud! Somos unos cuantos los que, contigo, creemos sin pruebas la felicidad posible.



II

Un mapa para armar

*“¡Yo! Yo que me consideré ángel o mago, dispensado de toda moral, soy restituido a la tierra,
con un deber que hay que buscar, y una rugosa realidad que es necesario estrechar”.*

(Arthur Rimbaud)





ANTE UN RETRATO DE RIMBAUD

Héctor Rojas Herazo (Colombia, 1921-2002)

Todo retrato viejo tiene aire de familia. Y este —el retrato adolescente de Arthur Rimbaud— es el único que no lo tiene. Definitivamente es la imagen de un forastero. De alguien que vino y contempló con furia el espectáculo de la tierra y luego se fue con el asco quemándole los labios. Tiene la belleza sombría de una muchacha enlutada. De esas muchachas de pueblo, casi vírgenes a fuerza de una temprana viudez. De esas que nunca envejecen. Que se quedan de veinte años para toda la vida. Y que una tarde con sol de venados se acuestan, por simple catarro neurálgico, y se quedan hechas polvo y viento de nada. Y madera. Toda la vejez se les aprieta, entonces, en la mortaja. Verdaderos monstruos de ancianidad son esos trocitos de carne harapienta que van a botar al cementerio. Este retrato de Rimbaud es una bella viuda con ojos de demonio adolescente. Esos ojos no quieren ni esperan nada. Hasta el vacío, hasta la depravación, los dejaría insensibles. Se saben de memoria la existencia estos ojos de diez y ocho años. El rostro es levemente alargado. Rostro de convaleciente de una enfermedad que le viene de muy atrás. Con su azufre sobre la piel. Con su poco de carbón usado tiznándole las sienes.

Este retrato dirá palabras furiosas y se pondrá a medir, con un teodolito epistolar, el horizonte de las caravanas. Mientras tanto se estará quieto. Mudo. Con su dureza de sacrílego que come gatos muertos en las sacristías. Con su misa negra en la corbata y sus piojos de suburbio en las costuras del pantalón y en el revés de la solapa. Cuando acabe de tragarse su infierno, de beberse sus aceites, de volver y revolver el marmito de sus palabras, el retrato se saldrá de su marco y se pondrá a blasfemar en cuatro patas para que todos los sapos inicien la azufrada liturgia de morder a su gusto los levitones de los misóginos. Este retrato, por estar cansado de todo, ha terminado por cansarse de sí mismo. Le dolerá la cintura de tanto asco y le entregará, antes de terminar su viaje, un poco de sus huesos a la sombra. Porque este asqueado mancebo logró algo verdaderamente patético para un verdadero gran poeta: odiar, con toda la profunda energía de su odio a la belleza poética. Y la odió por una razón bien sencilla: porque ella, y únicamente ella fue la responsable de su caída, de su hambre, de su suplicio, en la búsqueda de su final condenación.

61

Rimbaud ha sido de los pocos hombres que han tenido el privilegio de escoger una zona de la inteligencia para ganar o perder el cielo sin salirse de los linderos terrestres. Y optó, por sí y ante sí, por la perdición. Ha sido el más dramático ejemplo de soberbia lírica en un continente y en una época de soberbios líricos. Lucifer adolescente, trata de hacer tabla rasa de sus sentidos y su herencia, de su civilización, para empinarse, con hocico encendido, hasta el propio resplandor de la divinidad. No quiere ni pide cuartel. Está solo. Hórridamente



solo en el último y más tempestuoso reducto de su alma. Sin objetivo ni límite. Sangrando hacia adentro. En esa santidad al revés que lo enfrenta, de rostro a rostro, con la maldición de su propia aventura.

Cuando regresó de ella estaba hastiado, calcinado. Con esa ceniza de eternidad que cubre el hambre y el frío de sus palabras. Había empleado, hasta el delirio, sus armas de rebelión poética. Lo que quedaba en sus manos no era otra cosa que derrota, inerme destino. El acre sabor de quien ha nutrido su corazón en las tinieblas. En él, la desesperación toma forma de odio. De derrota. La retórica —lo único que podía quedarle como saldo de esa batalla desproporcionada— era, apenas, un melancólico juguete. La rechazó con furia, abominándola con palabras temibles, con axiológica procacidad. Y quiso, en la tierra, una anticipación del infierno, convertir su existencia en una expiación. Lo demás es el pavor, el tránsito caínico, las fauces masticando hiel, la testa para la cual todas las almohadas se vuelven piedras. Por eso, detrás de sus comisuras labiales, el retrato de viudita virginal tiene una sonrisa sin fondo.





MI HERMANO ARTHUR (Fragmento)

Isabelle Rimbaud (Francia, 1860-1917)

Yo sostuve su cuerpo vacilante. Llevé en mis brazos este cuerpo sufriente y desfalleciente.

Guié sus salidas y vigilé cada uno de sus pasos: lo conduje y acompañé a donde quiera que quiso: lo ayudé siempre a entrar, a subir, a descender; alejé de su único pie la trampa y el obstáculo.

Preparé su asiento, su cama, su mesa. Bocado a bocado, le di algo de comer. Puse en sus labios el vaso para que bebiera, a fin de que su sed se saciara. Seguí con atención la marcha de horas y minutos. En el instante preciso, le daba cada una de las pociones ordenadas. ¡Y cuántas veces al día! Empleé las jornadas para tratar de distraerlo de sus pensamientos y de sus penas. Pasé las noches en su cabecera: hubiera querido dormirlo haciendo música, pero la música lloraba siempre. En plena noche me pedía que fuera a cortar la amapola adormecedora, y yo iba. En las tinieblas me daba prisa y preparaba luego brebajes calmantes, que él bebía...

Las vigiliass recomenzaban durando hasta la mañana. Y cuando lograba dormir, me quedaba cerca para mirarlo, para quererlo, para rogar, para llorar. Si partía al alba, aun sin hacer ruido, se despertaba de inmediato y su voz, su amada voz, me llamaba. Y yo acudía en seguida cerca de él, feliz de poderlo ayudar.

63

¡Cuántas veces, en el curso de las mañanas, cuando al fin saboreaba cierto reposo, me quedaba horas, la oreja pegada a su puerta, espionando su llamado, espionando su aliento!

Ningunas manos como las mías lo cuidaron, lo tocaron, lo vistieron, lo ayudaron en su sufrir.

Nunca ninguna madre pudo sentir más viva solicitud por su hijo enfermo... Él me hablaba del país que acababa de dejar y me contaba sus trabajos. Tenía también mis recuerdos del pasado y de la dicha perdida. Y sus lágrimas caían amargas, abundantes. Trataba de calmar su pena sin lograrlo, sabiendo que ya la vida no le sonreiría más; e impotente para darle consuelo, mirando, muda, caer sus lágrimas, veía al mismo tiempo hundirse cada día más sus mejillas pálidas y alterarse su admirable rostro...

¡Ay de mí!

Lo ayudé a morir, y él, antes de dejarme, me quiso enseñar la verdadera dicha de la vida. Muriendo, me ayudó a vivir...



II

Allá abajo, más allá de los mares, en las montañas etíopes, bajo el tórrido sol, entre el viento abrasante que seca los huesos y altera las médulas, ¡qué de fatigas no soportó! Ningún europeo antes de él intentó llevar a cabo los trabajos a los que se vio obligado. ¡Cuántos esfuerzos incesantes! ¡Cuántas andanzas!

¡Oh! Ese viaje fatal de Tadjourah a Choa y a Abisinia. ¿Qué mal soplo pudo respirar en esas funestas regiones? ¿Qué ángel maligno lo condujo? Por más de un año, sí, por más de un año, padeció allí, en su cuerpo como en su espíritu, todas las pruebas y los hastíos posibles. ¿Y cuál compensación como reciprocidad? Conoció todos los desencantos: un desastre completo.

La enfermedad había merodeado en torno de él. Como un reptil venenoso lo enlazó y, poco a poco, insensible pero firmemente, fue conduciéndolo sin que él lo percibiera, a la catástrofe final.

-¡Adelante, coraje! Tú no has sido feliz al lado del rey. ¡Y bien! Redobla tus esfuerzos, multiplica tus facultades, sal de las vías comunes. Nada del don de la inteligencia y la fuerza del común de los hombres. ¡Oh, no! Hay en ti un genio excepcional. La centella divina deparada a cada uno de nosotros es en tu alma un fogón incandescente, una luz deslumbrante que penetra íntegra en todas partes.

Y lo que hace tu fuerza es la voluntad vehemente y osada a la cual sometes tus músculos y tu pensamiento, sin escuchar sus quejas ni su necesidad de reposo.

64 Trabaja, tú que tanto has trabajado. ¡Instrúyete, tú que eres una enciclopedia viva! Después de las jornadas abrumadoras, dedica una parte de las noches a estudiar los múltiples idiomas africanos, ¡tú que hablas con soltura todas las lenguas de Europa!

¡No encuentra ningún gusto en comer ni beber, ni en los otros placeres de los que se sustentan los demás blancos! ¡Pon bien atención! ¡Lleva una vida ascética!... Unos minutos bastan para tus comidas, y durante once años, no calmas tu sed sino con agua. Cuando te reúnes con amigos es únicamente para hablar de negocios y de noticias que interesan a todos. A veces un poco de música, muchas luces, pero siempre gobernando todo con tu conversación incomparable, que sabe por sí sola amenizar y encantar a aquellos que tienen el honor de ser admitidos en tu casa.

La pureza de tus costumbres es ya leyenda r... ¡Sé bueno, sé generoso!... Para ti mismo, sé estrictamente ahorrativo. Nada de gastos inútiles ni menos de lujos inútiles

¿Quién ha construido y fabricado los muebles de tu vivienda? Tú mismo.

Posees, pues, el secreto de los artesanos. Conoces asimismo el arte del labrador: has sembrado en tierra semillas europeas, y en tus jardines de cafetos, entre tus plantas de bananos, se entremezclan, vigorosas y magníficas, las legumbres más exquisitas de los huertos de Occidente...



ARTHUR RIMBAUD (Fragmento)

Paul Verlaine (Francia, 1844– 1896)

Con gozo hubimos de conocer a Arthur Rimbaud. Hoy, muchas cosas nos separan, sin que, claro está, haya nunca faltado o disminuido nuestra profunda admiración por su genio y su carácter.

En aquella época, relativamente lejana, de nuestra intimidad, Arthur Rimbaud era un niño de dieciséis o diecisiete años, ya por entonces afianzado a todo el caudal poético que sería menester que el público conociera...

Físicamente era alto, bien conformado, casi atlético; su rostro tenía el óvalo de un ángel desterrado; los despeinados cabellos eran de un color castaño claro y los ojos de un azul pálido e inquietante. Como era de las Ardenas, además de un acento del terruño, pronto perdido, poseía el don de la asimilación rápida propio de sus paisanos, y esto puede explicar la pronta desecación de su numen bajo el sol insulso de París.

Abramos aquí un paréntesis y, por si estas líneas caen casualmente bajo su mirada, sepa Arthur Rimbaud que nosotros no juzgamos los móviles de los hombres, y tenga por segura nuestra aprobación (y nuestra negra tristeza también) de su abandono de la poesía, supuesto que este abandono haya sido para él lógico, honesto y necesario, lo cual no dudamos.

65

La obra de Rimbaud, remontándose al periodo de su extrema juventud, es decir, a 1869, 70 y 71, es asaz abundante y formaría un respetable volumen. Se compone de poemas generalmente cortos, letrillas, sonetos, o composiciones de cuatro, cinco o seis versos. El poeta nunca emplea el pareado heroico (rime plate).

Su verso, firmemente encajado, usa de pocos artificios; hay en él pocas cesuras literarias y no cabalga. La selección de palabras es siempre exquisita, a veces pedante adrede. El lenguaje es preciso y permanece claro aun cuando la idea suba de color o el sentido se oscurezca.

Si le hubiéramos consultado a él (séase que ignoramos su dirección, inmensamente vaga, además) probablemente nos hubiera desaconsejado emprender esta tarea por lo que a él le atañe. ¡Así, se maldijo a sí mismo este Poeta Maldito! Pero la amistad y la devoción literarias que siempre le otorgaremos nos han dictado estas líneas induciéndonos a indiscreción. ¡Peor para él! Tanto mejor —¿no es cierto?— para vosotros.

Del tesoro olvidado por su poseedor más que frívolo, no se habrá perdido todo, y si es que cometemos en ello un crimen, entonces feliz culpa!



Después de alguna permanencia en París y de diversas peregrinaciones más o menos aterradoras, Rimbaud cambió de rumbo y trabajó (él) en lo ingenuo, y ya en el plano de lo muy sencillo adrede, no usó más que asonancias, palabras vagas, frases infantiles o populares. Así consiguió prodigios de sutileza, de verdadero matiz débil, de encanto inapreciable, a fuerza de ser transparente y agudo.

¡Ha reaparecido!

¿Qué? La eternidad.
Con todos los soles
se ha marchado el mar.

Pero el poeta desaparecía, nos referimos al poeta correcto, en el sentido un poco especial del vocablo. Se convertía en un prosista sorprendente. Un manuscrito cuyo título no recordamos y que contenía extraños misticismos y agudísimos atisbos psicológicos, cayó en unas manos que le extraviaron sin darse cuenta de lo que hacían.

“Una temporada en el Infierno”, publicada en Bruselas, en 1873, por la casa Poot y C., calle de las Berzas, núm. 37, se hundió totalmente en un monstruoso olvido, por no haber preparado el autor el más insignificante bombo. Tenía que hacer más y mejores cosas.

Recorrió los continentes, todos los océanos, pobre y altivamente (rico, además, si hubiera querido, por su familia y su posición) después de haber escrito, también en prosa, una serie de soberbios trozos con el título de “Las Iluminaciones”, los creo que para siempre perdidos.

Dijo en su “Temporada en el Infierno”:

“Ya he hecho mi jornada. Me voy de Europa. El aire marino quemará mis pulmones; me tostarán los perdidos climas”.

París, 1884





LA CÓLERA EN LA SANGRE

Daniel Rops (Francia, 1901-1965)

«*L'existence enragée, la colère dans le sang*»¹.

Nos parece verle ante nosotros tal como era en esa edad prodigiosa en que, con su alma que irradiaba un genio nuevo, pero el corazón poblado de malos sueños, llega a París, donde lo espera Verlaine, decidido a triunfar. (No hablaremos de su primera huida a París, pues su único sentido es que pone de manifiesto su violento deseo de evasión.)

Para quien lo encuentra con el ánimo desprevenido y lo mira con ojos burgueses, no es más que un adolescente en la edad ingrata de los dieciocho años, en cuyo corazón el orgullo y el pudor mezclan sus influjos rebeldes. Debió ser bastante parecido a como lo describe Matilde Verlaine²:

“Un alto y robusto muchacho, de faz rojiza, un campesino... Los ojos eran azules, bastante hermosos, pero tenían una expresión aviesa”. “El pantalón, que le quedaba corto, dejaba ver calcetines tejidos de algodón azul.”

Sí, así debía parecerles a las mujeres, que muy poco se interesaban por él. Un colegial tosco. Forain decía que se parecía a “un perro grande”.

Pero había además algo que sus retratos permiten adivinar (sobre todo el de Fantin Latour en su *Rincón de mesa*) y que expresa hondamente la verdad de su ser. La luz que le había herido permanecía sobre su rostro; pero la sombra del rechazo y del odio también estaba inscrita en él.

“Muy hermoso, con una belleza rústica y ladina”, dice Verlaine. Y también “Una especie de dulzura lucía y sonreía en sus ojos crueles, de color azul claro, y en la firme boca roja, de comisuras amargas”. Las comparaciones alusivas con que el poeta de Sagesse ha sembrado sus versos acaban el trazado del retrato: *Ángel en destierro, Satán adolescente*.

La fuerza de seducción de un ser semejante es muy grande, pero su fuerza de repulsión no es menor. Se le quiere, se le odia, una u otra cosa o ambas a la vez. Cuando está en sociedad, si no se entrega a alguna agresiva incongruencia, apenas responde con monosílabos hastiados.

Asno lúgubre, dirá de él el caricaturista André Gill y Lepelletier, amigo de Verlaine: “Tiene el aspecto de un evadido de un reformatorio”. Todo es verdadero, por cierto, y verdadero al mismo tiempo. Tímido y rebelde, desmesuradamente orgulloso, violento hasta en sus silencios harto explícitos, responde perfectamente a la definición propuesta por él mismo en la *Temporada en el infierno*: “Mala sangre”.

* * *



Ese tipo de muchacho nos es muy conocido. Radicalmente inadaptados a la civilización y a la sociedad en que la suerte les hizo nacer, conscientes de su debilidad para romper con los vínculos, queriéndolos incluso algunas veces, en secreto, e indignándose contra sí mismos por quererlos. Su rebeldía es menos una decisión que un instinto. Una fuerza de odio que salta a borbotones sin motivo aparente los posee; su ternura sin empleo es dolorosa. El pudor más atroz les ata, el pudor de la vida: se avergüenzan de ella. No aceptan ser lo que son en un mundo tal como el que ven. Si existe en ellos el amor de las “islas de melancolía”, que, al decir de Barrés, son la patria amada de todos los adolescentes, hay también otra cosa muy distinta: una apetencia de desdicha, como si ella fuera lo más noble, lo único que, en medio de la vulgaridad general, alza la protesta del dolor.

Oscuridad del alma que muy pocos adultos comprenden. Esta perversión —a sus ojos— de negarse a la alegría y al curso apacible de la existencia les parece a los corazones quietos, a los “sentados”, un absurdo cuyas razones ni siquiera es necesario dilucidar. Se limitan a observar los gestos exteriores de estos jóvenes seres: sus malas acciones, sus rebeldías ridículas, el sobresalto de sus cóleras; todo sirve de pretexto para juzgarles. Pero precisamente el error consiste en estimarlos en función de convenciones y de códigos cuya jurisdicción ellos no aceptan. Su mejor juez sigue siendo su conciencia, que, más secretamente que un padre o un magistrado, les hace volver a su condición inaceptable y los obliga, crueles, a volver sus crueldades contra ellos mismos. — Que Rimbaud haya sido al comienzo un niño de esta clase, no cabe duda. Al *comienzo*, porque no se trata de explicarlo todo mediante el fácil análisis psicológico con que se han contentado, algo precipitadamente, algunos comentadores³. La gran experiencia de Rimbaud no es tan sólo uno de los aspectos de su rebeldía juvenil, es otra cosa, pero toma de ella su impulso inicial.

68

Mala sangre. Lo era ya desde la escuela, siendo a la vez el alumno trabajador y magníficamente dotado que ganaba los premios de los que se burlaba luego. “Nada vulgar brota de esta cabeza —escribía el principal del colegio de Charleville—. Será el genio del mal o del bien”. Apreciación exacta. Desde la más tierna edad se manifiesta su instinto de rebeldía.

1. “La existencia rabiosa, la cólera en la sangre.”

2. MÉMOIRES, inéditas, citadas en el VERLAINE TEL QU’IL FUT de M. F. Porche. (Flammarion, 1993.)

3. André Fontaine, Genie de Rimbaud. (Delagrave, 1934)





LA OBRA DE RIMBAUD HA MODIFICADO LA VIDA MORAL DE LAS PERSONAS

Pere Gimferrer (España, 1945)

Más de una vez he dicho que, pese a las apariencias, la obra de Rimbaud ha modificado la vida moral de las personas en un sentido más extenso, más profundo y, sobre todo, más duradero que la obra de otros que aspiraban a incidir sobre la vida diaria de otra forma. Por ejemplo, la influencia de Rousseau en la vida contemporánea, en la vida desde la Revolución Francesa a hoy, o la influencia incluso de Marx, han sido muy extensas, pero menos profundas que la de Rimbaud y, sin duda, serán menos duraderas. Porque la influencia de Rousseau o de Marx podía, en el mejor de los casos, aspirar a cambiar circunstancias externas de la vida de la gente. Y esto, por importante que sea, no es imperecedero, porque va unido a una situación social concreta que evoluciona y que, en cualquier caso, no atañe a la vida moral de cada individuo, no atañe profundamente a ella. El caso de Rimbaud, en cambio, no tiene ninguna pretensión política y social inmediata, pero sí una pretensión moral muy profunda, pero no se realizó en vida de Rimbaud, se realizó mucho más tarde. Como todos sabemos, se realizó sobre todo en el siglo XX. Sin embargo, esto es lo que diferencia a Rimbaud de los demás, de los que le rodean en su tiempo, no de Lautréamont, que es otro caso, pero sí de Mallarmé e incluso de Baudelaire.

Mallarmé y Baudelaire, por grandes que sean, son, en definitiva, sólo escritores; es mucho ser sólo un escritor, no es poco, son grandes escritores. Pero Rimbaud es algo más, Rimbaud es alguien que atañe a las zonas más profundas de la conciencia de cada individuo, no únicamente, como en el caso de Mallarmé, a las formas relativas, a la forma de la expresión verbal; no únicamente, como en el caso de Baudelaire, a su moral privada. No, Rimbaud atañe incluso a la noción de identidad de cada individuo, atañe en definitiva a su relación con el mundo exterior, de ahí que mencione la recuperación de lo sacro. Rimbaud, sin embargo, tenía en su palabra la misma fe que puede tener -no exagero- el salvaje en la luz eléctrica. Es decir, el salvaje cree, o creía -el buen salvaje de los cuentos proverbiales- que el conmutador encendía la luz eléctrica y, por tanto, el pequeño conmutador era el dios del fuego. Algo así le ocurre a Rimbaud, es consciente, en la medida en que podemos nosotros captarlo, de que posee no sólo unas cualidades verbales excepcionales sino, sobre todo, de que ha encontrado un lenguaje que nadie a su alrededor posee y con el que puede decir cosas que nadie puede decir, y en efecto, nadie las dice. Pero cree que esto ha de tener un efecto tan inmediato como el conmutador de la luz. No es así: el adelanto que lleva Rimbaud respecto a su tiempo, que es inmenso, que no se mide por años, ni siquiera por décadas, sobrepasa en mucho la espera que puede tener un muchacho impaciente de diecinueve o veinte años que sabe que ha descubierto algo importante.

Todo coincide en hacernos creer que Rimbaud deja de escribir por dos motivos. Por una parte, porque su ciclo evolutivo había cumplido una curva completa, es de un tipo total. No parece que después de lo que escribe haya otra cosa que lo mismo que está escribiendo, salvo la página en blanco. Su obra está hecha, hay otros casos de ello, hay otros poetas que han terminado su obra; Eliot terminó su obra en un momento dado, escribió los *Cuatro cuartetos* y no escribió más poesía. Rimbaud la termina mucho más temprano. Por otra parte, la obra de Rimbaud no surte un efecto fulminante en



sus contemporáneos; no, no es una revelación. Él, que sabe que es un vidente, de pronto ve algo que nadie más observa. De ahí que pase luego a una actividad mercantil, en Abisinia -como todos sabemos-, porque piensa que así podía incidir sobre el mundo visible, sobre el mundo tangible, ya que le ha abandonado la fe en la palabra. Y, efectivamente, haciendo operaciones mercantiles de la naturaleza que sea en Abisinia, incide sobre el mundo real, pero de una forma muy pobre. Es decir, una operación o una transacción comercial modifica el mundo visible, mientras que un poema no leído, no comprendido, no lo modifica. Allí Rimbaud es víctima, quizá, de su propia grandeza. Por una parte su obra ha terminado, por otra, no alcanzará en vida a ver la eficacia de esta obra. La eficacia de esta obra no está en los contemporáneos de Rimbaud, está en las personas que desde 1920 en adelante, los surrealistas y sus herederos, hemos vivido -y hablo en plural porque yo me incluyo en ello- del ejemplo y el reto de Rimbaud.

17 de octubre de 1991





CENTENARIO DE RIMBAUD

Alejo Carpentier (Cuba, 1904–1980)

Si el año que pasó fue, para millones de hombres, el año de Leonardo da Vinci, el próximo será, para todos los poetas, el año de Jean-Arthur Rimbaud... Cien años habrán transcurrido desde que vino al mundo en la melancólica y prosaica ciudad de Charleville, aquel que tanta tinta hizo correr desde comienzos de este siglo. Rimbaud el vidente, lo llamaron algunos. “Místico en estado puro”, dijo Claudel. De “golfo” lo trató Benjamin Fondane, en tanto que los surrealistas hicieron maravillas de casuística, para tratar de demostrar que el adolescente torturado de Bruselas, el hoffmaniano estudiante de Stuttgart, el poeta renegado y traficante de armas de Abisinia, había sido un auténtico revolucionario –por inconformidad, por espíritu de rebeldía... El hecho es que todavía subsiste un caso Rimbaud, un misterio Rimbaud, que los hombres tratan en vano de esclarecer, ochenta años después de la publicación de *Una temporada en el infierno* (1873)... Un viajero un día regresa de Egipto afirmando que ha podido leer la firma del poeta en las murallas de un templo; a través de los recuerdos de Isabelle Rimbaud se ha tratado de saber si, durante su agonía en Marsella, Rimbaud dio alguna muestra de espíritu religioso. Hace poco, Pascal Pia cometió el risible error de aceptar, como textos inéditos de Rimbaud, unos escritos hábilmente falsificados –como también un poema publicado por Robert Desnos, hace muchos años, a modo de encabezamiento de su libro *La libertad o el amor*, pasó por ser del autor de *El barco ebrio*...

71

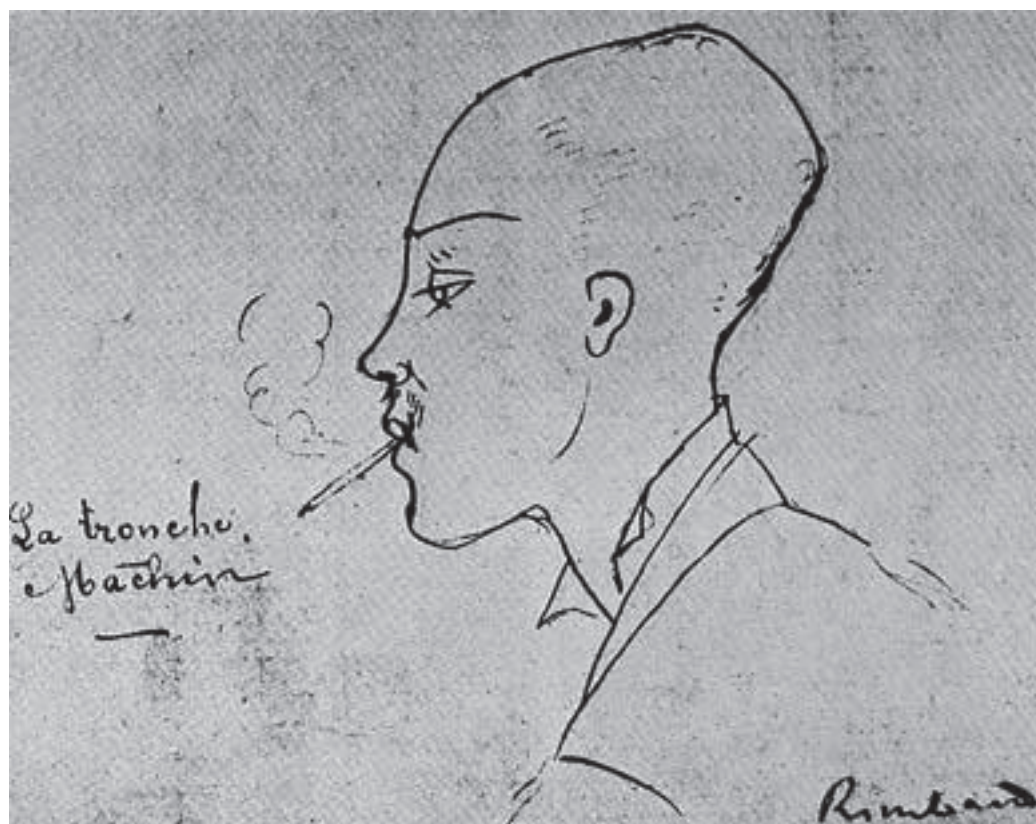
La fascinación que ejerce la figura de Rimbaud sobre los espíritus se debe, en mucho, a la magia de su obra, que conserva a través de los años su prestigio de grimorio poético, de piedra filosofal. El poeta abandona su creación en plena adolescencia –renuncia a escribir más-, dejando la poesía, por la acción de su corta obra, en un estado nuevo. El poema, gracias a Rimbaud, ha dejado de ser un cuento rimado, una anécdota en verso o una confidencia lírica. Se ha operado la “alquimia del verbo”. Las palabras, manejadas por su genio, han cobrado un nuevo sentido, disponiéndose de manera insólita, operando por asociaciones fulgurantes, reveladoras. Empieza a llegarse a la esencia de las cosas, por virtud de las palabras. Se atraviesa el espejo de las apariencias, para descubrir luces insospechadas. Por Rimbaud, la poesía se hace un medio de conocimiento del mundo, abriéndose el verso de horizonte a horizonte –ofreciendo al hombre una nueva posibilidad de percibir y entender.

Sin llegar a los milagros poéticos de *Las iluminaciones* y de *Una temporada en el infierno*, el salto a lo desconocido empieza a darse ya en los más tempranos poemas –sin que hayamos de buscar ejemplos en el harto citado “Soneto de las vocales”... Es el “Sol bajo, manchado de horrores místicos” de *El barco ebrio*, y las “olas que ruedan a lo lejos sus estremecimientos de persianas”. Son las “increíbles Floridas, que mezclan a las flores los ojos de panteras con pieles de hombres”, y los “arco-iris tendidos como bridas”, con los “glaucos tropeles bajo el horizontes de los mares”. Son las



“penínsulas desatadas”, y la “fermentación de los pantanos enormes, donde se pudre en los juncos todo un Leviatán”. Y los “Glaciares, soles de plata, olas nacaradas, cielos de brasa / Encallamientos horrorosos en el fondo de los pardos golfos / Donde las serpientes gigantes devoradas por las chinches caen / de los arboles torcidos, con negros perfumes...”.

Estamos lejos de haber agotado aun el “caso” Rimbaud a pesar del siglo que pronto habrá transcurrido desde el día de su nacimiento, junto a las murallas grises, las levitas de domingos y las bandas municipales de Charleville.





DEL PRÓLOGO A *LAS ILUMINACIONES*

Cintio Vitier (Cuba, 1921-2009)

...Porque *Una temporada en el infierno*, que primero se llamó *Libro pagano*, suma de sus fuerzas y rechazos, quiere también ser un exorcismo, tiene el sentido orgiástico de la purificación, hasta el instante en que oímos la otra voz del enterrado vivo, el grito subterráneo cuya desarmonía estremece a los musicales condenados dantescos: «¡Dios mío, piedad, ocúltame, estoy enfermo!» Esas pausas, esos guiones llenos de espacio y silencio que revelan la desértica fuerza, el vacío y la sequedad que habitan en Rimbaud, sitúan aquí uno de sus mejores ejemplos. Después del grito y de la suspensión como un espacio estelar, el poeta se recoge y hablando consigo mismo exclama fríamente horrorizado: «Estoy oculto y no lo estoy». Las alucinaciones, las fantasmagorías, la cábala poética, la magia negra y la alquimia de los colores del verbo, las atrocidades mentales y la risa del idiota, todo eso pertenece a la fiesta clandestina del oculto. El demonio nos susurra: si pudiéramos vivir infinita y eternamente ocultos, si pudiéramos pasar de los agudos placeres cerrados al definitivo refugio de la nada clandestina. Pero mientras más se esconde el oculto más siente que está expuesto, y que en el rayo de la mirada que jamás lo abandona es donde vibran las imágenes como las partículas de polvo en el rayo del sol. Él creía mirar las imágenes, pero de pronto el rayo crece en intensidad y lo baña delatándolo, miserable enfermo en el fondo oscuro de la estancia. Entonces sí es el fuego que se levanta con su condenado. Entonces sí comprende Rimbaud, hoja retorcida de vergüenza y dolor en esa ola, que el arte no es nada y que su vida y su experiencia literaria han terminado.

73

Y sin embargo, lo que él había perseguido en esa experiencia era el camino hacia otra vida. ¿Estaría ese camino en la inspiración de la infancia, en la fábula del Genio cuya belleza era inefable, incluso inconfesable? No, porque nuestros deseos han perdido su absoluto en la sucesión. ¿Estaría tal vez en los campos nocturnos de la bohemia mágica? Tampoco, porque «el pobre hermano se levantaba, la boca podrida, los ojos desorbitados —como él se soñaba— y me arrojaba en la sala aullando su sueño de pesaroso idiota». ¿Estaría entonces en las inmensas avenidas del país santo, donde el brahmán le explicó los Proverbios mientras un trueno de pichones escarlatas lo rodeaba? Esa nostalgia del Oriente es otra máscara del imposible, y ahora de pronto lo comprende: «Es cierto. ¡Pensaba en el Edén! ¿Qué significa para mi sueño esa pureza de las razas antiguas?» El camino no estaba en la infancia ni en la alucinación ni en ningún punto de la historia: estaba en el rayo donde vibran las imágenes, en la mirada del implacable amor que destruye su fiesta clandestina, en la ola de fuego que lo alza.

Esa ola de fuego y la ola esmeralda no se mezclan. Es cierto que Jesús lo mira, blanco y con trenzas oscuras, pero no le habla. Tampoco se le oye cuando baja al lavadero negro para contemplar, apoyado en una columna, el rayo de luz lívida haciendo otra columna hueca en el agua amortajada. En la mudez de su esencia la prole del demonio gesticula frente al silencio del radioso amo, que aún allí se complace con el amarillo de las últimas hojas de las viñas. La inspección termina rápidamente y la escena cambia para escuchar los estampidos y las danzas que proceden a los desembarcos, el



delirio de la pareja imposible, los últimos chisporroteos del rincón de Fausto. Yo no tengo historia, yo vivo fuera de las estaciones, yo invento la música de las más altas torres. Pero todas esas sílabas del oculto no son más que un pesado letargo. La tristeza que lo sigue mirando, la verdad que lo rodea con el llanto de los ángeles, ahora lo levanta de su lecho que era aquel baño popular abrumado por las lluvias, y el enfermo lanza otro grito penetrante: ¡Oh pureza! ¡Pureza! ¡Este minuto de vigilia me ha dado la visión de la pureza! —¡Por el espíritu se va a Dios! ¡Desgarrador infortunio!

Y cuando la ola otra vez lo deposita en el polvo que no ha querido aceptar, Rimbaud nos entrega la imagen más desgarradora de toda la poesía contemporánea, la visión de aquel país hacia el que iba, ciego y ebrio, por el valle de Meuse y los campos de Bélgica. Louis Guillet ha citado un verso de Rimbaud —«L'Aube exaltée ainsi qu'un peuple de colombes»— para destacar la blancura de otro de Dante: «lo fui nel mondo vergine sorella». Pero el pasaje a que aludimos no cede en blancor y *élan* paradisíaco a los más altos de Dante. La diferencia, sin embargo, es decisiva. Tanto el infierno como el purgatorio y el paraíso dantesco pertenecen a una geografía teológica donde los sentidos poéticos se reposan ante espectáculos que completan el orden de la creación. Cualquiera que sea la inefabilidad de las visiones, estamos dentro de un orden que integra lo visible y lo invisible, y los más graciosos gestos de las almas pueden compararse con los movimientos familiares de los rebaños, grullas y palomas. Para Rimbaud, en cambio, la economía teológica de la salvación no existe, por lo tanto el purgatorio no se justifica, en tanto que infierno y paraíso no integran un orden sino dos absolutos incommunicados: el absoluto individual un infierno («me creo en el infierno, luego estoy en él»), y el absoluto exterior del paraíso. Así sus visiones de este último son como desgarrones en el cielo, relámpagos de pureza que estremecen al ángel caído en el valle de la muerte:

A veces veo en el cielo playas sin fin cubiertas de blancas naciones jubilosas. Un gran navío de oro, por encima de mí, agita sus pabellones multicolores bajo las brisas de la mañana.

74

Después de esa visión silenciosa de alegría, Rimbaud dirige la última mirada a lo que deja atrás, a lo que hubiera sido la oquedad brillante de su futuro literario, y la primera mirada de descendimiento, de contenida ternura hacia el polvo que lo espera. Porque ahora, nos dice, es devuelto a la tierra y a la «rugosa realidad» cuyo abrazo lo aguarda. Todavía una duda (repleta de sentido si consideramos la dirección prometeica de su espíritu) lo detiene: «¿La caridad será hermana de la muerte para mí?» Pero enseguida, con ese modo tan suyo de cortar sin miramientos todo impulso regresivo, exclama: «En fin, pediré perdón por haberme alimentado de mentiras. Vamos». Jamás un verbo ha contenido mayor carga de acción y de cambio. Él sabe que ahora está definitiva y radicalmente despojado y solo, pero también que ya no es el bufón de la poesía (porque todo arte es bufonesco), el alquimista de las alucinaciones (porque toda alucinación es infernal y clandestina), que ya no es el oculto ni el otro, sino el expuesto a la luz real, y que siguiendo el camino de esa luz, de ese rayo que delata las calles de París lo mismo que las rocas de Chipre, le será posible poseer la verdad en un alma y en un cuerpo.

Rimbaud tiene entonces diecinueve años y han pasado sólo tres desde su primera carta a Banville. En esa ráfaga de tiempo sin medida, ha escrito casi toda su obra, inagotable para el amante de la poesía y para el estudioso de su destino. Entra ahora (después de *Las Iluminaciones*) en el silencio de la imagen exterior. Obrero en Alejandría, capataz de cantera en Chipre, traficante de marfil, oro, cuero y fusiles en Arabia y África, explorador, colono, geógrafo, la segunda



mitad de su vida se diseña como desértico reverso de la primera. Si aquella significó el absoluto rechazo, ésta es la aceptación no menos absoluta. Sucesiva y cada vez más entrañable aceptación del trabajo físico, de los sufrimientos, de la familia, del tiempo y el destino comunes (véase su correspondencia de 1878 a 1891). Los pedidos que le hace a la dureza lejana de la madre, en cuya exterior fatalidad parece ahora complacerse como en una relación de lo mitológico natural, nos suenan a veces tan delirantes que nos alegramos. ¿No parecen revivir la enormidad fáustica de sus deseos y fantasías esos tratados de metalurgia hidráulica, arquitectura naval, pólvoras y salitres, mineralogía, geodesia, química y astronomía, esos manuales del curtidor, del perfecto cerrajero, del fabricante de ladrillos, lozas y bujías, o también del fundidor de metales y el armador de navíos, y esos instrumentos de precisión que tan cuidadosamente describe: un teodolito, un sextante, una brújula de reconocimiento Cravet, una colección mineralógica, un aparato de agrimensor, un barómetro aneroides? Pero después resulta que esos cargamentos que van llegando deteriorados a través del hastío de los años, el mar y el desierto, los utiliza con la mayor seriedad y discreción, y que pacientemente crecen sus ahorros adheridos a su piel.

La paciencia, la tenacidad de Rimbaud son ahora tan descomunales como habían sido su impaciencia y rebeldía. Los espantosos climas, la acumulación de trabajos, privaciones y fatigas, lo van convirtiendo en el tipo absoluto de la criatura penetrada hasta los tuétanos de polvo y de silencio. Así lo vemos en la fotografía de Harar, descalzo y vestido de algodón, entre la roca y el agua, mirándonos como un animal sagrado en la blancura solar. El rostro es inescrutable, pero el pie y la mano se adelantan articulando su única palabra. Por esa época expresa el deseo de tener un hijo que llegara a ser «un ingeniero renombrado, un hombre poderoso y rico por la ciencia». La caravana que penetra hasta el reino de Menelik II se deshace dentro del blancor de otros años planetarios e iguales, y aquel deseo es también echado al fuego. El abrazo de la rugosa realidad lo encanece, lo seca, lo devuelve inmóvil a los treinta y siete años para la agonía atroz en el hospital de la Concepción de Marsella. No nos acerquemos ahora con exceso. Lo han mutilado, lo han hecho llorar toda la noche. Pero un instante después ya está callado y puro en el rayo de luz, como la martirizada imagen de la poesía.

75

Vemos entonces que las aguas se cierran detrás de las proas de acero y de planta, provocando el sitio golpeado por torbellinos de luz. La fuerza hidráulica une la celeridad de la rampa con la luz diluviana del ojo que se alimenta en la novedad inaudita de «las terribles noches de estudio». Es el planeta límpido y expuesto del geógrafo, el ingeniero, el químico. Es el amor ensangrentado bajo la claridad del hidrógeno, el deporte y el confort saltando como un ángel creado por el hombre hasta la playa jubilosa y errante que lo deshace en el tórrido azul real. ¿Existe una praxis última de la poesía donde el hecho es imagen y el progreso científico-económico suficiente hermosura? Las aguas otra vez se separan y amanecemos con el organillo y el ángel mecánico tintineando en las monedas: no es el torbellino de luz ni el navío de los conquistadores de una modernidad que se entrevé como friso de lo nuevo inalcanzable, sino París que amanece con sus pájaros y el invisible organillo detrás de la negrura. Lo izquierdo y lo derecho nos acompañan como dos ejércitos retrocediendo hasta el límite donde la mano se abre en la luz. Creíamos que el rostro del strom y de los conquistadores físicos estaba apareciendo detrás de esas sílabas, que «la hora del deseo y la satisfacción esenciales» nos esperaban en las terrazas post-diluvianas de las «jóvenes y fuertes rosas», o en las lívidas nubes de Aden. Pero ahora te seguimos buscando, Arthur Rimbaud, por los cielos que afinaron tu óptica, en el granero donde ilustraste la comedia humana, en el corazón ámbar y spunk de la noche de Circeto, con el espíritu de los pobres y en los blanquísimos acantilados de la mañana.



JEAN ARTHUR RIMBAUD *

José Lezama Lima (Cuba, 1910-1976)

“(…) Ahora Paul Verlaine está en Londres con barras clownescas de brea y de hollín. Y Rimbaud está con él y ha sido la disculpa unas clases de francés que remediarán la pobreza. Detrás de ellos, como antiestrofa o coro, las madres. La de Rimbaud, que ve siempre que su hijo se le escapa desde que tenía diez años. Y la de Verlaine, que es la madre muy vieja del cuarentón largo, que ve que su hijo, más allá de la esposa y del hijo, la busca siempre, le pertenece. Ambas, como corcho tallado, se aprestan a seguir los designios de sus sucesiones. Piojoso, vociferante desigual, rueda de una a otra parte, como el plomo de una banda a otra del barco achicado como un tapón. Y la de Rimbaud, que recordaba el día que su hijo le pidió un piano y ante su consideración le descerrajó la mesa y luego le dio forma y registro de piano. Y la promesa de convertir todas las piezas de la casa en un piano si no llegaba el piano. Y la asombrada madre de Rimbaud, que ve que después del piano su hijo quiere ahora a Verlaine, que de noche camina hasta su casa gritando, sucio de hollín y de siniestros peldaños de buena canción, como si fuese entrada y salida de personajes previamente diseñados, cuando Rimbaud se escapaba de Londres, llegaba de inmediato la madre de Verlaine. De nuevo están juntos en Bruselas, ya con la madre de Verlaine. De regreso, la madre de Rimbaud le hace el sueño en un segundo piso, el granero, con breves borronaduras de cal. Le depara así en su rica sencillez, la misma provocación imaginativa que cuando después de píldoras de opio ve solo lunas blancas y lunas negras.

76

* Fragmento extractado de “Ensayos-Analecta del reloj”, del libro José Lezama Lima, Obras completas, Tomo II, editado por Aguilar, México, 1977.





UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO (Fragmento)

Yves Bonnefoy (Francia, 1923)

UNA TEMPORADA en el Infierno es el examen, emprendido en el desasosiego, pero llevado a su término con obstinación y rigor, de todas las empresas metafísicas que Arthur Rimbaud ha intentado; y la búsqueda, que en esta ocasión él quiere decisiva, de una respuesta al problema del cambio de la vida.

De este problema los datos son desde ahora tres fracasos, descrito cada uno, después de *Mala Sangre* que los introduce y los confronta, en uno de los capítulos de la *Temporada*. Fracaso de la empresa del Vidente, *dispensado de toda moral*, en *Delirios II*, que lleva el subtítulo de *Alquimia del Verbo*. Fracaso de la empresa de caridad —o de reinención de una moralidad pasional— evocado en *Delirios I* por la *Virgen loca*. Fracaso, en fin, del espíritu de verdad, cuando Rimbaud por debilidad se obstinó en un desarreglo visionario en cuyas virtudes ya no creía, o en sus relaciones con Verlaine cuando ya había comprendido el desastre de éstas. Este último fracaso es el más irritante, sin duda, y el que con mayor impaciencia va a denunciar *La Temporada*. Esta dicho en *Noche del Infierno*.

Pero inmediatamente, y como una de las principales claves de este debate que comienza, creo que es preciso recordar que Rimbaud escribe *Una Temporada en el Infierno* sólo para sí mismo. *Mi suerte depende de este libro*, ha señalado a Delahaye. Le es preciso encontrarse, recobrase, proponer a su voluntad un pacto para los años venideros, y quien escribe bajo tan duros apremios no se preocupa en ser leído. Prueba de esto son, aquí y allá a lo largo de estas páginas, tantas elipsis tan fuertes, tantas alusiones tan decididamente personales; y el hecho de que Rimbaud, que no tiene dinero, confiara su manuscrito a un impresor. Sabe que, estando todavía su libro por pagarse, sólo recibirá cinco o seis ejemplares, pero sabe también que éstos le bastarán para que el plan concebido tome valor objetivo y pueda vivir por sí mismo junto a él.

¿Qué obra de poesía, por lo demás, ha sido jamás emprendida para “comunicar” un sentimiento, un conocimiento, un pensamiento? Un poeta tiene como preocupación inventar, verificar, y ello es vivir y no decir —el poeta sólo dirá consiguientemente. Su claridad, además, colinda con sus enigmas. Explícito cuando le es preciso conocerse, callará lo que ya sabe. Pero es grande, justamente, por esta soledad que busca. Su verdad irradia a través de sus venidas oscuras. Y si el poema concluido puede valer para todos los hombres, es porque su autor no ha querido nada más que ser un hombre, en una experiencia privada.

Una Temporada en el Infierno ilustra, para nuestro bien, esta constante ley de la creación poética. Queda como su símbolo la edición Poot, fuera de todo comercio y no obstante famosa. Porque Rimbaud se ha recluso en su inquietud ha podido alcanzar lo universal.



Planteado esto, vayamos al libro mismo. Texto oscuro, como demasiado se ha dicho y se ha olvidado, pero esta oscuridad está en sí misma cargada de sentido. Significa la simultaneidad de pensamientos que —como en la vida de Rimbaud— nada domina ni ordena de una manera decisiva. Por ejemplo, muchas elipsis (*¡Oh mi abnegación, oh mi caridad maravillosa! aquí abajo, no obstante*) dicen que las intuiciones en presencia son mucho más verdaderas, más reales que todas las dialécticas que podrían pretender conciliarlas. *Una Temporada en el Infierno* no es tanto la fórmula de un pensamiento sino más bien la prueba recíproca de la idea y de quien la forma, batalla de cada instante que, en su violencia fogosa, a veces ya no se distingue del arrebató de una danza.

¿Cuáles son estas contradicciones? Ante todo, ahora cuando ha sido hecha la experiencia de las inhibiciones, de las fatalidades, de lo que Rimbaud llama sus *apetitos*, sus *vicios*, su condición infernal, es el conflicto de datos tan dura y duraderamente terrestres y de la ambición de la salvación. Pero también, y muy conmovedor en este libro donde tanta tristeza con tan buena razón se abre paso, un deseo, siempre maltratado y, sin embargo, siempre renaciendo, de no maldecir la vida. En una palabra, contradicciones de la energía y de la miseria, de un desamparo y de una infatigable esperanza. Como antes en *Sol y Carne*, pero desde ahora más allá del desarreglo y de todas las *torturas*, Rimbaud mantiene la idea de *fuerza y belleza*, esas dos virtudes de una vida que sabe darse confianza y prodigarse libremente en el horizonte natural.

Por lo demás, ¿qué sería de él si abdicara su esperanza? Ha comprendido —trataré de mostrarlo— que la contradicción es la fatalidad de lo real, y va a tratar de encontrarle un lugar en su corazón y en su espíritu. De tal suerte que, también nosotros, tendremos que aceptar esos movimientos que se oponen, tendremos que amar esas tempestades de un violento pensamiento. Sí, antes que separar sus términos para algún catálogo metafísico, creo que es preferible revivir sus choques en el devenir mismo de la *Temporada*, que arrastra todo en sus círculos y que, al agotarse sin victoria, está mucho más cerca de la verdad de Rimbaud que cualquier idea formulada. Voy a intentar introducir a un comentario perpetuo de estas páginas tan poco numerosas y que, no obstante, por no haber borrado nada de la ambigüedad humana, se han vuelto uno de vuestros libros cuasi sagrados.

II

Una Temporada en el Infierno comienza con *Mala Sangre*, que es también su parte más antigua, por un esfuerzo de Rimbaud para definirse en relación a los otros hombres. Lo que él ha sentido, a veces tan trágicamente, como una diferencia esencial ¿tiene en verdad un carácter absoluto? ¿No tiene Rimbaud, no ha tenido jamás semejantes?

Y hay que subrayar desde el principio qué superación de sí mismo ha querido efectuar así. Sin duda, al identificarse con uno de los tipos humanos que se oponen a la sociedad y su devenir histórico, ha deseado gustar el reposo de lo universal. No lo logró. Pero esta ambición y este fracaso mismo tienen para la consecuencia del libro un valor esclarecedor, ya que ubican a Rimbaud en su más verdadera perspectiva, la del individuo de excepción.



¡Si tuviera antecedentes en algún punto cualquiera de la historia de Francia! La primera idea de Rimbaud, que ve —casi con nuestros ojos, se diría— su extrañeza en el momento presente de la historia, es para aquellos que, siempre, han sido excluidos de ésta. Apela ante el espíritu a la raza inferior, la que no ha dado figuras a lo legendario histórico, no habiéndose elevado jamás por encima de su credulidad y de sus instintos. *Los galos eran los desolladores de bestias, los quemadores de hierbas más ineptos de su tiempo*, escribe. Y precisa: *Me es muy evidente que siempre he sido de raza inferior. No puedo comprender la rebelión. Mi raza no se sublevó nunca sino para pillar: como hacen los lobos con la bestia que no han matado*. Motines que, en efecto, no hacen más que revelar una ineptitud tanto espiritual como social. Los palurdos se dejaron llevar a las cruzadas, excluir de los consejos de Cristo, y fueron abandonados a la vez por la raza noble y por Dios. Noble es aquel que ha sabido volverse una persona y que así, a pesar de su violencia y su injusticia, puede comprender la libertad, la noción de la salvación y la palabra de Cristo. Mientras que la raza inferior —y allí reside su miseria— es al mismo tiempo idólatra y sacrílega, ávida de Dios (*Yo espero a Dios con gula*, dice Rimbaud. *Soy de raza inferior por toda la eternidad*) e incapaz de la conciencia que da al hombre una forma para el encuentro de Dios.

Vemos que es en términos de salvación como Rimbaud aborda la historia. Ha evocado la *raza* de aquellos que han permanecido más acá de la más alta de las posibilidades religiosas, y ahora descubre que esos *palurdos*, a quienes Dios negó la *nobleza* y la *libertad*, las únicas que pueden permitir un pensamiento de la salvación, un afrontamiento subjetivo del ser, hoy intentan extrañamente, a pesar de todo, salvarse de una manera colectiva, identificando ser y naturaleza, y pidiéndole a la ciencia, la cual se apropia de la naturaleza, abríles así lo real. *No más vagabundos, no más guerras vagas. La raza inferior lo ha cubierto todo —el pueblo, como se dice, la razón; la nación y la ciencia*. Y también: *Vamos al Espíritu*. Tiene de Michelet, de Quinet (más que de Hegel) esta idea de una realización racional de la virtualidad de la naturaleza, y Rimbaud no olvida que ella habrá comenzado bajo el signo, no de la organización, del trabajo (la raza inferior es *pereza*), sino del irracional deseo de la transmutación de la vida. La ciencia por venir, en virtud de su origen afectivo, es aún un hecho religioso. Y si hasta sigue siendo un paganismo, bastaría para determinarlo así la ausencia reafirmada, en la sociedad comunitaria por venir, de ese individuo que el palurdo nunca ha sabido ser y nunca ha sido.

79

En suma, y coincidiendo siempre con Michelet, de quien, con toda seguridad, él ha leído y admirado la *Hechicera* (1), Rimbaud estima que la religión del individuo, el cristianismo, nunca ha afectado verdaderamente a la oscura raza “gala”. Pero sería falso pensar que él se regocije de esto o que pueda esperar por ello encontrar a sus prójimos en esos palurdos de lo sagrado. Pronto veremos mejor afirmarse su doble deseo de un cuerpo y de un alma, de una salvación y de una *libertad en la salvación*, de una vida instintiva y cargada de todas las dichas del goce inmediato, pero también de una posibilidad de la persona profundamente explorada. Su ambigüedad —su desgracia— es ser a la vez el pre-cristiano y aquel que comprende, aguda y ávidamente, lo que puede ser, hasta más allá del cristianismo, el advenimiento real del individuo. Y ahora su fatalidad es apartarse de esta raza inferior que lo limita y lo aliena (*Comprendo, y no sabiendo explicarme sin palabras paganas, quisiera callarme*) pero que no comparte su deseo y en la cual él no se ha reconocido.

Ve, por lo contrario, y se repite, en el umbral de esos tiempos que son los nuestros, que la nueva nobleza, la realización del espíritu por la ciencia, la salvación colectiva de la sangre pagana no rempazan el aprendizaje de la libertad propuesta, comenzada y muy pronto traicionada por el cristianismo. Y comprendiendo que así permanece, tal vez uno de los



últimos, abierto a lo que hubiese ofrecido una verdadera experiencia religiosa, Rimbaud se asombra, lógicamente, de ser abandonado por Dios: *¡La sangre pagana regresa! El Espíritu está próximo. ¿Por qué Cristo no me ayuda, dando a mi alma nobleza y libertad. ¡Ay! ¡El Evangelio ha pasado! ¡el Evangelio! ¡el Evangelio!*

He aquí de nuevo una reflexión sobre la historia. ¿Es el “Dios ha muerto” nietzscheano? Pero, la pregunta por la existencia de Dios permanece para Rimbaud, como, sin duda, para Nietzsche, secundaria o hasta privada de sentido. Lo que ellos se limitan a constatar, tanto uno como otro, es que ya no hay más socorro; y que en el hombre se ha mantenido un apetito de individualidad religiosa, de conciencia en la salvación, sin que haya una ayuda divina para ayudarlo a dar el último paso. Exista o no, Dios ya no se comunica con nosotros. Dios esboza a Rimbaud, no lo termina. La conciencia moderna ha recommenzado con éste la experiencia gnóstica del abandono, y es evidente que, tanto como una rebelión anti-clerical, el *Mierda a Dios* escrito por Rimbaud sobre las paredes de Charleville fue, desde 1871, un intento de despertar del lejano *Deus odiosus*.

¡El Evangelio ha pasado! Ya no vendrá ninguna respuesta, Rimbaud lo sabe ahora, y que entre este silencio y el anonimato futuro del *Espíritu*, ya no podrá contar más que con sus propios recursos. Por eso comienza enseguida la prueba, esbozando el acto, verdaderamente *moderno*, de querer fundar una vida “divina” sin Dios...

1. Que Rimbaud haya recibido desde muy temprano la influencia de La Hechicera, basta comparar el comienzo de la Introducción de este libro (“la mujer se ingenia, imagina; da a luz sueños y dioses. Algunos días es vidente”, etc.) y la Carta del Vidente para convencerse. Es tal vez en la Hechicera donde está el origen de Yo es otro, pues Michelet ha escrito: “Grecia, como todos los pueblos, había tenido sus energúmenos, perturbados, poseídos por los espíritus (. . .) Desde entonces vemos por todas partes errar a esos pobres melancólicos que se odian, que tienen horror de sí mismos. Juzgad, en efecto, lo que es sentirse doble, tener fe en ese otro, ese huésped cruel que va, viene, se pasea en vosotros, etc. (Libro Primero, capítulo I). Podemos relacionar también con la carta de Jumphe a Delahaye este pasaje del Epílogo: “Me levantaba exactamente a las seis, cuando el cañonazo del arsenal da la señal del trabajo. De seis a siete tenía’ un momento admirable, etc.” Todo este Epílogo recuerda en fin las últimas páginas de la Temporada por su estilo, de bellos acentos de gravedad resuelta, y por su confianza con-movedora en el espíritu nuevo, analógicamente identificado con la mañana. Michelet reforzó a Rimbaud en su interés apasionado por el futuro. Le enseñó cómo, en un mundo desnaturalizado por un orden moral y social malo, algunos seres (y en particular la hechicera) pueden excluirse, encerrarse en lo real considerado como demoníaco porque no podemos alcanzarlo ya sino rechazando primero sus valores actuales, y comenzar en él una resistencia, preparar para una humilde humanidad de ambiciones todavía inciertas un futuro liberado. Michelet también interesó a Rimbaud en la ciencia, y el filomático en que el antiguo vidente estuvo a punto de transformarse se comprende mejor si recordamos que Michelet dice de la Hechicera: “En ella comienza la industria, sobre todo la industria moderna que cura, que rehace al hombre”. Sería muy interesante desarrollar el paralelismo (extendiéndolo a Edgar Quinet) a partir, especialmente, de algunas citas que ha hecho Margaret A. Clarke en Rimbaud and Quinet, Sydney, 1945, sin que, lamentablemente, las enlazara bien con el pensamiento de Rimbaud.



SURREALISMO Y REVOLUCIÓN

Albert Camus (Francia, 1913-1960)

Aquí apenas trataremos de Rimbaud. Sobre él ya se ha dicho todo y más todavía, por desgracia. Precisaremos, sin embargo, porque esta precisión concierne a nuestro tema, que sólo en su obra fue Rimbaud el poeta de la rebelión. Su vida, lejos de justificar el mito que suscitó, ilustra solamente —basta una lectura objetiva de las cartas escritas en Harar para demostrarlo— un asentimiento al peor nihilismo posible. Se ha deificado a Rimbaud por haber renunciado a su genio, como si ese renunciamiento supusiera una virtud sobrehumana. Aunque esto descalifica las coartadas de nuestros contemporáneos, hay que decir, por el contrario, que la virtud está en el genio, no en la renuncia a él. La grandeza de Rimbaud no está en los primeros gritos de Charleville ni en las transacciones comerciales de Harar. Se revela en el instante en que, dando a la rebelión el lenguaje más extrañamente justo que haya recibido jamás, proclama a la vez su triunfo y su angustia, la vida ausente del mundo y el mundo inevitable, el grito hacia lo imposible y la realidad que se muestra áspera al abrazo, el rechazo de la moral y la nostalgia irresistible del deber. En ese momento en que, llevando en sí mismo la iluminación y el infierno, insultando y saludando a la belleza, hace de una contradicción irreductible un canto doble y alternado, es el poeta de la rebelión, y el más grande. No importa el orden en que fueron concebidas sus dos grandes obras. De todas maneras, hubo demasiado poco tiempo entre las dos concepciones, y todo artista sabe, con la certidumbre absoluta que nace de la experiencia de una vida, que Rimbaud llevó consigo su *Temporada en el infierno* y las *Iluminaciones* al mismo tiempo. Aunque las haya escrito una después de otra, las sufrió en el mismo momento. Esta contradicción que le mataba era su verdadero genio.

¿Pero dónde está la virtud de quien se desvía de la contradicción y traiciona a su genio antes de haberlo sufrido hasta el fin? El silencio de Rimbaud no es para él una nueva manera de rebelarse. Por lo menos, ya no podemos afirmarlo después de la publicación de las cartas de Harar. Sin duda, su metamorfosis es misteriosa. Pero hay también misterio en la trivialidad en que se sumen esas jóvenes brillantes a las que el matrimonio transforma en máquinas de calcular y de hacer ganchillo. El mito construido en torno a Rimbaud supone y afirma que nada era ya posible después de la *Temporada en el infierno*. ¿Pero qué es imposible para el poeta coronado de dones, para el creador inagotable? Después de *Moby Dick*, *El proceso*, *Zaratustra* y *Los poseídos*, ¿qué se puede imaginar? Sin embargo, después de esas siguen naciendo grandes obras que enseñan y corrigen, testimonian lo más altivo que hay en el hombre y sólo terminan cuando muere el creador. ¿Quién no lamentará esa obra más grande que la *Temporada*, de la que nos ha privado una renuncia?

81

¿Era acaso Abisinia un convento, y fue Cristo quien cerró la boca de Rimbaud? Ese Cristo sería entonces el que en nuestros días se instala tras las ventanillas de los bancos, a juzgar por esas cartas en las que el poeta maldito sólo habla de su dinero, que quiere ver «bien colocado» y «rentando regularmente» *. Quien cantaba en los suplicios, quien había injuriado a Dios y a la belleza, quien se armaba contra la justicia y la esperanza, quien se oreaba gloriosamente al aire del crimen, lo único que quiere es casarse con alguien que «tenga un porvenir». El mago, el vidente, el presidiario intratable sobre el que vuelve a cerrarse siempre la prisión, el hombre-rey en la tierra sin dioses, lleva constantemente ocho kilos de oro en un cinturón que le aprieta el vientre y del que se queja que le produce disentería. ¿Es éste el héroe mítico que se propone a tantos jóvenes que no escupen al mundo, pero que se morirían de vergüenza sólo con pensar



en ese cinturón? Para mantener el mito hay que ignorar esas cartas decisivas. Se comprende que hayan sido tan poco comentadas. Son sacrílegas, como lo es a veces la verdad. Un poeta grande y admirable, el más grande de su época, un oráculo fulgurante: tal es Rimbaud. Pero no es el hombre-dios, el ejemplo feroz, el monje de la poesía que han querido presentarnos. El hombre no recuperó su grandeza sino en el lecho del hospital, en la hora del final difícil, en la que hasta la mediocridad del corazón se hace conmovedora: «¡Qué desdichado soy! ¡Qué desdichado soy!... ¡Y tengo en mi poder dinero que ni siquiera puedo vigilar!» El gran grito de esas horas miserables devuelve, por fortuna, a Rimbaud a esa parte de la medida común que coincide involuntariamente con la grandeza: «¡No, no, ahora me rebelo contra la muerte!» El Rimbaud joven resucita ante el abismo, y con él la rebelión de los tiempos en que la imprecación contra la vida no era más que la desesperación de la muerte. Entonces es cuando el traficante burgués se une con el adolescente desgarrado al que tanto hemos querido. Se une con él en el terror y el dolor amargo donde se encuentran finalmente los hombres que no han sabido saludar a la dicha. Sólo entonces comienzan su pasión y su verdad.

Por lo demás, Harar estaba, en efecto, anunciado en la obra, pero bajo la forma de la renuncia última. «Lo mejor, un sueño muy ebrio sobre la arena.» La pasión por el aniquilamiento, propia de todo rebelde, toma entonces la forma más común. El apocalipsis del crimen, simbolizado por Rimbaud en el príncipe que mata incansablemente a sus súbditos, y el largo desenfreno, son temas rebeldes que volverán a encontrar los surrealistas. Pero, finalmente, prevalece el anonadamiento nihilista; la lucha y el crimen mismo cansan al alma agotada. El vidente que, si así puede decirse, bebía para no olvidar, termina encontrando en la embriaguez el pesado sueño que conocen bien nuestros contemporáneos. Se duerme sobre la arena o en Adén. Y se asiente, no activa sino pasivamente, al orden del mundo, aunque ese orden sea degradante. El silencio de Rimbaud prepara también para el silencio del imperio, que se cierne sobre los espíritus resignados a todo, salvo a luchar. Esta grande alma sometida de pronto al dinero anuncia otras exigencias, al principio desmesuradas, pero que luego se pondrán al servicio de las policías. No ser nada es el grito del espíritu cansado de sus propias rebeliones. Se trata entonces de un suicidio del espíritu menos respetable, después de todo, que el de los surrealistas y más preñado de consecuencias. El surrealismo, justamente, al término de este gran movimiento de rebelión no es significativo sino porque ha tratado de continuar al único Rimbaud que merece ternura. Tomando de la carta sobre el vidente y del método que ella supone la regla de una ascesis rebelde, ilustra esa lucha entre la voluntad de ser y el deseo de servidumbre, el no y el sí, que hemos vuelto a encontrar en todos los estadios de la rebelión. Por todas estas razones, más bien que repetir los comentarios incesantes que rodean a la obra de Rimbaud, parece preferible volver a encontrarlo y seguirlo en sus herederos.

* Es justo advertir que el tono de estas cartas puede explicarse por sus destinatarios. Pero en él no se siente el esfuerzo de la mentira. No hay una sola palabra en la que se manifieste el anterior Rimbaud.

III

CARTAS DE RIMBAUD

En algunos momentos sus cartas pueden dar detalles de valor histórico y geográfico, político o comercial, aunque el interés primordial sea buscar en ella el carácter del hombre que tanto influyó en la poesía moderna: sus ambiciones y obsesiones, su cólera, su extrañamiento ontológico en un medio que le resultaba tan hostil como atrayente. Y aquí es donde Rimbaud parece más vivo, más próximo: fuera de bibliotecas y bibliografías farragosas, alejado de los círculos literarios, inmerso en la búsqueda de su destino...” (Francesc Parcerisas)

Charleville le 2 novembre 1870

Monsieur .

- Et vous seul moi . -

Je suis rendu à Charleville un jour après vous avoir
quitté . Ma mère m'a reçu , et je - suis là ... Soudain
fait cisif . Ma mère ne me mettrait en pension qu'en
Janvier 71 . Eh bien ! j'ai tenu ma promesse .

Je meurs , je me décompose dans la platitude , dans la
mauvaiseté , dans la grisaille . Que voulez vous , je m'entête
affreusement à adorer la liberté libre , et... un tas de
choses que « ça fait pitié » n'est-ce pas ? - Je devais
repartir aujourd'hui même ; je le pouvais : j'etais vêtu
de neuf , j'aurais vendu ma montre , et vive la liberté !
- Donc je suis resté ! je suis resté ! - et je voudrais
repartir encore bien des fois - Allons , chapeau , capote
les deux poings dans les poches et - sortons ! - mais je
resterai , je resterai . Je n'ai pas promis cela .
Mais je le ferai pour mériter votre affection : vous
me l'avez dit . Je la mériterai .

La reconnaissance que je vous ai , je ne pourrais
pas plus vous l'exprimer aujourd'hui plus que l'autre jour .
Je vous la prouverai . Il s'agirait de faire quelque chose
pour vous , que je mourrais pour la faire - je vous en donne
ma parole . - J'ai encore un tas de choses à dire ...

B.M.

« Sans cœur » de
A. Rimbaud.



CARTAS DEL VIDENTE



De Arthur Rimbaud a Georges Izambard

Charleville, 13 de mayo 1871

Estimado señor:

Ya está usted otra vez de profesor. Nos debemos a la sociedad, me tiene usted dicho: forma usted parte del cuerpo docente: anda por el buen carril. — También yo me aplico este principio: hago, con todo cinismo, que me mantengan; estoy desenterrando antiguos imbéciles del colegio: les suelto todo lo bobo, sucio, malo, de palabra o de obra, que soy capaz de inventarme: me pagan en cervezas y en vinos. Stat mater dolorosa, dum pendet filius, — Me debo a la Sociedad, eso es cierto; — y soy yo quien tiene razón. Usted también la tiene, hoy por hoy. En el fondo, usted no ve más que poesía subjetiva en este principio suyo: su obstinación en reincorporarse al establo universitario — ¡perdón!— así lo demuestra. Pero no por ella dejará de terminar como uno de esos satisfechos que no han hecho nada, porque nada quisieron hacer. Eso sin tener en cuenta que su poesía subjetiva siempre será horriblemente sosa. Un día, así lo espero, — y otros muchos esperan lo mismo —, veré en ese principio suyo la poesía objetiva: ¡la veré más sinceramente de lo que usted sería capaz! Seré un trabajador: tal es la idea que me frena, cuando las cóleras locas me empujan hacia la batalla de París —¡donde, no obstante, tantos trabajadores siguen muriendo mientras yo le escribo a usted! Trabajar ahora, eso nunca jamás; estoy en huelga. Por el momento, lo que hago es encanallarme todo lo posible. ¿Por qué? Quiero ser poeta y me estoy esforzando en hacerme Vidente: ni va usted a comprender nada, ni apenas yo sabré expresárselo. Ello consiste en alcanzar lo desconocido por el desarreglo de todos los sentidos. Los padecimientos son enormes, pero hay que ser fuerte, que haber nacido poeta, y yo me he dado cuenta de que soy poeta. No es en modo alguno culpa mía. Nos equivocamos al decir: yo pienso: deberíamos decir me piensan. — Perdón por el juego de palabras.

85

YO es otro. Tanto peor para la madera que se descubre violín, ¡y mofa contra los inconscientes, que pontifican sobre lo que ignoran por completo!

Arthur Rimbaud



De Arthur Rimbaud a Paul Demeny

Charleville, 15 mayo 1871

—Ahí va una prosa sobre el porvenir de la poesía. Toda poesía antigua desemboca en la poesía Griega, Vida armoniosa.

— Desde Grecia hasta el movimiento romántico, — Edad Media, — hay letrados, versificadores. De Ennio a Turolodus, de Turolodus a Casimir Delavigne, todo es prosa rimada, apoltronamiento y gloria de innumerables generaciones idiotas: Racine es el puro, el fuerte, el grande. — Si alguien le hubiese soplado en las rimas, revuelto los hemistiquios, al Divino Tonto no se le haría más caso hoy que a cualquiera que se descolgara escribiendo unos Orígenes. — Después de Racine, el juego se pone mohoso. Ha durado dos mil años.

No es broma ni paradoja. La razón me inspira más convencimientos sobre el tema que rabietas se agarra el Jeune-France. Por lo demás, los nuevos son muy libres de abominar de los antepasados: estamos en casa y no nos falta el tiempo. Nunca se ha entendido bien el romanticismo. ¿Quién iba a entenderlo? ¡Los críticos! ¿A los románticos, que tan bien demuestran que la canción es muy pocas veces la obra, es decir: el pensamiento contado y comprendido por quien lo canta? Porque Yo es otro. Si el cobre se despierta convertido en corneta, la culpa no es en modo alguno suya. Algo me resulta evidente: estoy asistiendo al parto de mi propio pensamiento: lo miro, lo escucho: aventuro un roce con el arco: la sinfonía se remueve en las profundidades, o aparece de un salto en escena.

86

Si los viejos imbéciles hubieran descubierto del yo algo más que su significado falso, ahora no tendríamos que andar barriendo tantos millones de esqueletos que, desde tiempo infinito, han venido acumulando los productos de sus tuertas inteligencias, ¡proclamándose autores de ellos!

En Grecia, he dicho, versos y liras ponen ritmo a la acción.

A partir de ahí, música y rima se tornan juegos, entretenimientos.

El estudio de ese pasado encanta a los curiosos: muchos se complacen en renovar semejantes antigüedades — allá ellos. A la inteligencia universal siempre le han crecido las ideas naturalmente; los hombres recogían en parte aquellos frutos del cerebro; se obraba en consecuencia, se escribían libros: de tal modo iban las cosas, porque el hombre no se trabajaba, no se había despertado aún, o no había alcanzado todavía la plenitud de la gran ilusión. Funcionarios, escribanos: autor, creador, poeta, ¡nunca existió tal hombre!

El primer objeto de estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, completo; se busca el alma, la inspecciona, la prueba, la aprende. Cuando ya se la sabe, tiene que cultivarla; lo cual parece fácil: en todo cerebro se produce un desarrollo natural; tantos egoístas se proclaman autores; ¡hay otros muchos que se atribuyen su progreso intelectual! — Pero de lo que se trata es de hacer monstruosa el alma: ¡a la manera de los robachicos, vaya! Imagínese un hombre que se implanta verrugas en la cara y se las cultiva.



Digo que hay que ser vidente, hacerse vidente. El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; busca por sí mismo, agota en sí todos los venenos, para no quedarse sino con sus quintaesencias. Inefable tortura en la que necesita de toda la fe, de toda la fuerza sobrehumana, por la que se convierte entre todos en el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito, — ¡y el supremo Sabio! — ¡Porque alcanza lo desconocido! ¡Porque se ha cultivado el alma, ya rica, más que ningún otro! Alcanza lo desconocido y, aunque, enloquecido, acabara perdiendo la inteligencia de sus visiones, ¡no dejaría de haberlas visto! Que reviente saltando hacia cosas inauditas o innombrables: ya vendrán otros horribles trabajadores; empezarán a partir de los horizontes en que el otro se haya desplomado.

— Continuará dentro de seis minutos —

...Vuelvo a tomar el hilo: El poeta es, pues, robador de fuego. Lleva el peso de la humanidad, incluso de los animales; tendrá que conseguir que sus invenciones se sientan, se palpen, se escuchen; si lo que trae de allá abajo tiene forma, él da forma; si es informe, lo que da es informe. Hallar una lengua;

— Por lo demás, como toda palabra es idea, ¡vendrá el momento del lenguaje universal! Hay que ser académico, — más muerto que un fósil, — para completar un diccionario, sea del idioma que sea. ¡Hay gente débil que si se pusiera a pensar en la primera letra del alfabeto, acabaría muy pronto por sumirse en la locura!

Este lenguaje será del alma para el alma, resumiéndolo todo, perfumes, sonidos, colores, pensamiento que se aferra al pensamiento y tira de él. Si el poeta definiera qué cantidad de lo desconocido se despierta, en su época, dentro del alma universal, ¡daría algo más — la fórmula de su pensamiento, — la notación de su marcha hacia el Progreso! Enormidad que se convierte en norma, absorbida por todos, ¡el poeta sería en verdad un multiplicador de progreso!

87

Este porvenir será materialista, ya lo ve usted; — Siempre llenos de Números y de Armonía, estos poemas habrán sido hechos para permanecer. — En el fondo, seguirá siendo, en parte, Poesía griega.

El arte eterno tendría sus cometidos, del mismo modo en que los poetas son ciudadanos. La poesía dejará de poner ritmo a la acción; irá por delante de ella. ¡Existirán tales poetas! Cuando se rompa la infinita servidumbre de la mujer, cuando viva por ella y para ella, cuando el hombre, — hasta ahora abominable, — le haya dado la remisión, ¡también ella será poeta! ¡La mujer hará sus hallazgos en lo desconocido! ¿Serán sus mundos de ideas distintos de los nuestros? — Descubrirá cosas extrañas, insondables, repulsivas, deliciosas; nosotros las recogeremos, las comprenderemos. Mientras tanto, pidamos a los poetas lo nuevo, — ideas y formas. Todos los listos estarán dispuestos a creer que ellos han dado satisfacción a tal demanda. — ¡No es eso!

Los primeros románticos fueron videntes sin percatarse bien de ello: el cultivo de sus almas se inició en los accidentes: locomotoras abandonadas, pero ardorosas, que durante algún tiempo se acoplan a los carriles. — Lamartine es a veces vidente, pero lo estrangula la forma vieja. — Hugo, demasiado cabezota, sí que tiene mucha visión en los últimos volúmenes:



Los Miserables son un verdadero poema. Tengo Los castigos a mano; Stella da más o menos la medida de la visión de Hugo. Demasiados Belmontet y Lammenais, Jehovás y columnas, viejas enormidades muertas. Musset nos es catorce veces detestable, a nosotros, generaciones dolorosas y presa de visiones, — que nos sentimos insultados por su pereza de ángel. ¡Oh cuentos y proverbios insípidos!

¡Oh noches! ¡Oh Rolla, oh Namouna, oh la Coupe! Todo es francés, es decir: detestable en grado sumo: ¡francés, no parisino! ¡Una obra más del odioso genio que inspiró a Rabelais, a Voltaire, a Jean La Fontaine, comentado por el señor Taine! ¡Primaveral, el espíritu de Musset! ¡Encantador, su amor! ¡Esto sí que es pintura al esmalte, poesía sólida! La poesía francesa se seguirá paladeando durante mucho tiempo, pero en Francia. No hay dependiente de ultramarinos que no sea capaz de descolgarse con un apóstrofe estilo Rolla; no hay seminarista que no lleve sus quinientas rimas en el secreto de su libreta. A los quince años, tales impulsos de pasión ponen a los jóvenes en celo; a los dieciséis empiezan a conformarse con recitarlos con sentimiento; a los dieciocho, incluso a los diecisiete, todo colegial que esté en condiciones hace el Rolla, ¡escribe un Rolla! Incluso puede que quede alguno todavía que pierda la vida en ello. Musset no supo hacer nada: había visiones tras la gasa de las cortinas: él cerró los ojos. Francés, flojo, arrastrado del cafetín al pupitre del colegio, el hermoso cadáver está muerto, y, de ahora en adelante, no nos tomemos siquiera la molestia de despertarlo para nuestras abominaciones.

Los segundos románticos son muy videntes. Th. Gauthier, Leconte de Lisle, Th. de Banville. Pero cómo inspeccionar lo invisible y oír lo inaudito que recuperar el espíritu de las cosas muertas, Baudelaire es el primer vidente, rey de los poetas, un auténtico Dios. Vivió, sin embargo, en un medio demasiado artista; y la forma, que tanto le alaban, es mezquina: las invenciones de lo desconocido requieren de formas nuevas.

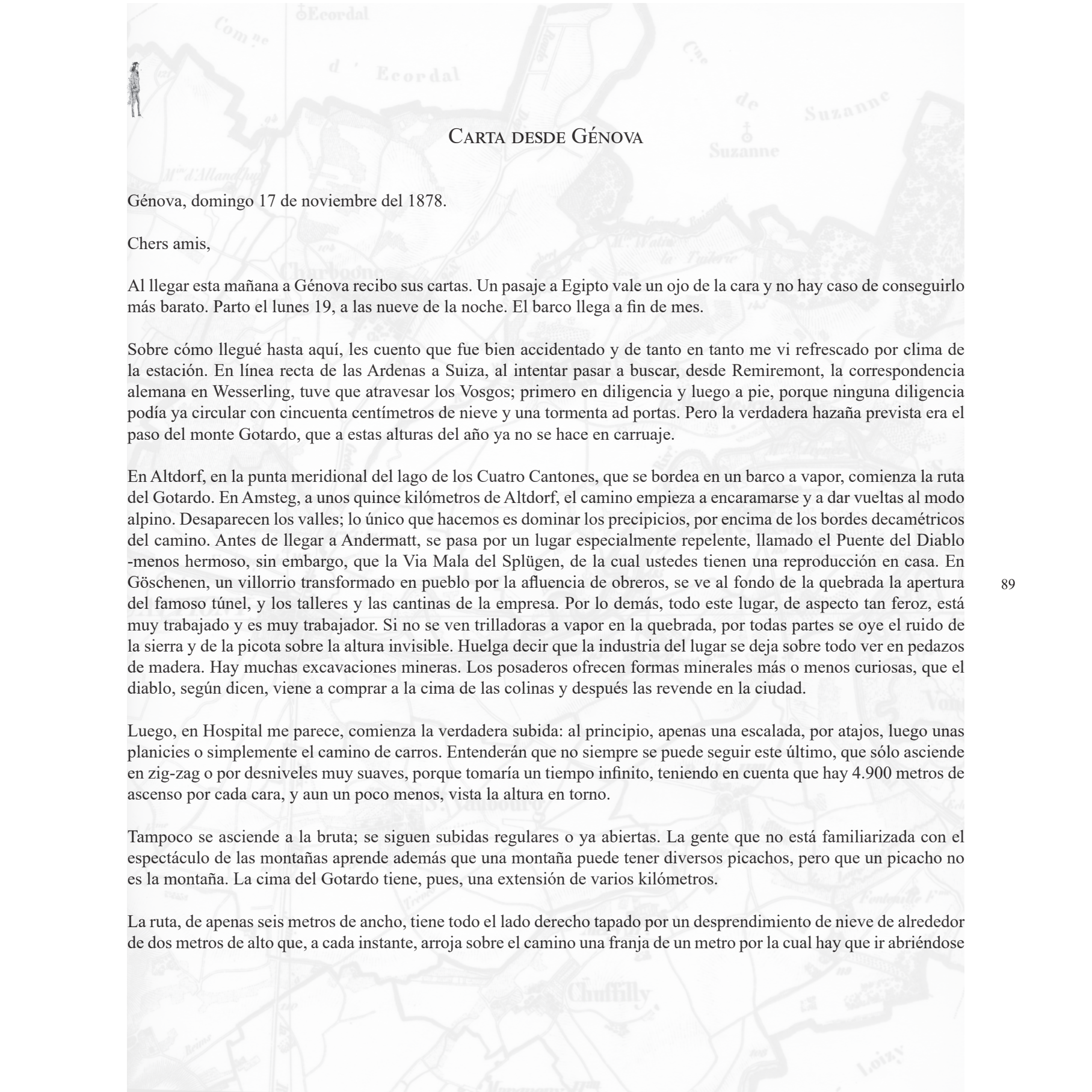
88

— Experimentada en las formas viejas, entre los inocentes, A Renaud, — ha hecho su Rolla; — L. Grandet, — ha hecho su Rolla; — los galos y los Musset, G. Lafenestre, Coran, Cl. Popelin, Souvary, L. Salles; Los escolares, Marc, Aicard, Theuriet; los muertos y los imbéciles, Autran, Barbier, L. Pichat, Lemoyne, los Deschamps, los Dessessarts; los periodistas, L. Claudel, Robert Luzarches, X. de Richard; los fantasistas, C. Méndez; los bohemios; las mujeres; los talentos, Léon Dierx y Sully-Prudhomme, Coppée; — la nueva escuela, llamada parnasiana, tiene dos videntes: Albert Mérat y Paul Verlaine, un verdadero poeta. — Ahí lo tiene. De modo que estoy trabajando en hacerme vidente.

Sería usted execrable si no me contestase: rápidamente. Porque dentro de ocho días puede que esté en París.

Hasta la vista.

Arthur Rimbaud



CARTA DESDE GÉNOVA

Génova, domingo 17 de noviembre del 1878.

Chers amis,

Al llegar esta mañana a Génova recibo sus cartas. Un pasaje a Egipto vale un ojo de la cara y no hay caso de conseguirlo más barato. Parto el lunes 19, a las nueve de la noche. El barco llega a fin de mes.

Sobre cómo llegué hasta aquí, les cuento que fue bien accidentado y de tanto en tanto me vi refrescado por clima de la estación. En línea recta de las Ardenas a Suiza, al intentar pasar a buscar, desde Remiremont, la correspondencia alemana en Wesserling, tuve que atravesar los Vosgos; primero en diligencia y luego a pie, porque ninguna diligencia podía ya circular con cincuenta centímetros de nieve y una tormenta ad portas. Pero la verdadera hazaña prevista era el paso del monte Gotardo, que a estas alturas del año ya no se hace en carruaje.

En Altdorf, en la punta meridional del lago de los Cuatro Cantones, que se bordea en un barco a vapor, comienza la ruta del Gotardo. En Amsteg, a unos quince kilómetros de Altdorf, el camino empieza a encaramarse y a dar vueltas al modo alpino. Desaparecen los valles; lo único que hacemos es dominar los precipicios, por encima de los bordes decamétricos del camino. Antes de llegar a Andermatt, se pasa por un lugar especialmente repelente, llamado el Puente del Diablo -menos hermoso, sin embargo, que la Via Mala del Splügen, de la cual ustedes tienen una reproducción en casa. En Göschenen, un villorrio transformado en pueblo por la afluencia de obreros, se ve al fondo de la quebrada la apertura del famoso túnel, y los talleres y las cantinas de la empresa. Por lo demás, todo este lugar, de aspecto tan feroz, está muy trabajado y es muy trabajador. Si no se ven trilladoras a vapor en la quebrada, por todas partes se oye el ruido de la sierra y de la picota sobre la altura invisible. Huelga decir que la industria del lugar se deja sobre todo ver en pedazos de madera. Hay muchas excavaciones mineras. Los posaderos ofrecen formas minerales más o menos curiosas, que el diablo, según dicen, viene a comprar a la cima de las colinas y después las revende en la ciudad.

89

Luego, en Hospital me parece, comienza la verdadera subida: al principio, apenas una escalada, por atajos, luego unas planicies o simplemente el camino de carros. Entenderán que no siempre se puede seguir este último, que sólo asciende en zig-zag o por desniveles muy suaves, porque tomaría un tiempo infinito, teniendo en cuenta que hay 4.900 metros de ascenso por cada cara, y aun un poco menos, vista la altura en torno.

Tampoco se asciende a la bruta; se siguen subidas regulares o ya abiertas. La gente que no está familiarizada con el espectáculo de las montañas aprende además que una montaña puede tener diversos picachos, pero que un picacho no es la montaña. La cima del Gotardo tiene, pues, una extensión de varios kilómetros.

La ruta, de apenas seis metros de ancho, tiene todo el lado derecho tapado por un desprendimiento de nieve de alrededor de dos metros de alto que, a cada instante, arroja sobre el camino una franja de un metro por la cual hay que ir abriéndose



paso en medio de una insoportable tormenta de granizo. ¡Voici! Ni una sombra arriba, debajo ni alrededor, aunque estemos rodeados de objetos enormes; ni camino, ni precipicio, ni quebradas ni cielo: nada salvo blanco para soñar, para tocar, para ver o no ver, porque es imposible levantar la vista con el enredo blanco que uno cree es el medio del sendero. Imposible levantar la nariz con un viento tan cargante, las pestañas y los bigotes llenos de estalactitas, la oreja desgarrada, la garganta hinchada; sin la sombra que cada cual es, y sin los postes del telégrafo que siguen la supuesta ruta, uno estaría tan confundido como un chincol en un horno.

Aquí hay que abrirse paso entremedio de un metro de nieve durante poco más de un kilómetro. Desde hace rato ya ni se ven las rodillas. Es acalorante. Urgidos, porque en una media hora la tormenta puede sepultarnos sin mayor esfuerzo, con gritos nos damos ánimo (nunca se sube completamente solo sino en lotes). Al fin un punto de apoyo: el tazón de agua salada cuesta un franco cincuenta. En marcha. Pero el viento se encaraja y el camino se llena doblemente de nieve. Hay aquí un convoy de trineos y un caballo en el suelo, casi cubierto por la nieve. Pero la ruta se pierde. ¿Por qué lado de los postes es? (Sólo hay postes por un lado). Nos desviamos, nos hundimos hasta las costillas, hasta los hombros... Una sombra pálida detrás de una excavación: es el hospicio del Gotardo, establecimiento civil y hospitalario, construcción feúcha eso sí de pino y piedras; un mini campanario. Al tocar la campanilla, te recibe un joven turno; subimos a una pieza baja y mugrienta donde te invitan gratis pan y queso, sopa y una copa de aguardiente. Se ven esos hermosos y grandes perros amarillos cuya historia es bien conocida. Luego llegan, medio muertos, los rezagados de la montaña. Al atardecer somos unos treinta, repartidos, después de la sopa, sobre unos colchones duros y bajo unas mantas de menos. Durante la madrugada escuchamos a los anfitriones exhalar en cánticos sagrados su placer de robar un día más a los gobiernos que subvencionan su pocilga.

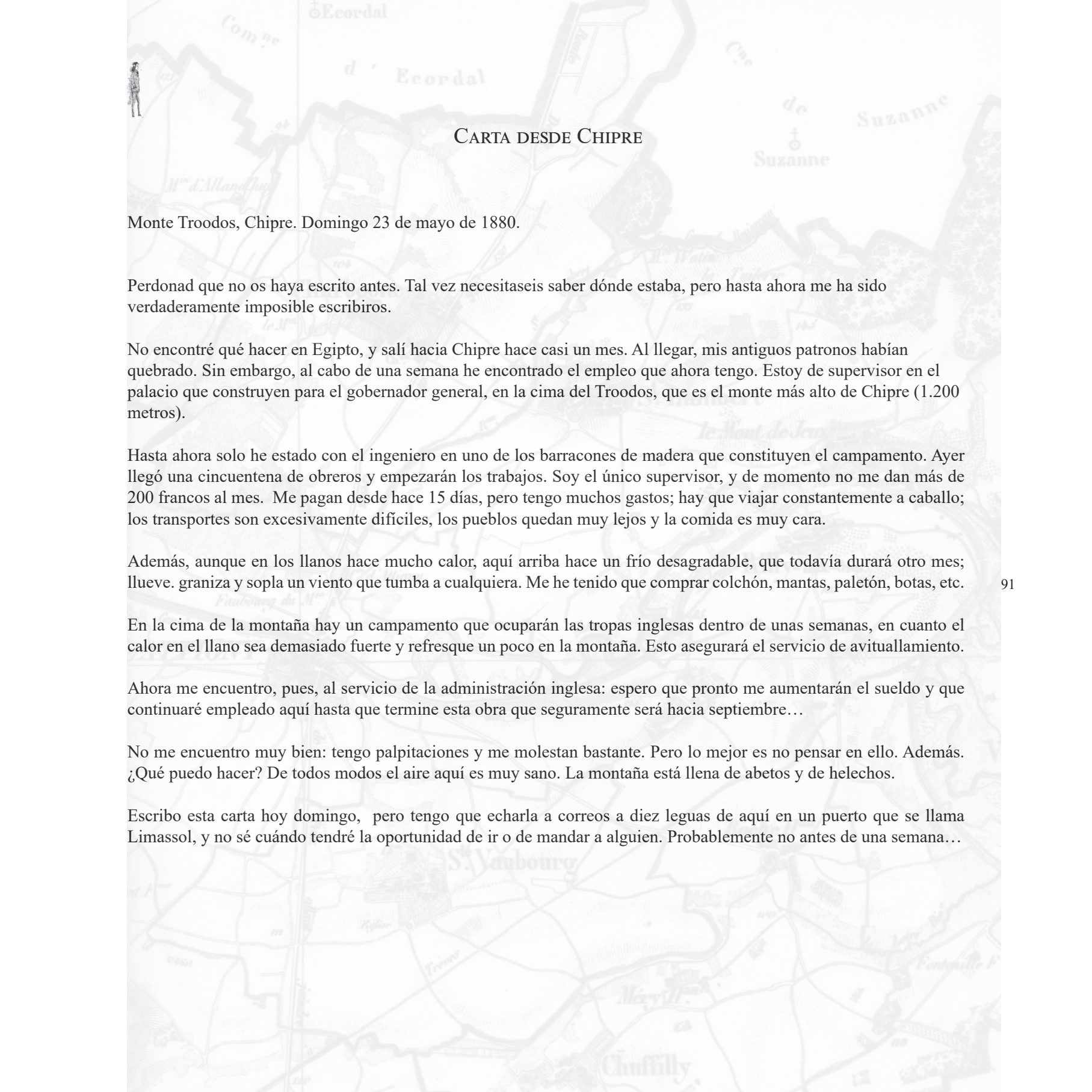
90 Por la mañana, después del pan-queso-aguardiente, fortificados por esta hospitalidad gratuita que se puede prolongar tanto como la tempestad lo permita, partimos: esta mañana, con sol, la montaña está maravillosa: sin viento, todo en bajada, por los atajos, con saltos, con descensos kilométricos que te llevan a Airolo, al otro lado del túnel, donde la ruta retoma su carácter alpino, circular y estrecho, pero en bajada. Es la región del Tessin.

La ruta está nevada hasta más de treinta kilómetros del Gotardo. A sólo treinta kilómetros, en Giornico, el valle se enancha un poco. Algunos comienzos de viñas y algunos manchones de pasto, abonados cuidadosamente con hojas y otros detritos de pino que habrán servido antes de pajares. Por el camino desfilan cabras, bueyes y vacas cenicientas, chanchos negros. En Bellinzona hay una importante feria de estos animales. En Lugano, a veinte leguas del Gotardo, uno toma el tren y va del agradable lago de Lugano al agradable lago de Como. Después, trayecto conocido.

Je suis tout à vous, je vous remercie et dans une vingtaine de jours vous aurez une lettre.

Votre ami.

Rimbaud



CARTA DESDE CHIPRE

Monte Troodos, Chipre. Domingo 23 de mayo de 1880.

Perdonad que no os haya escrito antes. Tal vez necesitaseis saber dónde estaba, pero hasta ahora me ha sido verdaderamente imposible escribiros.

No encontré qué hacer en Egipto, y salí hacia Chipre hace casi un mes. Al llegar, mis antiguos patronos habían quebrado. Sin embargo, al cabo de una semana he encontrado el empleo que ahora tengo. Estoy de supervisor en el palacio que construyen para el gobernador general, en la cima del Troodos, que es el monte más alto de Chipre (1.200 metros).

Hasta ahora solo he estado con el ingeniero en uno de los barracones de madera que constituyen el campamento. Ayer llegó una cincuentena de obreros y empezarán los trabajos. Soy el único supervisor, y de momento no me dan más de 200 francos al mes. Me pagan desde hace 15 días, pero tengo muchos gastos; hay que viajar constantemente a caballo; los transportes son excesivamente difíciles, los pueblos quedan muy lejos y la comida es muy cara.

Además, aunque en los llanos hace mucho calor, aquí arriba hace un frío desagradable, que todavía durará otro mes; llueve. graniza y sopla un viento que tumba a cualquiera. Me he tenido que comprar colchón, mantas, paletón, botas, etc.

91

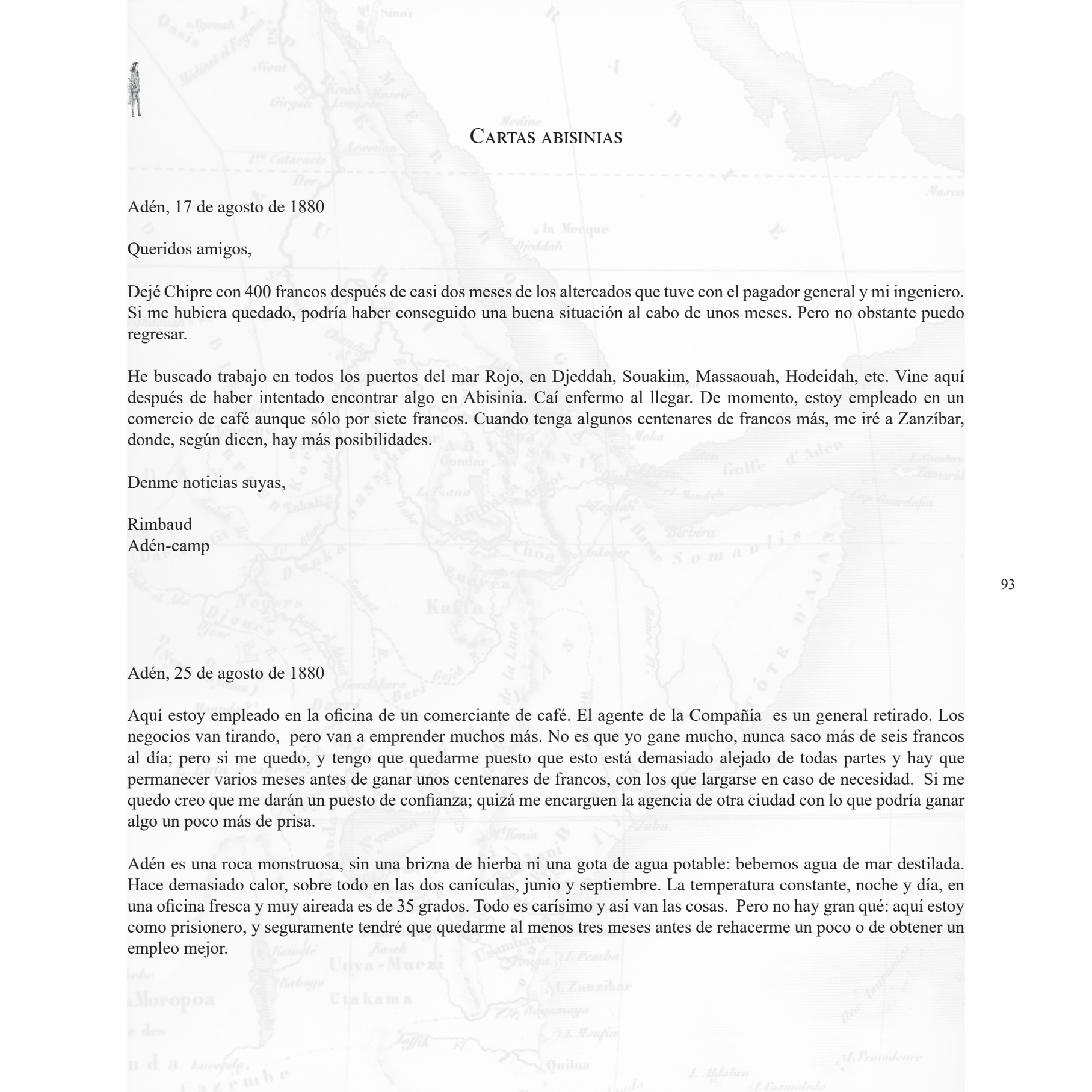
En la cima de la montaña hay un campamento que ocuparán las tropas inglesas dentro de unas semanas, en cuanto el calor en el llano sea demasiado fuerte y refresque un poco en la montaña. Esto asegurará el servicio de avituallamiento.

Ahora me encuentro, pues, al servicio de la administración inglesa: espero que pronto me aumentarán el sueldo y que continuaré empleado aquí hasta que termine esta obra que seguramente será hacia septiembre...

No me encuentro muy bien: tengo palpitaciones y me molestan bastante. Pero lo mejor es no pensar en ello. Además. ¿Qué puedo hacer? De todos modos el aire aquí es muy sano. La montaña está llena de abetos y de helechos.

Escribo esta carta hoy domingo, pero tengo que echarla a correos a diez leguas de aquí en un puerto que se llama Limassol, y no sé cuándo tendré la oportunidad de ir o de mandar a alguien. Probablemente no antes de una semana...





CARTAS ABISINIAS

Adén, 17 de agosto de 1880

Queridos amigos,

Dejé Chipre con 400 francos después de casi dos meses de los altercados que tuve con el pagador general y mi ingeniero. Si me hubiera quedado, podría haber conseguido una buena situación al cabo de unos meses. Pero no obstante puedo regresar.

He buscado trabajo en todos los puertos del mar Rojo, en Djeddah, Souakim, Massaouah, Hodeidah, etc. Vine aquí después de haber intentado encontrar algo en Abisinia. Caí enfermo al llegar. De momento, estoy empleado en un comercio de café aunque sólo por siete francos. Cuando tenga algunos centenares de francos más, me iré a Zanzíbar, donde, según dicen, hay más posibilidades.

Denme noticias tuyas,

Rimbaud
Adén-camp

Adén, 25 de agosto de 1880

Aquí estoy empleado en la oficina de un comerciante de café. El agente de la Compañía es un general retirado. Los negocios van tirando, pero van a emprender muchos más. No es que yo gane mucho, nunca saco más de seis francos al día; pero si me quedo, y tengo que quedarme puesto que esto está demasiado alejado de todas partes y hay que permanecer varios meses antes de ganar unos centenares de francos, con los que largarse en caso de necesidad. Si me quedo creo que me darán un puesto de confianza; quizá me encarguen la agencia de otra ciudad con lo que podría ganar algo un poco más de prisa.

Adén es una roca monstruosa, sin una brizna de hierba ni una gota de agua potable: bebemos agua de mar destilada. Hace demasiado calor, sobre todo en las dos canículas, junio y septiembre. La temperatura constante, noche y día, en una oficina fresca y muy aireada es de 35 grados. Todo es carísimo y así van las cosas. Pero no hay gran qué: aquí estoy como prisionero, y seguramente tendré que quedarme al menos tres meses antes de rehacerme un poco o de obtener un empleo mejor.



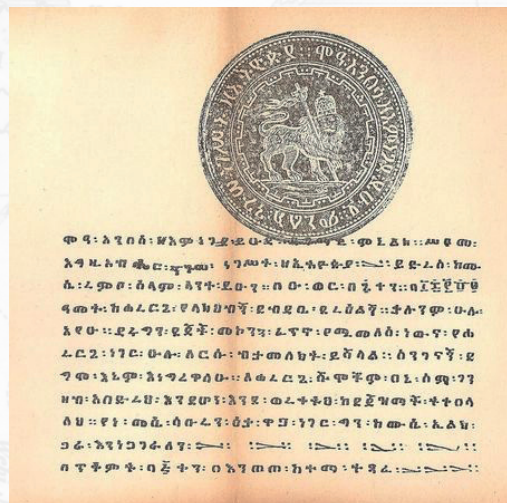
Adén, 22 de septiembre de 1880

... Como soy el único empleado un poco inteligente en todo Adén, a finales de mi segundo mes aquí, es decir, el 16 de octubre, si no me dan doscientos francos al mes, gastos aparte, me iré. Prefieroirme, a que me exploten. Además ya he ahorrado casi 200 francos. Probablemente vaya a Zanzíbar donde hay mucho trabajo. Por otra parte aquí hay también mucho qué hacer. Muchas casas comerciales van a establecerse en la costa abisinia. Esta casa también tiene caravanas en África; y todavía existe la posibilidad de que vaya hacia allí, donde sacaría más beneficio y me aburriría menos en Adén, que,. Como todos reconocen, es el lugar más aburrido del mundo, después de nuestro pueblo, naturalmente.

En la casa la temperatura ha alcanzado los 40 grados: aquí se sudan cada día varios litros de agua. ¡Sólo querría que se llegase a los 60 grados, como cuando estuve en Massaoua!

Ya veo que habéis tenido un verano estupendo. Mucho mejor. Debe ser la revancha por el invierno...

Os deseo mil venturas y que el verano dure 50 años.



Harar, 13 de diciembre de 1880.

He llegado a esta región después de cruzar a caballo durante 20 días el desierto somalí. Harar es una villa colonizada por los egipcios, y que depende de su gobierno. La guarnición consta de varios miles de hombres. Aquí es donde están nuestra agencia y nuestros almacenes. Los productos con los que se comercia aquí son: café, marfil, pieles, etc. Es un país alto pero fértil. El clima es fresco y no malsano. Todas las mercancías europeas llegan aquí en camello. Por otra parte en este país hay muchas cosas para hacer. No tenemos un servicio de correos regular. Estamos obligados a mandar el correo a Adén cuando se presenta la ocasión. Así que esta carta no os llegará hasta dentro de mucho tiempo...

Aquí estoy en el país de los Gallas. Creo que próximamente podré adentrarme más. Os ruego que me escribáis lo más frecuentemente que podáis...



Harar, 4 de mayo de 1881.

Para vosotros debe ser verano, y aquí es invierno, lo cual quiere decir que hace bastante calor, aunque llueve a menudo. Esto durará algunos meses. Dentro de seis meses se efectuará la cosecha del café.

Yo, por mi parte, espero dejar esta ciudad pronto e irme a traficar a algún lugar ignoto. A algunas jornadas de aquí hay un gran lago, y está en el país del marfil: intentaré ir allí. Pero debe ser una zona hostil.

Compraré un caballo e iré. Si las cosas salen mal y no regreso, os anuncio que tengo una suma de 7 veces 150 rupias que me pertenecen, y que se hallan en depósito en la agencia de Adén., o sea que si os parece que valen la pena las reclamáis.

Mandadme un ejemplar de cualquier diario sobre obras públicas, para que sepa lo que pasa. ¿Están trabajando en Panamá?...

Adén, 15 de enero de 1883.

... Isabelle se equivoca queriendo verme aquí. Esto es el fondo de un volcán, no hay ni una hierba. La única ventaja es que el clima es muy saludable y que los negocios son bastante activos. Pero desde marzo hasta octubre el valor es excesivo. Ahora estamos en invierno, el termómetro está a solo 30° a la sombra; no llueve jamás. Hace ya un año que duermo continuamente al aire libre. A mí el clima personalmente me gusta mucho...

95

Harar, 6 de mayo de 1883

Mis queridos amigos,

El 30 de abril, recibí en Harar su carta del 26 de marzo. Dicen haberme enviado dos cajas de libros. He recibido en Adén solamente la caja en la que Dubar decía haber ahorrado 25 francos. Probablemente la otra haya llegado a Adén con el grafómetro. Ya que antes de marcharme de Adén envié otro cheque de 100 francos con otra lista de libros, y han tenido que cobrar ya ese cheque y probablemente haber comprado los libros. En fin, ahora no estoy al corriente de las fechas. Próximamente les enviaré otro cheque de 200 francos, porque tendré que pedir los negativos de cristal para la fotografía. Este encargo ha estado bien hecho; y si quiero ganaré enseguida los 2.000 francos que me costó. Aquí todo el mundo quiere fotografiarse, incluso te ofrecen una guinea por cada fotografía. No estoy todavía bien instalado, ni al corriente, pero lo estaré enseguida y les enviaré cosas insólitas.



Les incluyo dos fotografías de mí mismo hechas por mí mismo. Aquí siempre estoy mejor que en Adén. Hay menos trabajo y más aire, vegetación, etc. He renovado mi contrato por tres años pero creo que el establecimiento cerrará pronto y los beneficios no cubrirían los gastos. En fin, hay el acuerdo de que el día que me echen me darán tres meses de indemnización. A final de año, hará tres años completos que trabajo en esta sociedad.

Isabelle se equivocaría de no casarse si se presenta alguien serio e instruido, alguien con un porvenir. La vida es así y la soledad es una mala cosa. Por mi parte, siento no haberme casado y tener una familia. Pero ahora estoy condenado a errar, atado a una empresa lejana, y día a día pierdo el recuerdo del clima y la manera de vivir e incluso la lengua de Europa. ¿Para qué sirven estas idas y venidas, estas fatigas y estas aventuras en lugares de razas extrañas, y estas lenguas que llenan la memoria, y estas penas sin nombre, si un día, después de algunos años, no puedo descansar en un lugar que me guste más o menos, y encontrar una familia, y tener por lo menos un hijo para pasar el resto de mi vida educándole según mis ideas, dotándole de la más completa instrucción que se puede dar en nuestra época, y verle convertido en un ingeniero de renombre, un hombre rico y poderoso para la ciencia? Pero ¿quién sabe cuánto puede durar mi estancia en estas montañas? Puedo desaparecer en medio de estas tribus sin que nadie tenga noticia.

Me habla usted de nuevas políticas ¡si supiera lo poco que me importa! Hace más de dos años que no he visto un periódico. Todos esos debates me resultan ahora incomprensibles. Como los musulmanes, sé que lo que pasa, pasa, y eso es todo.

Lo único que me interesa, son las noticias de casa y soy feliz con el cuadro de vuestro trabajo pastoral. Es una pena que allí el invierno sea tan frío y lúgubre. Pero ahora están en primavera y su clima en esta época se corresponde con el clima que tengo en este momento en Harar.

Estas fotografías me representan, una, de pie en una terraza de la casa, otra, de pie en el jardín de un café. En la tercera, con los brazos cruzados en un jardín de plátanos. Se han decolorado a causa de la mala calidad del agua que tengo para lavarlas. Pero en lo sucesivo voy a mejorar mi trabajo. Esto es únicamente para que se acuerden de mi aspecto, y darles una idea del paisaje de aquí.

Adiós,
Rimbaud

Adén, 24 de abril de 1884.

He llegado a Adén tras seis semanas de viaje por los desiertos. Por eso no he escrito.

De momento, Harar está inhabitable a causa de que a finales de mes me encontraré sin empleo. De todos modos mis honorarios están arreglados hasta finales de julio, y para entonces habré encontrado algo que hacer...



CARTA AL DIRECTOR DE “LE BOSPHORE ÉGYPTEIEN”

El Cairo, 20 de agosto de 1887.

Monsieur,

De vuelta de un viaje a Abisinia y a Harar, me permito enviarle las siguientes notas acerca de la actual situación de esa región. Me parece que aportan ciertas informaciones inéditas y, en lo que respecta a las opiniones vertidas, ellas provienen de una experiencia de siete años de estadía en dichos pagos.

Como se trata de un viaje circular entre Obock, la región de Choá, Harar y Zeila, permítame explicarle que llegué a Tadyurá a comienzos del año pasado con el propósito de formar allí una caravana en dirección a Choá.

Mi caravana se componía de varios miles de fusiles y de un encargo de diversos útiles y provisiones para el rey Melenik de Choá. Estuvimos retenidos un año entero en Tadyurá por los danakiles, quienes con todos los viajeros hacen lo mismo: les permiten el acceso a sus rutas únicamente después de haberlos exprimido al máximo. Otra caravana, cuyas mercaderías habían sido desembarcadas en Tadyurá junto con las mías, a duras penas logró ponerse en marcha al cabo de quince meses y los mil Remington traídos por el finado Soleillet en esa misma fecha todavía yacen, después de diecinueve meses, bajo el único grupo de palmeras del pueblo.

A seis cortas jornadas de Tadyurá -lo que equivale a cerca de sesenta kilómetros-, las caravanas bajan al lago salado por senderos imposibles que recuerdan la imaginada desolación de los paisajes lunares. Al parecer, actualmente se estaría formando allí una sociedad francesa para explotar la sal.

97

La sal existe, claro, en extensiones inmensas y talvez bastante profundas, aunque no se han hecho aún las prospecciones del caso. Los análisis probablemente la declararían químicamente pura, pese a que se encuentra depositada sin filtraciones al borde del lago. Pero es hartamente dudoso que la venta cubra los gastos de apertura de una vía para la instalación de un transporte entre la playa del lago y la del golfo de Goubbet-Kerab, -siendo los gastos de personal y mano de obra excesivamente altos, dado que todos los trabajadores tendrían que ser traídos de otra parte, pues los beduinos dankalis no trabajan-, más los gastos de manutención de una patrulla armada para proteger las operaciones.

En lo que respecta a las ventas hay que observar que la importante salina de Cheikh-Othman, instalada cerca de Adén por una sociedad italiana en condiciones muy ventajosas, parece que todavía no encuentra una salida comercial para las montañas de sal que tiene acumulada.

El Ministerio de la Marina otorgó esta concesión a los solicitantes, antiguos comerciantes de la región de Choá, a condición de conseguir el visto bueno de los jefes de la costa y del interior interesados. El Gobierno [francés] además se reservó un derecho de impuesto por tonelada y fijó una cuota de explotación liberada para los nativos. Los jefes





interesados son: el sultán de Tadyurá, quien supuestamente es propietario de algunos macizos rocosos en los alrededores del lago (tiene buena disposición para vender sus derechos); el jefe de la tribu de los debné, quien ocupa nuestra ruta, del lago a Herer; el sultán Loita, que recibe del Gobierno francés un pago mensual de 150 táleros por molestar lo menos posible a los viajeros; el sultán Hanfaré de Ausa, quien puede conseguirse sal en otras partes, pero pretende tener derechos sobre todos los territorios danakiles; y, por último, Melenik, a quien la tribu debné y otras entregan varios miles de camellos cargados de sal cada año, probablemente poco menos de mil toneladas. Melenik le reclamó al Gobierno cuando se enteró de los movimientos de la sociedad y de la entrega de la concesión. Pero la parte reservada de la concesión alcanza de más para el tráfico de la tribu de los debné y para cubrir las necesidades culinarias de la región de Choá, dado que la sal en granos no se usa como moneda en Abisinia.

Nuestra ruta es conocida como la ruta Gobat, por el nombre de su decimoquinta parada, donde normalmente pastan los rebaños de los debné, nuestros aliados. Esta ruta tiene aproximadamente 25 paradas, hasta Herer, a través de los parajes más sórdidos de este rincón de Africa. Es muy peligrosa dado que los debné, tribu pobrísima que hace los transportes, están todo el tiempo en guerra: a la derecha con las tribus mudeitas y asa-imara y, a la izquierda, con los isas somalíes.

En Herer, unos pastizales situados a alrededor de 800 metros de altura, a aproximadamente sesenta kilómetros de los faldeos de la meseta de los Itus Gallas, los danakiles y los isas apacentan sus rebaños, normalmente en estado de neutralidad.

De Herer se llega al río Hawach en ocho o nueve días. Melenik decidió establecer un puesto armado en las planicies de Herer para proteger las caravanas; este puesto, al parecer, está conectado con los puestos abisinios de los montes Itus.

El representante del rey de Harar, el dedyazmache Mekunen, despachó de Harar a Choá, vía Herer, los tres (millones) de cartuchos Remington y otras municiones que los representantes ingleses habían dejado abandonadas en manos del emir Abdulá cuando se produjo la evacuación egipcia.

Toda esta ruta fue estudiada por primera vez desde un punto de vista astronómico por el señor Jules Borelli, en mayo de 1886, y ese trabajo fue geodésicamente completado por la topografía que estableció en su reciente viaje a Harar, en un sentido paralelo a los montes Itus.

Llegando al río Hawach uno se asombra al pensar en los proyectos de canalización de ciertos viajeros. ¡El pobre Soleillet había mandado construir en Nantes una embarcación especial a ese objeto! El Hawach es una especie de canal estrecho, tortuoso y a cada rato obstruido por rocas y árboles. Yo lo atravesé en varios sitios, a varios centenares de kilómetros entre sí, y resulta más claro que el agua que es imposible navegarlo ni siquiera en tiempos de crecidas. Además está rodeado de bosques y desiertos, alejado de los centros comerciales y no se topa con ruta alguna. Melenik mandó a hacer dos puentes sobre el río Hawach; uno, en la ruta de Antoto a Gurañé y el otro en la de Ankober a Harar, vía los montes Itus. Son unas simples pasarelas de troncos para que pasen los rebaños durante las lluvias y las crecidas y, con todo, son trabajos importantes en Choá.



A la llegada a Choá, sacando las cuentas, el transporte de mis mercaderías -cien cargas de camello- me costó ocho mil táleros (es decir, ochenta táleros por camello en una ruta de solamente 500 kilómetros). Esta proporción no tiene comparación con ninguna otra de las rutas de caravanas africanas, pese a que me desplazaba gastando lo menos posible y teniendo ya una larga experiencia en estas regiones. Desde todo punto de vista, tal ruta es desastrosa. Felizmente, está siendo reemplazada por la ruta de Zeila a Harar y de Harar a Choá por los montes Itus.

Melenik se encontraba todavía en campaña en Harar cuando llegué a Farré, puesto de llegada y partida de caravanas y límite de la raza dankalí. Rápidamente llegó a Ankober la noticia de la victoria del rey, de su entrada a Harar y el anuncio de su regreso, que le tomó unos veinte días. Entró a Antoto precedido por músicos que tocaban a todo dar las trompetas egipcias halladas en Harar, seguido por sus tropas y su botín, en el cual sobresalían dos cañones Krupp transportados cada uno por ochenta hombres.

Desde hacía rato Melenik tenía ganas de tomarse Harar, donde pensaba que hallaría un arsenal formidable; había prevenido incluso a los agentes franceses e ingleses de la costa. En los últimos años, las tropas abisinias asolaban regularmente los montes Itus; finalmente, terminaron por instalarse. Por otro lado, el emir Abdulaí, después de la partida de Raduán-Pacha con las tropas egipcias, organizó un pequeño ejército y soñaba con ser el Madhi (mesías) de las tribus musulmanas del centro de Harar. Le escribió a Melenik reivindicando la frontera del río Hawach y presionándolo para que se convirtiese al Islam. Habiéndose acercado un destacamento de avanzada abisinio a unos cuantos kilómetros de Harar, el emir envió a algunos turcos a su servicio, premunidos de cañones, para dispersarlos: los abisinios fueron derrotados, pero Melenik mismo se puso en marcha, desde Antoto, con unos treinta mil guerreros. El encuentro tuvo lugar en Shalanko, a sesenta kilómetros al oeste de Harar, allí donde Nadi Pacha había derrotado cuatro años antes a las tribus gallas de los meta y de los oborra.

El enfrentamiento duró apenas un cuarto de hora, dado que el emir contaba únicamente con algunos cientos de Remington y el resto de su tropa combatía con arma blanca. Sus tres mil guerreros fueron despachados en un dos por tres por los del rey de Choá. Alrededor de 200 sudaneses, egipcios y turcos, que se habían quedado con Abdulaí después de la evacuación egipcia, perecieron junto a los guerreros gallas y somalíes. Fue eso lo que, a la vuelta, hizo que los soldados de Choá, que jamás habían matado hombres blancos, dijeran que traían los testículos de todos los franchutes de Harar.

El emir logró arrancar a Harar, desde donde partió esa misma noche a refugiarse donde el jefe de la tribu de los guerrires, al este de Harar, en dirección de Berbera. Melenik entró algunos días después sin resistencia a Harar y, habiendo dejado sus tropas fuera de la ciudad, no hubo pillaje de ningún tipo. El monarca se limitó a castigar con un impuesto de 75 mil táleros a la ciudad, a confiscar -de acuerdo al derecho de guerra abisinio- los bienes muebles e inmuebles de los vencidos muertos en batalla y a ir él mismo a sacar de las casas de los europeos y del resto todos los objetos que se le vino en gana. Hizo que se le entregasen todas las armas y municiones que había en la ciudad -propiedad del gobierno egipcio- y regresó a Choá, dejando a tres mil de sus fusileros acampando en una altura cercana a la ciudad y entregando la administración de la misma al tío del emir Abdulaí, Alí Abú Beker (a quien los ingleses, en el momento de la evacuación, se lo habían llevado a Adén, soltándolo luego, y a quien su sobrino mantenía como esclavo en su casa).



Ocurrió, poco después, que la gestión de Alí Abú Beker no fue del agrado de Mekunen, el general delegado de Melenik, el cual bajó a la ciudad con sus tropas, las alojó en las casas y las mezquitas, tomó preso a Alí y se lo mandó encadenado a Melenik. Los abisinios transformaron la ciudad en una cloaca horrible; destruyeron las moradas, hicieron perder las plantaciones, tiranizaron a la población de la manera que los negros saben hacerlo entre ellos y Melenik continuó enviando desde Choá tropas de refuerzo y gran cantidad de esclavos; el número de abisinios actualmente acantonados en Harar debe ser alrededor de doce mil, de los cuales cuatro mil son fusileros armados con Remington hasta los dientes.

La recolección de impuestos en el territorio galla de los alrededores se efectúa a través de razzias en que los pueblos son incendiados, los animales robados, la gente apresada y llevada como esclavos. Mientras el gobierno egipcio sacaba de Harar -sin mayor esfuerzo- ochenta mil libras, la caja abisinia está permanentemente vacía. Los ingresos de los gallas -de la aduana, del correo, del mercado- y las demás entradas son constantemente objeto de pillaje por parte de cualquier picante. La gente de la ciudad emigra, los gallas ya no cultivan sus tierras. Los abisinios se han devorado en unos pocos meses las provisiones de granos dejados por los egipcios, que podían alcanzar para varios años. El hambre y la peste son inminentes.

El movimiento de este mercado, cuya posición es bastante importante como salida comercial de los gallas más cercanos de la costa, ha llegado a ser nulo. Los abisinios prohibieron el uso de las antiguas piastras egipcias que hasta entonces servían como monedas divisoras de los táleros Marie-Thérèse, en beneficio exclusivo de una cierta moneda de cobre que no tiene valor alguno. Sin embargo, en Antoto vi algunas piastras de plata que Melenik hizo fundir con su imagen y que se propone poner en circulación en Harar para resolver, de una vez por todas, el lío de las monedas.

Melenik quería conservar Harar en tanto posesión suya, pero se da cuenta que es incapaz de administrar la comarca de manera de obtener un ingreso significativo y sabe que los ingleses no han visto con buenos ojos la ocupación abisinia. En efecto, se dice que el gobernador de Adén, quien siempre se las ha jugado por el desarrollo de la influencia británica en la costa somalí, estaría haciendo todo lo posible para convencer a su gobierno de ocupar Harar si los abisinios la evacuaran, lo que podría ocurrir tras una hambruna o tras complicaciones en la guerra del Tigré.

101

Por su parte, los abisinios que están instalados en Harar cada mañana creen ver aparecer las tropas inglesas a la vuelta de las montañas. Mekunen le escribió a los agentes políticos ingleses en Zeila y en Berbera que no se les ocurriera mandar sus soldados a Harar; estos agentes hacían escoltar cada caravana con algunos soldados nativos.

El gobierno inglés, como respuesta, gravó con un impuesto del cinco por ciento la importación de táleros a Zeila, Bulbar y Berbera. Esta medida contribuirá a hacer desaparecer el efectivo, ya muy escaso, en Choá y Harar, y es harto difícil que favorezca la importación de rupias que nunca han podido introducirse en estas regiones y que los ingleses también han gravado, no se sabe por qué, con un impuesto de un cinco por ciento de importación por esta costa.

Melenik se enojó muchísimo con la prohibición de importación de armas en las costas de Obock y Zeila. Tal como Joannes soñaba con tener un puerto marítimo en Masoah, Melenik, pese a estar relegado lejos al interior, se pavonea declarando que pronto poseerá una salida al golfo de Adén. Le escribió al sultán de Tadyurá, desgraciadamente después





de la instalación del protectorado francés, proponiendo comprarle su territorio. Al entrar a Harar se declaró soberano de todas las tribus hasta la costa y le dio órdenes a su general Mekunen de no perder la oportunidad de apropiarse de Zeila; sólo cambió sus intenciones gracias a que los europeos le hablaron de artillería y de naves de guerra. Recientemente le escribió al gobierno francés solicitándole la cesión de Ambado.

Es sabido que la costa, desde el final del golfo de Tadyurá hasta más allá de Berbera, fue repartida entre Francia e Inglaterra de la manera siguiente: Francia conserva el litoral desde Gubbet Keratb hasta Dyibuti, un cabo situado a una docena de millas al noroeste de Zeila, y una franja de territorio de no sé cuántos kilómetros hacia el interior, cuyo límite con el territorio inglés está constituido por una línea imaginaria de Dyibuti a Ensa, tercer puesto en la ruta de Zeila a Harar. Tenemos, pues, una conexión con la ruta de Zeila a Harar. Ambado, cuya posesión es actualmente una de las ambiciones de Melenik, es una caleta cercana a Dyibuti, donde el gobernador de Obock hace tiempo mandó a poner una bandera tricolor que el representante inglés en Zeila obstinadamente se encargaba de retirar, hasta que las negociaciones llegaron a su fin. Ambado está sin agua, pero Djibuti tiene buenas fuentes, y de las tres paradas que unen nuestra ruta hasta Ensa, dos tienen agua.

En resumen, será posible formar caravanas en Dyibuti apenas hayan algunos establecimientos provistos de las mercaderías nativas y alguna tropa armada. El sitio hasta ahora está completamente desierto. Huelga decir que debe ser dejado como puerto franco si se quiere que le haga la competencia a Zeila.

Zeila, Berbera y Bulhar permanecen en manos de los ingleses, así como la bahía de Samawanak, en la costa gadibursí, entre Zeila y Bulhar, lugar donde el último agente consular francés, M. Henry, había hecho izar la tricolor; la tribu gadibursí misma había pedido nuestra protección, de la cual goza hasta hoy. Todos estos cuentos de anexiones y protecciones han mantenido harto excitado el ánimo de la gente los dos últimos años.

103

El sucesor del agente francés fue el señor Labosse, cónsul de Francia en Suez, enviado como interino a Zeila para apaciguar los ánimos. Actualmente hay alrededor de cinco mil somalíes protegidos por los franceses en Zeila.

Las ventajas de la ruta a Abisinia vía Harar son grandes. Mientras que por la ruta dankalí únicamente se puede llegar a Choá tras un viaje de cincuenta a sesenta días a través de un desierto horroroso y en medio de mil peligros, Harar-contrafuerte bien avanzado del macizo etíope meridional- está separado de la costa sólo por una distancia que se cubre fácilmente en unos quince días de caravana.

La ruta es muy buena; la tribu isa, acostumbrada a hacer transportes, es bastante conciliadora y gracias a ella no hay peligro con las tribus vecinas.

De Harar a Antoto [Adis-Abeba], actual sede de Melenik, hay unos veinte días de camino a través de la meseta de los montes Itus gallas, a una altura promedio de dos mil quinientos metros. Los víveres, los medios de transporte y la seguridad están allí asegurados. En total, toma un mes el viaje entre nuestra costa y el centro de Choá, pero la distancia a Harar se hace apenas en doce días; más allá de las invasiones, ese lugar está destinado a constituirse en la salida



comercial exclusiva de la región de Choá y de todos los pueblos gallas. Melenik mismo se dio cuenta de tal modo de las ventajas de la ubicación de Harar que, a su vuelta, teniendo la idea de construir ferrocarriles (idea que los europeos a menudo han tratado de meterle en la cabeza), se puso a buscar a alguien a quien darle la comisión o la concesión de la vía férrea de Harar hasta el mar. Al acordarse de la presencia de los ingleses en la costa, ¡se alegró muchísimo! Inútil decir que, en caso de que eso llegara a ocurrir (y ocurrirá en un futuro más o menos cercano), el gobierno de Choá no pondrá un peso para gastos de operación.

Melenik carece totalmente de fondos, pues todo el tiempo permanece en la más completa ignorancia (o descuido) de la explotación de los recursos de las regiones que ha sometido. En lo único que piensa es en fusiles que le permitan a sus tropas ir a hacer requisiciones a las tribus gallas. Los pocos comerciantes europeos que han subido a Choá le han vendido, en total, diez mil fusiles de cartuchos y quince mil de balas en los últimos cinco o seis años. Ello le ha bastado a los amharás para someter a los gallas de las cercanías, y el dedyache Mekunen, en Harar, se propone bajar a someter a los gallas hasta su límite sur, cerca de la costa de Zanzíbar. Para ello tiene la orden del propio Melenik, a quien le han hecho creer que podría abrir una ruta en esa dirección para importar armas. Y, por lo menos, podrían expandirse bien lejos, porque las tribus gallas no están armadas.

Lo que sobre todo empuja a Melenik a efectuar una invasión al sur es la vecindad molesta y la soberanía humillante de Joannes. Melenik dejó ya Ankober por Entoto. Se dice que quiere bajar al Dyimma Aba-Dyifar, el más floreciente de los pueblos gallas, para establecer allí su sede, aunque hablaba también de ir a fijarla a Harar. Melenik sueña con una permanente ampliación de sus dominios hacia el sur, más allá del río Hawach, y probablemente él mismo piensa emigrar del país de los amhara al país de los gallas nuevos, con sus fusiles, sus guerreros, sus riquezas, para fundar lejos del emperador un imperio meridional como el antiguo reino de Alí Alaba.

104

La gente se pregunta cuál es y cuál será la actitud de Melenik con respecto a la guerra italo-abisinia. Es evidente que su actitud estará determinada por la voluntad de Joannes, quien es su vecino inmediato, y no por las gestiones diplomáticas de gobiernos que están, para él, a una distancia infranqueable; gestiones que por lo demás él nunca llega a entender y de las cuales siempre desconfía. Melenik no está en condiciones de desobedecer a Joannes y éste, muy bien informado de las intrigas diplomáticas en las que se mete Melenik, podrá arreglárselas bien en cualquier caso. Ya le ordenó que escogiese sus mejores soldados y Melenik debió enviárselos a la sede del emperador en Asmara. Incluso, en el hipotético caso de un desastre, sería sobre Melenik que Joannes efectuaría su retirada. Choá, la única región amhara en manos de Melenik, no vale ni la décima quinta parte de lo que vale el Tigré. Sus otros dominios son todos pueblos gallas precariamente sometidos y le costaría muchísimo evitar una rebelión general en caso que se decidiera en una dirección u otra. No hay que olvidar tampoco que el sentimiento patriótico existe en la región de Choá y también en Melenik, por más ambicioso que sea; es improbable que vea una posibilidad de alcanzar honor u obtener ventajas escuchando los consejos de los extranjeros.

El actuará, por lo tanto, de modo de no comprometer su actual situación, ya bastante complicada y, como entre estos pueblos no se entiende ni se acepta nada que no sea visible y palpable, personalmente él sólo dará los pasos que su vecino le haga dar -su único vecino, es decir, Joannes, sabrá evitarle caer en tentaciones. Ello no quiere decir que no



escuche con gusto a los diplomáticos; se embolsará lo que pueda sacarles y, cuando Joannes se entere, lo compartirá con él. Pero, insisto, el sentimiento patriótico general y la opinión del pueblo de Melenik no están completamente ausentes del asunto. No se quiere extranjeros, ni su influencia, ni su ingerencia, ni su presencia bajo ningún pretexto, ni en Choá ni en Tigré ni entre los gallas.

Habiendo rápidamente arreglado mis cuentas con Melenik, le solicité una letra de pago cobrable en Harar, pues estaba deseoso de hacer la nueva ruta abierta por el rey a través de los montes Itus, ruta hasta entonces inexplorada por donde había intentado vanamente internarme en los tiempos de la ocupación egipcia de Harar. En esa ocasión, Jules Borelli le pidió autorización al rey para hacer un viaje en esa dirección, y tuve entonces la oportunidad de viajar en compañía de nuestro amable y valiente compatriota, cuyos trabajos geodésicos sobre esta región, completamente inéditos, hice llegar enseguida a Adén.

Esta ruta comprende siete etapas más allá del río Hawach y doce del Hawach a Harar sobre la meseta Itu, región de magníficos pastizales, de espléndidos bosques y de un clima buenísimo, a una altura promedio de dos mil 500 metros. Los cultivos no están muy desarrollados y la población es poca -o quizás se ha apartado de la ruta por miedo a los pillajes de las tropas del rey. Con todo, hay plantaciones de café -los itus proporcionan la mayor parte de los varios miles de toneladas de café que se venden anualmente en Harar. Estos territorios, muy salubres y fértiles, son los únicos de Africa oriental apropiados para la colonización europea.

En lo relativo a negocios en Choá, por ahora no hay nada que importar, después de la prohibición del comercio de armas en la costa. Pero quien suba con unos cien mil táleros podría ocuparlos todo un año en compras de marfil y otras mercaderías, puesto que, a falta de exportadores, el dinero en efectivo ha llegado a ser escasísimo. Es una ganga. La nueva ruta es excelente y la situación política de Choá no se verá perturbada durante la guerra. A Melenik antes que nada le interesa mantener el orden en casa.

Agréez, Monsieur, mes civilités empressées.

Rimbaud.





Harar, 4 de agosto de 1888

Mis queridos amigos,

Recibo su carta del 27 de junio. No tienen por qué extrañarse del retraso de la correspondencia; este lugar está separado de la costa por desiertos que los correos tardan ocho días en atravesar. Además, el servicio que une a Zeilah con Adén es muy irregular, el correo no sale de Adén para Europa y recibir respuesta, hay que contar por lo menos tres meses. Es imposible escribir directamente de Europa a Harar ya que más allá de Zeilah, que está bajo protección inglesa, hay un desierto habitado por tribus nómadas. Estamos en terreno montañoso, prolongación de los macizos abisinios, y la temperatura no se eleva nunca a más de 25 grados sobre cero, y no desciende jamás a menos de 5 grados sobre cero. Así que uno ni se hiela ni suda.

Actualmente estamos en época de lluvias. Es bastante triste. El gobierno es el gobierno abisinio del rey Ménelik, es decir, un gobierno negro-cristiano. A pesar de esto, estamos en paz y con relativa seguridad. En cuanto a los negocios, unas veces van bien, y otras mal. Se vive sin la esperanza de llegar a ser millonario. ¡En fin! Ya que es mi destino vivir en estos países...

Hay apenas una veintena de europeos en toda Abisinia, incluido este país. Vean sobre qué inmensos espacios están diseminados. El lugar donde más hay es Harar: alrededor de una docena. Soy el único con nacionalidad francesa. Hay también una misión católica con tres curas que educan a los negritos. Uno de ellos es de nacionalidad francesa como yo.

106 Me aburro tanto como siempre; nunca he conocido a nadie que se aburra como yo. ¿Acaso no es miserable esta existencia sin familia, sin ocupaciones intelectuales, perdido en medio de negros cuya suerte nos gustaría mejorar, mientras que ellos sólo buscan aprovecharse y nos impiden solucionar nuestros asuntos en un breve plazo? Obligados a hablar su chapurreo, a comer su asquerosa comida y a padecer un sinfín de problemas debidos a su pereza, a sus traiciones y a su estupidez.

Lo más triste no termina aquí sino en el miedo de que poco a poco uno pueda embrutecerse, aislados como estamos de toda sociedad inteligente.

Se importan sedas, algodones, táleros y algunos otros objetos: se exporta café, caucho, perfumes, marfil, oro que viene de muy lejos, etc. Los negocios, aunque importantes, no son suficientes para mi actividad, y se reparten entre todos los europeos perdidos en estas vastas regiones. Les saludo sinceramente. Escribanme.

Rimbaud



Harar, 25 de febrero de 1890

Queridas madre y hermana:

No os sorprendáis si casi no escribo: el principal motivo es que nunca hay nada interesante que contar, ya que, si uno se encuentra en un país como este ¡siempre hay más que preguntar que algo que decir!

Desiertos poblados por negros estúpidos, sin caminos, sin correo, sin viajeros. ¿Qué queréis que os cuente de todo eso? Que uno se aburre, que uno se idiotiza, que uno se embrutece, que uno no puede más, pero nadie llega a marcharse. He aquí todo lo que se puede decir y como no parece muy divertido, mejor callarse.

Se masacra y se roba. Afortunadamente todavía no me he visto en ninguno de estos trances, y espero no dejarme la piel aquí, ¡sería tan tonto! Disfruto además, tanto en el país como en los caminos, de una cierta consideración gracias a mi trato generalmente humano, jamás he hecho daño a nadie. Todo lo contrario: hago todo el bien que puedo cuando puedo, es casi mi único placer.

Trabajo a cuenta del señor Tian, quien ha tenido que escribiros para informaros sobre mi situación. En realidad estos negocios no serían tan malos si, como ya sabéis, las rutas no se cerraran a cada paso a causa de las guerras, las revueltas, y todo lo que pone a las caravanas en peligro. El señor Tian es un gran negociante de la ciudad de Adén y jamás viaja por este país.

La gente de Harar no es ni más idiota ni más canalla que los negros y los blancos de esos países que se denominan civilizados; simplemente rige un orden distinto, eso es todo. Son incluso menos malvados y pueden llegar a mostrar, en algunas ocasiones, aprecio y fidelidad. Solo hay que ser humano con ellos.

El Ras Makonnen, sobre el que habéis tenido que leer en los periódicos y que condujo a Italia la embajada abisinia que tanto ruido hizo el año pasado, es el gobernador de la ciudad de Harar.

Esperando la ocasión de volver a veros. Todo vuestro:

Rimbaud

A. Rimbaud



Harar, 10 de noviembre de 1890

He recibido tu carta del 29 de septiembre de 1890.

Al hablar de matrimonio siempre he querido dar a entender que quería continuar libre para viajar, vivir en el extranjero e incluso continuar viviendo en África. Estoy tan desacostumbrado al clima de Europa que me costaría mucho adaptarme. Seguramente necesitaría pasar dos inviernos fuera, suponiendo que algún día vuelva a Francia. Y además ¿cómo iba a relacionarme, a encontrar empleo? Continúa siendo un problema. Si hay algo que me resulta imposible es llevar una vida sedentaria. Tendría que encontrar a alguien que me siguiese en mis peregrinaciones...

Harar, 20 de febrero de 1891.

... Actualmente me encuentro mal. Tengo unas várices en la pierna derecha que me duelen mucho. ¡Esto es lo que se consigue penando en estos países miserables! Y las várices se ven complicadas por el reuma. Y, a pesar de todo, aquí no hace frío. Hoy hace quince noches que no pego ojo ni un minuto. A causa de los dolores en esta maldita pierna. Si pudiese me iría, y creo que el calor fortísimo de Adén me haría bien, pero me deben mucho dinero y no puedo irme porque lo perdería...

Esta enfermedad me ha sido causada por haber hecho esfuerzos demasiado fuertes a caballo, y también por las marchas fatigosas. En este país hay un dédalo de montañas abruptas e incluso es difícil aguantarse sobre un caballo. Y todo esto sin caminos, ni siquiera senderos...

108

(Itinerario de Harar a Warambot)

Martes 7 de abril de 1891.

Salida de Harar a las 6 de la mañana... El descenso de Egon a Ballaoua es muy penoso para los portadores que se dan contra todas las piedras, y para mí que a cada momento estoy a punto de caer. La camilla ya está medio dislocada y los hombres completamente rendidos. Intento subir a un mulo, con la pierna enferma atada al cuello del mulo; al cabo de unos minutos me veo obligado a bajar y volver a la camilla, que ya habíamos dejado un kilómetro más atrás. Llegada a Ballaoua. Lluve.

Viento furioso durante toda la noche, que paso bajo la tienda.



Adén, 30 de abril de 1891

Mi querida mamá:

“... Estoy postrado, con la pierna vendada, atado, reatado, encadenado de modo que no pueda moverla. Me he convertido en un esqueleto: doy miedo. La cama ha terminado por llagarme la espalda: no consigo dormir ni un solo minuto. Y aquí el calor se ha vuelto muy fuerte. La comida del hospital, a pesar del precio que pago por ella, es muy mala. No sé qué hacer...”

No os asustéis con todo esto. Vendrán días mejores. Es una triste recompensa después de tanto trabajo, privaciones y penas ¡ay, qué miserable es nuestra vida!”

Adén, 30 de abril de 1891

Mi querida mamá:

Recibí bien las dos medias y vuestra carta, pero en circunstancias muy tristes. Después de que la inflamación de mi rodilla derecha y el dolor en la articulación aumentaran, sin encontrar ningún remedio ni ninguna solución, ya que en Harar estamos rodeados de negros y que no hay ningún europeo, me decidí a regresar. Tuve que abandonar los negocios: lo que no fue nada fácil ya que tenía el dinero disperso por todas partes, pero por fin pude liquidarlo todo casi totalmente. Después de unos veinte días, tuve que acostarme en Harar por la imposibilidad de hacer ningún movimiento, con sufrimientos atroces y no durmiendo nunca. Alquilé a dieciséis negros portadores a razón de 15 taleros cada uno, desde Harar hasta Zeilah. Hice que me fabricaran una camilla recubierta con una tela y aquí lo que acabo de hacer: en doce días los 300 kilómetros de desierto que separan los montes de Harar del puerto de Zeilah. Resulta inútil describir los sufrimientos terribles que he tenido que padecer durante la marcha. No fui capaz de dar ni un solo paso fuera de mi camilla: mi rodilla se inflamaba a ojos vista, y el dolor no dejaba de aumentar.

Una vez llegué me ingresaron en el Hospital Europeo. Solo hay una habitación para los enfermos que pagan: la ocupo yo. El doctor inglés, cuando le enseñé la rodilla, dijo que era un tumor sinovial que había llegado a un punto muy peligroso debido a la falta de cuidados y a las fatigas. Enseguida se puso a hablar de que había que amputarlo, para decir después que era preferible esperar unas semanas más para ver si la hinchazón disminuía tras unos días de tratamiento. Hace ya seis días de todo esto, pero no ha habido ninguna mejora, solo que, como estoy descansando, el dolor ha disminuido.



Debéis saber que el tumor sinovial es una enfermedad de los líquidos de la rodilla que puede ser hereditaria, provocada por un accidente o por otras causas. La mía se debe sin duda a las marchas a pie y a caballo a través de Harar. Debido al punto al que ya he llegado, resulta impensable que pueda mejorar antes de tres meses, aún en las circunstancias más favorables. Estoy postrado, con la pierna vendada, atado, reatado, encadenado de modo que no pueda moverla. Me he convertido en un esqueleto: doy miedo. La cama ha terminado por llagarme la espalda: no consigo dormir ni un solo minuto. Y aquí el calor se ha vuelto muy fuerte (ha subido mucho). La comida del hospital, a pesar del precio que pago por ella, es muy mala. No sé qué hacer. Por otra parte todavía no he terminado mis cuentas con mi asociado, el señor Tian. Todavía tenemos para unos ocho días. Saldré de este negocio con unos 35.000 francos. Hubiera podido tener más pero a causa de mi malhadada salida, he perdido algunos miles de francos. Tengo ganas de que me lleve un barco a vapor para que me traten en Francia, el viaje me ayudaría a que el tiempo pasara más rápido. Y en Francia los cuidados médicos y los remedios son baratos y el aire es puro. Así que es muy probable que me vaya. Los barcos que van hacia Francia están desgraciadamente demasiado llenos porque, a estas alturas del año, todo el mundo está volviendo de las colonias. Y yo soy un pobre enfermo al que hay que transportar delicadamente. Tengo que tomar mi decisión antes de ocho días.

No os asustéis con todo esto. Vendrán días mejores. Es una triste recompensa después de tanto trabajo, privaciones y penas ¡ay, qué miserable es nuestra vida!

Os saludo con toda mi alma:

Rimbaud

P.S. Respecto a las medias, son inútiles. Las venderé en algún sitio.

Miércoles 17 de junio de 1891

Querida Isabelle:

Aún no he escrito a nadie, aún no he descendido de mi lecho. El médico dice que así debo permanecer un mes, y que a continuación podré comenzar a caminar muy lentamente. Tengo siempre un fuerte dolor en el sitio de la pierna mutilada, es decir, en el pedazo que queda. No sé cómo terminará esto. ¡En fin, estoy resignado a todo, no tengo otro remedio!

Estaba sumamente molesto cuando mamá me dejó, no comprendo la causa. Pero actualmente es mejor que esté contigo para cuidarte. Dile que me perdone y saludala de mi parte. Hasta pronto entonces, pero quién sabe cuándo...



Marsella, 10 de julio de 1891

... Así que vuelvo a intentar andar con muletas. ¿Qué enojo, qué fatiga y qué tristeza, cuando pienso en mis viajes pasados y lo activo que era tan solo cinco meses! ¿Qué se ha hecho de aquellas carreras por las montañas, las cabalgadas, los paseos, los desiertos, ríos y mares? Y ahora a llevar una vida de muñón inválido! Porque he empezado a entender que las muletas, las patas de palo y las piernas mecánicas son un montón de mentiras, y que lo único que se consigue con todas ellas es arrastrarte miserablemente sin poder hacer nunca nada. ¡Yo que precisamente había decidido volver este verano a Francia pasa casarme! ¡Adiós matrimonio, adiós familia, adiós porvenir! Mi vida ha pasado, soy sólo un jirón inmóvil...

Marsella, 9 de noviembre de 1891.

Un lote: un solo colmillo.

Un lote: dos colmillos.

Un lote: tres colmillos.

Un lote: cuatro colmillos.

Un lote: dos colmillos.

Monsieur le Directeur

Quiero pedirle si no he dejado nada a su cuenta. Hoy mismo deseo cambiar de servicio, cuyo nombre incluso desconozco. Pero quiero que, de cualquier modo, sea el servicio de Aphinar. Estos servicios existen en todas partes y yo, impotente, desgraciado, no consigo encontrar nada, cualquier perro pordiosero se lo puede decir.

Mándeme pues los precios de los servicios de Aphinar a Suez. Estoy completamente paralizado: por lo mismo quiero ser llevado a bordo temprano. Dígame a qué hora he de ser llevado a bordo...

(1) Con fiebre alta, desde el hospital de La Concepción (Marsella), Rimbaud dictó oralmente la presente carta a su hermana Isabelle, el día antes de su muerte, dirigida al director de los Transportes Marítimos, compañía naviera estatal francesa que aseguraba el transporte a las colonias de Indochina, pasando por el canal de Suez.



IV

POEMAS DE RIMBAUD

“Los galos fueron los desolladores de bestias, los incendiarios de hierbas más ineptos de su tiempo. De ellos heredo la idolatría y el amor al sacrificio –oh, todos los vicios, cólera, lujuria –magnífica la lujuria- y sobre todo mentira y pereza” (Arthur Rimbaud)

Qu'est ce pour nous, Mon Coeur, que les nappes de sang
Et de lraise, et mille meurtres, et les longs cris
De rage, et anglots de tout enfer rendant
Tout ordre; peut l'Aiglon enor sur les debris

Et toute vengeance? Rien!... Mais si, toute enor,
Nous la voulons! Truissards, princes, Senats,
Périssés! puissance, justice, histoire, a ras!
Ce nous est dû. Le sang! le sang! la flamme d'or!

Tout à la guerre, à la vengeance, à la terreur
Mon Esprit! Courrons dans les anures! Ah! passez
Republiques de ce monde! Des empires,
Des regiments, des colons, des peuples, assez!

Qui remuerait les tourbillons de feu jurens,
Que nous et aux que nous nous imaginons frères?
A nous! Romanesques amis: à ça nous plaire.
Jamais nous ne travaillerons, ô flots de feu!

Europe, Asie, Amerique, Disparaissez!
Notre marche vengeresse a tout occupé,
Cités et campagnes! - Nous serons écrasés!
Les volcans sauteront! et l'océan frappé...

Oh! mes amis! - mon coeur, cest sûr, ils sont des frères,
Noirs inconnus, si nous allons! allons! allons!
O malheur! je me sens frémir, la vieille terre
Sur moi de plus en plus à vous! la terre foud,
Ce n'est rien: j'y suis, j'y suis toujours



¿QUÉ SON PARA NOSOTROS, CORAZÓN?

¿Qué son para nosotros, corazón, las manchas de la sangre
y de las brasas, los mil asesinatos y los largos gritos
de rabia, sollozos del infierno derribando
cualquier orden; en tanto el ciclón brama sobre sus ruinas;

Y toda la venganza? ¡No son nada!... Pero a pesar de ello,
¡la queremos! Industriales, príncipes, y senados:
¡Pereced! Poder, justicia, historia: ¡abajo!
Esto se nos debe. ¡Sangre! ¡Llama de oro!

¡Mi espíritu he entregado a la guerra, a la venganza,
al terror! Volvamos a morder. ¡Ah! Pasad ya
repúblicas de este mundo! Emperadores,
regímenes, colonos, pueblos. ¡Ya basta!

¿Quién removerá los torbellinos del fuego furioso
Sino nosotros y aquellos que imaginamos hermanos?
Venid, románticos amigos: esto va a gustarnos.
Jamás trabajaremos, ¡oh oleajes de fuego!

¡Desapareced, Europa, Asia, América!
Nuestra marcha justiciera lo ha ocupado todo,
¡Ciudades y campiñas! ¡Seremos aplastados!
¡Saltarán los volcanes! El océano aterrado..

¡Oh amigos míos! -Mi corazón, seguro, sabe que son hermanos
¡negros desconocidos, si fuéramos! ¡Vayamos! ¡Vayamos!
¡Oh desgracia! ¡Siento estremecer la vieja tierra,
sobre mí y es vuestra más y más! ¡La tierra funde,
pero no importa! ¡En ella estoy! y estoy para siempre

Le Forgeron

Palaiseau, Guillermy,
vers le 10 août 92

Le bras sur un marteau gigantesque, effrayant
D'adresse et de grandeur, le front vaste, riant
Comme un clairoi d'airain, avec toute sa bouche,
Et prenant ce gros-là dans son regard farouche,
Le Forgeron parlait à Louis Veize, un jour
Que le Peuple c'était là, se dordant tout autour,
Et sur les lambris d'or traînant sa veste sale.
Or le bon roi, Delcours sur son ventre, c'était pâle
Pâle comme un vaincu qu'on prend pour le gibet,
Et, soumis comme un chien, jamais ne regimbait
Car ce maraud de forge aux énormes épaules
Lui disait de vieux mots et des choses si drôles
Que cela l'empoignait au front, comme cela !

« Or, tu sais bien, Monsieur, nous chabions tra la la
Et nous piquions les bœufs vers les sillons des autres !
Le Chanoine au soleil filait des pater-nôtres
Sur des chapelets clairs grenés de pièces d'or
Le Seigneur, à cheval, passait, sonnant du cor
Et l'un avec la hant, l'autre avec la cravache
Nous fouaillaient - Hébétés comme des yeux de vache,
Nos yeux ne pleuraient plus ; nous allions, nous allions,
Et quand nous avions mis le pays en sillons,
Quand nous avions laissé dans cette terre noire
Un peu de notre chair ... nous avions un pourboir



EL HERRERO

Con el brazo en la maza gigantesca, terrible
de embriaguez y grandeza, frente ancha, boca enorme
abierta, cual clarín de bronce por la risa,
con su hosca mirada, sujetando a ese gordo,
al pobre Luis, un día, le decía el Herrero
que el Pueblo estaba ahí, girando en rededor,
y arrastrando su ropa sucia por las paredes
doradas. Y el buen rey, de pie sobre su tripa,
palideció, cual reo que llevan a la horca;
mas, como can sumiso, el rey no protestaba,

pues el hampón de fragua, el de los anchos hombros,
contaba viejos hechos y cosas tan extrañas
que fruncía la frente, herida de dolor.

«Pues sepa usted, Mi Sire, cantando el tralalá
llevábamos los bueyes a los surcos ajenos:
el Canónigo, al sol, tejía padres nuestros
por rosarios granados con claras perlas de oro,
el Señor, a caballo, tocando el olifante,
pasaba; con garrote, el primero, con látigo,
el otro, nos zurraban. -Como estúpidos ojos
de vaca, nuestros ojos ya no lloraban; íbamos...
y cuando como un mar de surcos, la comarca
dejábamos, sembrando en esa tierra negra
trozos de nuestra carne... nos daban la propina:
incendiaban de noche nuestra choza; en las llamas
ardían nuestros hijos cual tortas bien horneadas.

...«¡No me quejo, qué va! Te digo mis manías,
en privado. Y admito que tú me contradigas.
¿Acaso no es hermoso ver en el mes de junio
cómo entran en la granja los carros llenos de heno,



enormes, y en los huertos oler, cuando llovizna,
todo cuanto germina por la hierba rojiza;
ver en sazón la espiga de los trigos granados,
y pensar que un buen pan se anuncia en los trigales...?
¡Aún hay más: iríamos a la fragua encendida,
cantando alegremente al ritmo de los yunques,
si al menos nos dejaran coger unas migajas,
hombres, al fin y al cabo, de cuanto Dios ofrece!

-¡Y siempre se repite la misma y vieja historia...!
«¡Pero ahora ya sé: y no puedo admitir,

teniendo dos manazas, mi frente y mi martillo,
que alguien pueda llegar, con el puñal en ristre,
para decirme: Mozo, siembra mis sembradíos,
y que en tiempo de guerra vengan para llevarse
mi hijo de su casa, como algo natural!
-Yo podré ser un hombre; tu podrás ser el rey,
y decirme: ¡Lo quiero! Te das cuenta, es estúpido.
Crees que me entusiasma ver tu espléndida choza,
tus soldados dorados, miles de maleantes,
tus bastardos de dios, como pavos reales:
han vertido en tu nido el olor de las mozas
y edictos condenándonos a vivir en Bastillas ;
gritaremos: ¡Muy bien: de rodillas, los pobres!
¡Doraremos tu Louvre dándote nuestros reales!
y te emborracharás, armando la gran juerga.
-Mientras ríen los Amos pisando nuestras frentes.

«¡Pues no; tales guarradas son de épocas pretéritas!
El pueblo ya no es una puta. Tres pasos
dimos y hemos dejado la Bastilla en añicos.
Esta bestia sudaba sangre por cada piedra;
daba asco ver aún alzada la Bastilla,
con sus muros leprosos, contando lo ocurrido
y encerrándonos siempre en su prisión de sombra.
-¡Ciudadano!, el pasado siniestro, entre estertores
se derrumbaba al fin, al conquistar la torre.
Algo como el amor el corazón henchía





al tener nuestros hijos contra el pecho, abrazados.
Y, como los caballos de ollares turbulentos,

íbamos, bravos, fuertes, y nos latía aquí.
Íbamos bajo el sol, así, la frente alzada,
por París. Se paraban ante nuestros harapos.
¡Por fin! ¡Éramos Hombres! Pero estábamos lívidos,
Sire, aunque embriagados de esperanzas atroces:
y, cuando al fin llegamos ante las negras torres,
blandiendo los clarines y las ramas de roble,
con las lanzas alzadas... ya no sentimos odio,
-¡Nos creímos tan fuertes que quisimos ser mansos!

¡Desde aquel día heroico, andamos como locos!
Oleadas de obreros han tomado la calle
y, malditos, caminan, muchedumbre que espectros
sombríos acrecienta, hacia el hogar del rico:
yo corro junto a ellos a matar al chivato:
corro, por París, negro, con el martillo al hombro,
hosco, por los rincones, liquidando truhanes...
¡Si te ríes de mí, soy capaz de matarte!
-Puedes contar con ello, no repares en gastos
junto a tus hombres negros, que aceptan nuestras quejas
y se las van pasando, como sobre raquetas,
mientras dicen, bajito, ¡los muy golfos!: «¡Qué tontos!»,
para apañar las leyes y sacar octavillas

¡Desde aquel día heroico, andamos como locos!
Oleadas de obreros han tomado la calle
y, malditos, caminan, muchedumbre que espectros
sombríos acrecienta, hacia el hogar del rico:
yo corro junto a ellos a matar al chivato:
corro, por París, negro, con el martillo al hombro,
hosco, por los rincones, liquidando truhanes...
¡Si te ríes de mí, soy capaz de matarte!
-Puedes contar con ello, no repares en gastos
junto a tus hombres negros, que aceptan nuestras quejas
y se las van pasando, como sobre raquetas,
mientras dicen, bajito, ¡los muy golfos!: «¡Qué tontos!»,
para apañar las leyes y sacar octavillas



Tengo tres hijos. Soy crápula. -Y conozco
viejas que van llorando bajo sus viejas cofias
porque alguien les quitó su muchacho o su chica:
Es la crápula.

Uno residió en la Bastilla,
otro era un presidiario: los dos son ciudadanos
honrados. Y aunque libres los tratan como a perros:
¡los insultan! Y sienten cómo les duele ahí,
algo. ¡No pasa nada! Pero es triste; y al verse
rota el alma, y al verse por siempre condenados,
están aquí, ahora, ¡gritándote a la cara!
¡Crápula!

También hay, dentro, chicas, sin honra
porque (vos lo sabéis, que la mujer es débil)
Señores de la corte (y que siempre consiente)
les habéis escupido en el alma, por nada.
Ahora están ahí, las que amasteis.

-La crápula.

120

¡Todos los Desgraciados, cuyas espaldas arden
bajó un sol inclemente, avanzando, avanzando,
sintiendo que el trabajo les revienta la frente;
-descubríos, burgueses-, éstos sí son los Hombres!
¡Somos Obreros, Sire, Obreros, preparados
para la nueva era que pretende saber:
el Hombre forjará del alba hasta la noche,
cazador de los grandes efectos y sus causas,
tranquilo vencedor domeñará las cosas
hasta montar al Todo cual si fuera un corcel!
¡Espléndido fulgor de las fraguas! ¡No existe
ya el mal! Lo que ignoramos, tal vez sea terrible:
¡lo sabremos! Empuñando el martillo, cribemos
todo cuanto aprendimos: luego, Hermano, ¡adelante!

A veces tengo un sueño enorme y conmovido:
vivo con sencillez, ardientemente, nada
malo sale de mí, bajo la amplia sonrisa



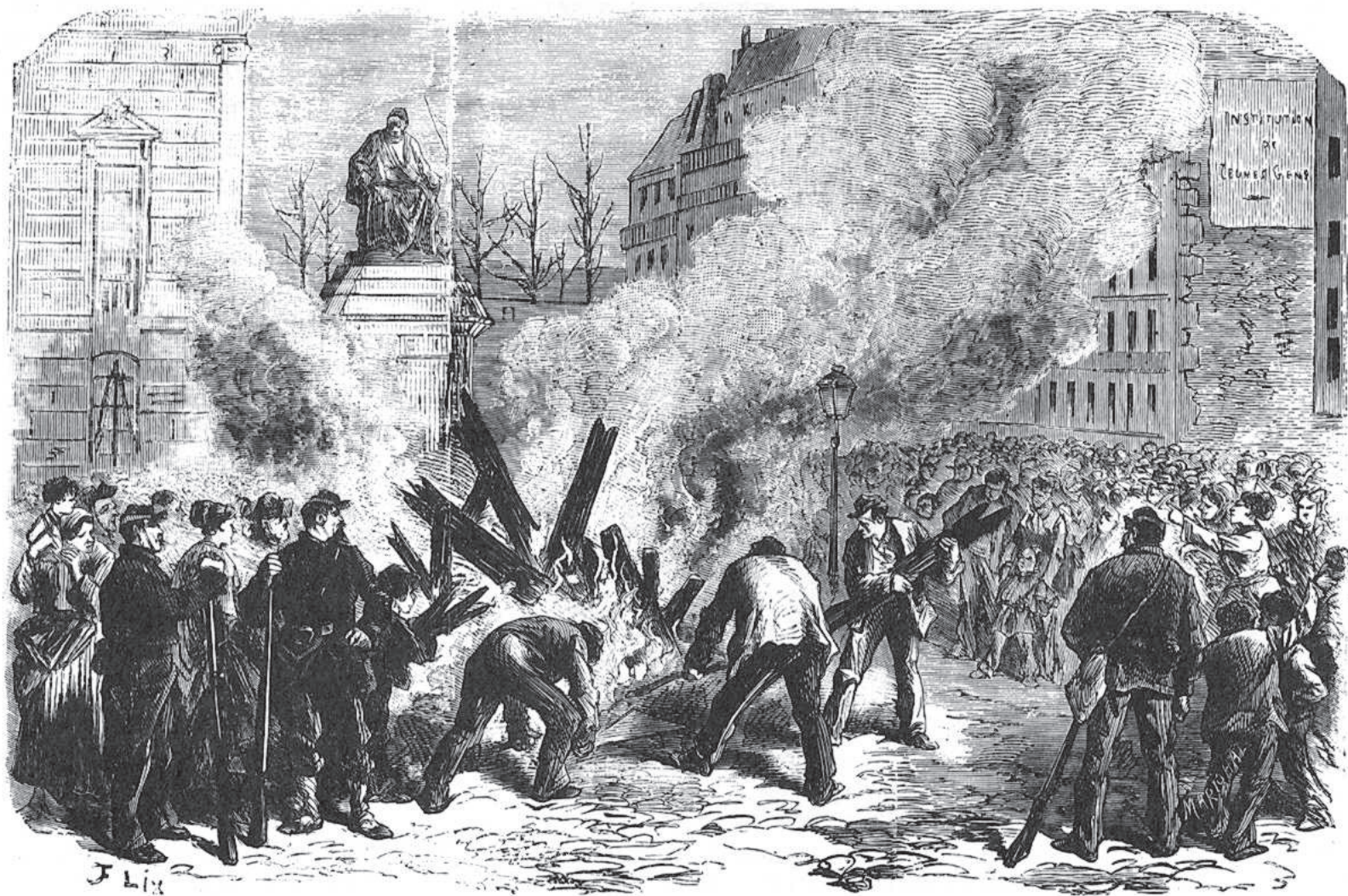


de una mujer que amo, con noble amor trabajo;
¡y así trabajaríamos, ufanos, todo el día,
escuchando el deber cual clarín clamoroso!
¡Qué felices seríamos! Y nadie, nadie digo,
vendría a doblegarnos; no, sobre todo, ¡nadie!
Tengo el fusil colgado sobre la chimenea...

.....

«El aire está preñado de un aroma de guerra.
¿Pero qué te decía? ¡Ah! Que soy chusma; vale.
Y quedan todavía soplones y logreros.
Nosotros somos libres y sufrimos visiones
donde nos vemos grandes; ¡grandes! Ahora mismo,
¿no hablaba del deber tranquilo, de una casa...?
¡Contempla, pues, el cielo! -Lo encontramos pequeño:
¡palmarla de rodillas y con tanto calor!
¡Contempla, pues, el cielo! -Yo me voy con mi gente,
con esta chusma enorme y horrisona que arrastra,
tus cañones decrépitos por el sucio empedrado.
-Cuando nos maten, Sire, los habremos lavado.
-Y si la vemos gritar, si ante nuestra venganza,
las patas de los reyes viejos y pavonados
lanzan sus regimientos, de gala, contra Francia,
allí estaréis vosotros.
¡Pues, a la mierda, perros!»

-Volvió a echar su martillo al hombro.
El gentío
junto a este gigante se sentía embriagado,
y, por el patio inmenso, por los apartamentos,
donde París jadeante ululaba feroz,
un temblor sacudió la muchedumbre inmensa.
Entonces, con su mano, coronada de mugre,
aunque el panzudo rey sudaba, el Herrero,
terrible, el gorro rojo, a la cara le arroja.





LA ORGÍA PARISINA O PARÍS VUELVE A POBLARSE

¡Cobardes, aquí está! ¡La estación os vomita!
El sol ha enjugado con su ardiente pulmón
los paseos que un día ocuparon los Bárbaros.
Ésta es la Ciudad santa, sentada al occidente.

¡Vamos! se han prevenido los reflujos de incendios.
Ved los muelles aquí, allá los bulevares,
las casas sobre el cielo azul, brillante, ingrátido,
antaño constelado por un rubor de bombas.

¡Esconded los palacios muertos en cajoneras!
El viejo día loco refresca los recuerdos.
Ved el rebaño rojo de impúdicas nalgueras :
locos, podréis ser raros, pues vais despavoridos.

Perras que vais en celo comiendo cataplasmas,
las casas de oro os llaman a gritos. ¡Id, volad!
¡Comed! La noche alegre con sus hondos espasmos
ha bajado a la calle. ¡Bebedores aciagos

bebed! Cuando amanece, con luz intensa y loca
que a vuestro lado husmea los lujos desbordados,
¿no os volvéis, frente al vaso, impávidos babosos,
con los ojos perdidos en blancas lejanías?

¡Tragad, para la Reina de nalgas en cascada!.
Escuchad cómo suenan los eructos estúpidos,
¡desgarrados! ¡Oíd, cómo en noches ardientes
saltan con estertores, viejos, peleles, siervos!

¡Corazones mugrientos, bocas horripilantes,
más fuerte, ¡masticad! hediondos gaznates!
Que les traigan más vino a estos lerdos innobles:
la andorga se os derrite de infamia, ¡Vencedores!



¡Desplegad vuestro olfato a las náuseas grandiosas!
¡Emponzoñad las cuerdas que esperan vuestros cuellos!
Posando, en vuestras nucas, sus manos enlazadas
el Poeta os impele, «¡cobardes!, a ser locos».

Como andáis escarbando el vientre de la Hembra
teméis que tenga aún un estremecimiento,
y grite, sofocando vuestra infame camada
contra su duro pecho, con horrible apretón.

Peleles, sifilíticos, locos, reyes, ventrílocuos,
¿qué le puede importar al putón de París
vuestras almas y cuerpos, harapos y ponzoñas?
¡Os zarandeará, hurañas podredumbres!

Y cuando hayáis caído, gimiendo contra el pecho,
derrumbados, pidiendo, locos, vuestro dinero,
la roja cortesana, la de las tetas bélicas
lejos de vuestros miedos, apretará los puños.

Después de haber bailado con furia en las tormentas,
París, tras recibir tan numerosos tajos,
cuando yaces, ahora, guardando en tus pupilas
luminosas, la dicha de un renacer salvaje .

¡Oh ciudad dolorida, oh ciudad casi muerta,
con tu rostro y tus pechos de cara al Porvenir,
ofrecida a la noche de mil puertas vacías,
y que un Pasado horrible podría bendecir:

cuerpo magnetizado para males enormes,
que te bebes la vida, espantosa, de nuevo,
al manar de tus venas un flujo de gusanos
blancos, mientras helados dedos rondan tu amor.

¡Y no está mal! Las larvas, las larvas macilentas
no podrán estorbar tu soplo de Progreso,
igual que las Estringes no apagaron el ojo
azul de las Cariátides que inunda un oro astral .



Aunque sea espantoso verte cubierta así;
aunque nunca ciudad fuera cambiada en úlcera
tan hedionda, en medio de la verde Natura,
el Poeta te dice: «Tu Belleza es espléndida».

La tormenta te ha hecho poesía suprema;
el inmenso bullicio de las fuerzas te alienta;
tu obra hierve, la muerte ruge, ¡Ciudad ungida!
Amontona estridencias en lo hondo del clarín

El Poeta hará suyo el llanto del Infame,
el odio del Forzado, el clamor del Maldito;
y sus rayos de amor flagelarán las Hembras.
Su estrofa brincará: ¡Mirad, mirad, bandidos!
Sociedad, todo ha vuelto a su sitio: la orgía
llora su estertor viejo en el viejo prostíbulo;
y el gas, en su delirio, por las murallas rojas,
arde siniestramente hacia el pálido azul.



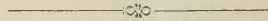
Arthur Rimbaud

LES

ILLUMINATIONS



Notice par Paul Verlaine



PARIS

PUBLICATIONS DE LA VOGUE

1886





DE *LAS ILUMINACIONES*

INFANCIA

I

Este ídolo, ojos negros y crin amarilla, sin padres ni corte, más noble que la fábula, mexicana y flamenca; su dominio, azur y verdor insolentes, corre sobre playas nombradas, por olas sin bajeles, de nombres ferozmente griegos, eslavos, célticos.

En la linde del bosque, - las flores de ensueño tintinean, estallan, relumbran, - la muchacha de labio de naranja, con las rodillas cruzadas en el claro diluvio que surge de los prados, desnudez que ensombran, atraviesan y visten los arco iris, la flora, el mar.

Damas que dan vueltas en las terrazas vecinas al mar; infantas y gigantas, soberbias, negras en el musgo cardenillo, joyas alzadas sobre el suelo feraz de los bosquetes y de los jardincillos deshelados, - jóvenes madres y hermanas mayores de miradas llenas de peregrinaciones, sultanas, princesas de andares y atuendo tiránicos, pequeñas forasteras y personas dulcemente desdichadas.

Menudo aburrimiento la hora del “querido cuerpo” y “querido corazón”.



II

Es ella, la pequeña muerta, detrás de los rosales. - La joven mamá difunta baja la escalinata. - La calesa del primo rechina en la arena. - El hermano pequeño - (¡está en las Indias!) ahí, ante el crepúsculo, sobre el prado de claveles. - Los viejos que han enterrado totalmente tiesos en la muralla de los alhelíes.

El enjambre de hojas de oro rodea la casa del general. Están en el sur. - Se sigue el sendero rojo para llegar al albergue vacío. El castillo está en venta; las persianas están desprendidas. - El cura se habrá llevado la llave de la iglesia. - Alrededor del parque, las casetas de los guardas están deshabitadas. Las empalizadas son tan altas que sólo se ven las cimas rumorosas. Además dentro no hay nada que ver.

128

Los prados suben hacia las aldehuelas sin gallos, sin yunques. La esclusa está levantada. ¡Oh los Calvarios y los molinos del desierto, las islas y las muelas!

Zumban flores mágicas. Los taludes le mecían. Circulaban animales de una elegancia fabulosa. Las nubes se agolpaban sobre la alta mar hecha de una eternidad de cálidas lágrimas.



III

En el bosque hay un pájaro; su canto os detiene y os hace sonrojar.
Hay un reloj que no suena.

Hay un hoyo con un nido de animales blancos.

Hay una catedral que baja y un lago que sube.

Hay un cochecito abandonado en el bosquecillo, o que desciende por el sendero corriendo, adornado con cintas.

Hay una compañía de pequeños comediantes con trajes de escena, divisados en el camino por entre la linde del bosque.

Hay en fin, cuando se tiene hambre y sed, alguien que os echa.



IV

Yo soy el santo, orando en la terraza, - como los animales pacíficos pacen hasta el mar de Palestina.

Yo soy el sabio en el sillón sombrío. Las ramas y la lluvia se arrojan contra el ventanal de la biblioteca.

Yo soy el peatón del camino real entre los bosques enanos; el murmullo de las esclusas cubre mis pasos. Veo largo rato la melancólica lejía dorada del poniente.

130 Con gusto sería el niño abandonado en la escollera que partió hacia alta mar, el pajecillo que sigue la alameda cuya frente toca el cielo.

Los senderos son ásperos. Los montículos se cubren de retamas. El aire está inmóvil. ¡Qué lejos están los pájaros y las fuentes! Esto sólo puede ser el fin del mundo, que avanza.



V

Que me alquilen por fin esa tumba, blanqueada a la cal con las líneas del cemento en relieve - muy lejos bajo tierra.

Me acodo en la mesa, la lámpara ilumina vivamente estos periódicos que, idiota de mí, releo, estos libros sin interés.

A una distancia enorme por encima de mi salón subterráneo, las casas se implantan, las brumas se reúnen. El barro es rojo o negro. ¡Ciudad monstruosa, noche sin fin!

No tan alto, están las cloacas. A los lados, nada más que el espesor del globo. Acaso los abismos de azur, pozos de fuego. Acaso sea en esos planos donde se encuentran lunas y cometas, mares y fábulas.

131

En las horas de amargura imagino bolas de zafiro, de metal. Soy dueño del silencio. ¿Por qué una apariencia de tragaluz palidecería en el rincón de la bóveda?

Barbare

Bien après les jours et les saurons, et les êtres
et les pays,

Le pavillon en viande saignante sur la soie des
mers et des fleurs arctiques, (elles n'existent pas.)

Remis des vieilles fanfares d'hérissement — qui nous
attaquent encore le cœur et la tête — loin des
anciens assassins —

Oh! Le pavillon en viande saignante sur la soie
des mers et des fleurs arctiques; (elles n'existent pas)

Douceurs!

Les ~~foamantes~~^{bravies} gémissent aux rafales de givre,
— Douceurs! — Les feux à la pluie du vent de diamants,
jetés par le cœur terrestre éternellement carbonisé
pour nous. — O monde! —

(Loin des vieilles retraits et des vieilles flammes,
qu'on entend, qu'on sent,)

Les ~~foamantes~~^{bravies} et les écumes. La musique, virement
des souffres et choc de glaces aux astres.

O Douceurs, o monde, o musique! Et là, les
formes, les sœurs, les chevelures et les yeux flottant,
Et les larmes blanches, bouillantes, — Douceurs! —
et la voix féminine aversée au fond des volcans
et des grottes arctiques.

Le pavillon.....



BÁRBARO

Mucho después de los días y las estaciones, y los seres y los países,

El pabellón de carne sangrienta sobre la seda de los mares y las flores árticas (que no existen).

Repuesto de viejas fanfarrias heroicas - que siguen asaltándonos el corazón y la cabeza - lejos de los antiguos asesinos –

¡Oh!, el pabellón de carne sangrienta sobre la seda de los mares y las flores árticas (que no existen).

¡Dulzuras!

Las ascuas, lloviendo en las ráfagas de escarcha, - ¡Dulzuras! - los fuegos en la lluvia del viento de diamantes arrojada por el corazón terrestre eternamente carbonizado para nosotros. - ¡Oh mundo! –

133

(Lejos de los viejos refugios y de las viejas llamas, que se oyen, que se sienten),

Las ascuas y las espumas. La música, vorágine de remolinos y choque de tímpanos en los astros.

¡Oh Dulzuras, oh mundo, oh música! Y allá, las formas, los sudores, las cabelleras y los ojos, flotando. Y las lágrimas blancas, hirvientes, - ¡oh dulzuras! - y la voz femenina llegada al fondo de los volcanes y de las grutas árticas.

El pabellón...

«Solde. -

Se vendre ce que les Juifs n'ont pas vendu, ce que
noblesse ni crime n'ont goûté, ce qu'ignarant l'amar
maudit et la probité infernale des masses; ce que
le temps ni la science n'ont pas à reconnaître;

Les voix reconstituées; l'éveil fraternel de toutes les
énergies chorales et orchestrales, leurs applications
instantanées; l'occasion, unique, de dégager nos sens!

A vendre les corps sans prix, hors de tout usage, de
tout monde, de tout sexe, de toute descendance! Les
richesses jaillissant à chaque démarche! Solde des
diamants sans contrôle!

A vendre l'anarchie ~~pour~~ les masses; la satisfaction
irrépressible pour les amateurs Supérieurs; la mort
atroce pour les fidèles et les amants!

A vendre les habitations et les migrations, sports,
fièvres et comforts parfaits, et le bruit, le mouvement
et l'avenir qu'ils font!

A vendre les applications de calcul et le saut
d'harmonie inouis. En trouvailler et les termes nous
susprounés, possession immédiate,

Elan insensé et infini aux splendeurs invisibles
aux délices insensibles, - et ses secrets affolants pour
chacun vice - et sa gaieté effrayante pour tous foules.

A vendre les corps, les voix, l'immense ~~gratuit~~
inquestionnable, ce qu'on n'a jamais vendu, les splendeurs
ne sont pas à bout de Solde! Les voyageurs n'ont pas
à rendre leur commission de si tôt!

#####



SALDO

¡En venta lo que los judíos no vendieron, lo que ni nobleza ni crimen han degustado, lo que ignoran el amor maldito y la probidad infernal de las masas: lo que ni el tiempo ni la ciencia han de conocer:

Las voces reconstituidas, el despertar fraterno de todas las energías corales y orquestales y sus aplicaciones instantáneas: ¡la ocasión, única, de liberar nuestros sentidos!

¡En venta los cuerpos sin precio, al margen de cualquier raza, mundo, sexo, descendencia! ¡Las riquezas surgiendo a cada paso! ¡Saldo de diamantes sin control!

¡En venta la anarquía para las masas; la satisfacción irreprimible para los aficionados superiores; la muerte atroz para los fieles y los amantes!

¡En venta las moradas y las migraciones, sports, magias y comforts perfectos, y el ruido, el movimiento y el futuro que forman!

135

En venta las aplicaciones de cálculo y los saltos de armonía inauditos. Los hallazgos y los términos insospechados, posesión inmediata,

Impulso insensato e infinito hacia los esplendores invisibles, hacia las delicias insensibles, - y sus secretos enloquecedores para cada vicio - y su alegría aterradora para la multitud –

En venta los Cuerpos, las voces, la inmensa opulencia incuestionable, lo que no se venderá jamás. ¡Los vendedores no han terminado el saldo! ¡Los viajantes no han de entregar tan pronto su comisión!

À une Raison

Un coup de ton doigt sur le tambour décharge
tous les sons et commence la nouvelle harmonie.

Un pas de toi c'est la levée des nouveaux
hommes et leur en-marche.

Ta tête se détourne : le nouvel amour !
Ta tête se retourne, ~ le nouvel amour !

"Change nos lots, vrible les fléaux, à
commence par le temps," te chantent ces
enfants. "Elève n'importe où la substance
de nos fortunes et de nos vœux" on t'en prie,
Arrivée de toujours, qui t'en iras partout.



A UNA RAZÓN

Un golpe de tu dedo sobre el tambor descarga todos los sonidos e inicia la nueva armonía.
Un paso tuyo. Y es el alzamiento de los hombres nuevos y su caminar.

Tu cabeza se vuelve: ¡el nuevo amor! Tu cabeza gira, - ¡el nuevo amor!

“Cambia nuestros lotes, criba las plagas, empezando por el tiempo”, te cantan esos niños. “Eleva no importa adónde la
sustancia de nuestras fortunas y nuestros anhelos”, te ruegan.
Llegada desde siempre, tú que irás por todas partes.



MAÑANA DE EMBRIAGUEZ

¡Oh mi Bien! ¡Oh mi Belleza! ¡Charanga atroz en la que ya no tropiezo! ¡Mágico potro de tormento! ¡Hurra por la obra inaudita y por el cuerpo maravilloso, por la primera vez! Empezó bajo las risas de los niños, acabará por ellas. Este veneno ha de permanecer en todas nuestras venas aun cuando, agriada la fanfarria, seamos devueltos a la antigua armonía. ¡Oh, ahora nosotros, tan dignos de estas torturas!, recojamos fervientemente esta sobrehumana promesa hecha a nuestro cuerpo y a nuestra alma creados: ¡esa promesa, esa demencia! ¡La elegancia, la ciencia, la violencia! Se nos ha prometido enterrar en la sombra el árbol del bien y del mal, deportar las honestidades tiránicas, con el fin de que trajésemos nuestro purísimo amor.

138

Empezó con ciertas repugnancias y acabó, -al no poder agarrar en el acto esa eternidad, - acabó por una desbandada de perfumes.

Risa de niños, discreción de esclavos, austeridad de vírgenes, horror por las figuras y los objetos de aquí, ¡sacrosantos seáis por el recuerdo de esta vigilia! Empezaba con la mayor zafiedad, y concluye por ángeles de llama y de hielo.

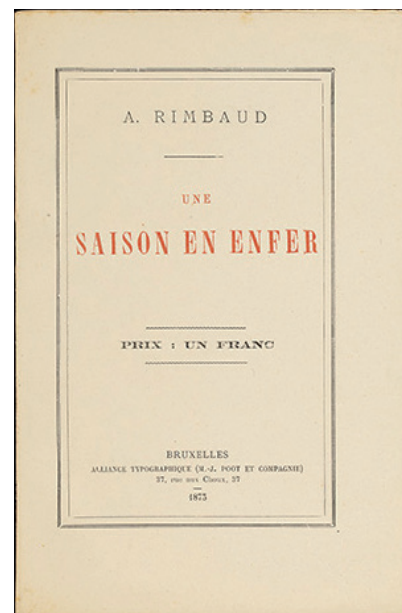
Breve vigilia de embriaguez, ¡santa!, aunque sólo fuera por la máscara con que nos has gratificado. ¡Nosotros te afirmamos, método! No olvidamos que ayer has glorificado cada una de nuestras edades. Tenemos fe en el veneno. Sabemos dar nuestra vida entera todos los días.

He aquí el tiempo de los Asesinos.



DE *UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO* (Fragmento)

MALA SANGRE



139

HEREDÉ de mis antepasados galos los ojos azulblancos, el juicio estrecho, y la torpeza en la lucha. Considero mi vestimenta tan bárbara como la suya. Pero no engraso mis cabellos.

Los galos fueron los desolladores de bestias, los incendiarios de hierbas más ineptos de su tiempo.

De ellos, heredo: la idolatría y el amor al sacrilegio; —¡oh! todos los vicios, cólera, lujuria,— magnífica, la lujuria; —y sobre todo mentira y pereza.

Me horrorizan todos los oficios. Patrones y obreros, todos plebe, innobles. La mano que maneja la pluma vale tanto como la que conduce el arado. —¡Qué siglo de manos!— Yo nunca tendré mano. Además, la domesticidad lleva demasiado lejos. Me exaspera la honradez de la mendicidad. Los criminales repugnan como los castrados: en cuanto a mí, estoy intacto, y me da lo mismo.

¡Pero! ¿quién hizo mi lengua tan pérfida como para que guiara y protegiera hasta ahora mi pereza? Sin servirme de mi cuerpo ni siquiera para vivir, y más ocioso que el sapo, he vivido en todas partes. No existe una familia de Europa que no conozca. —Hablo de familias como la mía, que lo deben todo a la declaración de los Derechos del Hombre. —¡He conocido cada hijo de familia! ¡Si poseyera antecedentes en algún punto de la historia de Francia! Pero no, nada.



Es evidente que siempre fui de raza inferior. No comprendo la rebeldía. Mi raza sólo se sublevó para saquear: como los lobos al animal que no mataron.

Recuerdo la historia de Francia, hija mayor de la Iglesia. Villano, habría hecho el viaje a Tierra Santa; rememoro caminos de las llanuras suabas, panoramas de Bizancio, murallas de Solima; el culto a María, el enternecimiento por el crucificado se despiertan en mí entre mil fantasías profanas. —Estoy sentado, leproso, sobre tiestos y ortigas, al pie de un muro roído por el sol.— Más tarde, mercenario, habría vivaqueado bajo las noches de Alemania.

¡Ah! más aún: con viejas y niños danzo el Sabbat en el rojizo claro de un bosque.

Mi recuerdo no va más allá de esta tierra y del cristianismo. Jamás terminaré de verme en ese pasado. Pero siempre solo; sin familia; ¿qué lenguaje hablaría? Nunca me veo en los consejos de Cristo; ni en los consejos de los Señores, —representantes de Cristo.

Quienquiera que yo fuese en el siglo pasado, sólo vuelvo a encontrarme hoy. Nada de vagabundos, nada de guerras vagas. La raza inferior lo cubrió todo —el pueblo, como se dice, la razón; la nación y la ciencia.

¡Oh! ¡la ciencia! Todo se ha retomado. Para el cuerpo y el alma, —el viático,— contamos con la medicina y la filosofía, —los remedios de buenas mujeres y las canciones populares arregladas. ¡Y los entretenimientos de los príncipes y los juegos que ellos prohibían! ¡Geografía, cosmografía, mecánica, química!...

140

La ciencia, ¡la nueva nobleza! El progreso. ¡El mundo marcha! ¿Por qué no habría de girar?

Es la visión de los números. Vamos hacia el Espíritu. Lo que digo es muy cierto, es oráculo. Comprendo, e incapaz de explicarme sin palabras paganas, quisiera enmudecer.

¡La sangre pagana retorna! El Espíritu está próximo, ¿por qué no me ayuda Cristo confiriéndole a mi alma nobleza y libertad? ¡Ay! ¡el Evangelio ha muerto! ¡el Evangelio! ¡el Evangelio!

Espero a Dios con verdadera gula. Soy de raza inferior por toda la eternidad.

Heme aquí en la playa armoricana. Que las ciudades se iluminen en la noche. He cumplido mi jornada; abandono a Europa. El aire marino quemará mis pulmones; me curtirán los climas perdidos. Nadar, pisotear hierba, cazar, sobre todo fumar; beber licores fuertes como metal hirviendo, —a semejanza de aquellos queridos antepasados alrededor de los fuegos.

Regresaré, con miembros de hierro, la piel ensombrecida, la mirada furiosa: por mi máscara, me juzgarán de una raza fuerte. Tendré oro: seré ocioso y brutal. Las mujeres cuidan a esos feroces lisiados reflujo de las tierras cálidas. Intervendré en política. Salvado.



Ahora estoy maldito, tengo horror a la patria. Lo mejor, es dormir, completamente ebrio, sobre la playa.

No se parte. —Retomemos los caminos de aquí, cargado con mi vicio, el vicio que echó sus raíces de sufrimiento en mi flanco, desde la edad de la razón —que sube al cielo, me azota, me derriba, me arrastra.

La última inocencia y la última timidez. Lo dicho. No llevar al mundo mis repugnancias y mis traiciones.

¡Vamos! La marcha, el fardo, el desierto, el hastío y la cólera.

¿A quién alquilarme? ¿A qué bestia adorar? ¿A qué imagen santa atacar? ¿Qué corazones destrozaré? ¿Qué mentira debo sostener?—¿Sobre qué sangre caminar?

Cuidarse, más bien, de la justicia. —La vida dura, el simple embrutecimiento, — levantar, con el puño reseco, la tapa del fétetro, sentarse, sofocarse. Así, nada de peligros, ni de senectud: el terror no es francés.

—¡Ah! me encuentro tan abandonado que ofrezco a cualquier divina imagen mis impulsos hacia la perfección.

¡Oh mi abnegación, oh mi caridad maravillosa! ¡aquí abajo, sin embargo!

De profundis Domine, ¡si seré estúpido!

Cuando aún era muy niño, admiraba al presidiario intratable tras el cual se cierran siempre las puertas de la cárcel; visitaba los albergues y las posadas que él había santificado con su presencia; veía con su idea el cielo azul y el florido trabajo del campo; husmeaba su fatalidad en las ciudades. Él era más fuerte que un santo, más sensato que un viajero—y él, ¡sólo él! como único testigo de su gloria y de su razón.

141

En las rutas, durante las noches de invierno, sin techo, sin ropas, sin pan, una voz oprimía mi corazón helado: «Debilidad o fuerza: hete aquí, es la fuerza. No sabes a dónde vas ni por qué vas, entra en todas partes, responde a todo. Como si fueras un cadáver ya no te podrán matar.» A la mañana tenía una mirada tan extraviada y un aspecto tan muerto que aquellos que encontré quizá no me hayan visto.

En las ciudades el fango se me aparecía súbitamente rojo y negro, como un espejo cuando la lámpara circula en la habitación contigua, ¡cual un tesoro en el bosque! Buena suerte, exclamaba, y vacía un mar de llamas y humo en el cielo; y, a izquierda, a derecha, todas las riquezas resplandecientes como un millar de rayos.

Pero la orgía y la camaradería de las mujeres me estaban prohibidas. Ni siquiera un compañero. Me veía ante una multitud exasperada, ante el pelotón de ejecución, llorando la desgracia de que ellos no hubieran podido comprender, ¡y perdonando! —¡Como Juana de Arco!— «Sacerdotes, profesores, maestros, os equivocáis al entregarme a la justicia. Jamás pertenezco a este pueblo; nunca he sido cristiano; pertenezco a la raza que cantaba en el suplicio; no comprendo las leyes; carezco de sentido moral, soy una bestia: estáis equivocados».



Sí, tengo los ojos cerrados a vuestra luz. Soy una bestia, un negro. Pero puedo ser salvado. Vosotros sois falsos negros, vosotros: maniáticos, feroces, avaros. Mercader, tú eres negro; magistrado, tú eres negro; general, tú eres negro; emperador, vieja comezón, tú eres negro: has bebido un licor sin impuesto, de la fábrica de Satanás. —Este pueblo se inspira en la fiebre y el cáncer. Inválidos y ancianos son tan respetables que piden que los hiervan. —Lo sagaz es abandonar este continente, donde ronda la locura para proveer de rehenes a esos miserables. Yo entro en el verdadero reino de los hijos de Cam.

¿Conozco tan siquiera la naturaleza? ¿Me conozco? —Basta de palabras. Sepulto a los muertos en mi vientre. ¡Gritos, tambor, danza, danza, danza, danza! Ni siquiera vislumbro la hora en que, al desembarcar los blancos, me precipitaré en la nada.

¡Hambre, sed, gritos, danza, danza, danza, danza!

Los blancos desembarcan. ¡El cañón! Hay que someterse al bautismo, vestirse, trabajar.





ADIÓS

El otoño ya! —Pero por qué añorar un sol eterno, cuando estamos empeñados en descubrir la claridad divina, —lejos de las gentes que mueren en las estaciones.

El otoño. Nuestra barca en lo alto de las brumas inmóviles vira hacia el puerto de la miseria, la ciudad enorme de cielo manchado de fuego y lodo. ¡Ah! ¡Los harapos podridos, el pan empapado en lluvia, la embriaguez, los mil amores que me han crucificado! ¡No acabará nunca esta soberana vampiro de millones de almas y de cuerpos muertos y que serán juzgados! Vuelvo a verme la piel devorada por el fango y la peste, llenos de gusanos los cabellos y las axilas y con gusanos aún mayores en el corazón, tendido entre desconocidos sin edad, sin sentimiento... Hubiera podido morir allí... ¡Horrible evocación! Execro la miseria.

¡Y temo al invierno por ser la estación del “confort”!

—A veces veo en el cielo playas sin fin cubiertas de blancas naciones jubilosas. Por encima de mí, un enorme navío de oro agita sus pabellones multicolores en las brisas de la mañana. He creado todas las fiestas, todos los triunfos, todos los dramas. He tratado de inventar nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevos idiomas. Creí adquirir poderes sobrenaturales. ¡Y bien! ¡Debo enterrar mi imaginación y mis recuerdos! ¡Bella gloria de artista y de narrador perdida!

¡Yo! ¡Yo que me consideré ángel o mago, dispensado de toda moral, soy restituido a la tierra, con un deber que hay que buscar, y una rugosa realidad que es necesario estrechar! ¡Patán!

143

¿Me engaño? ¿La caridad sería, para mí, hermana de la muerte?

En fin, pediré perdón por haberme nutrido de falsedad. ¡Y adelante!

¡Pero ni una mano amiga! ¿Y adónde pedir socorro?

*

Sí, la nueva hora al menos es muy severa. Porque puedo decir que alcancé la victoria: el rechinar de dientes, los silbos del fuego, los suspiros pestíferos se moderan. Todos los inmundos recuerdos se desvanecen. Mis últimos pesares escapan, —celos de los mendigos, los bandoleros, los amigos de la muerte, los retardados de toda especie. —Condenados, ¡si yo me vengase!

Hay que ser absolutamente moderno.

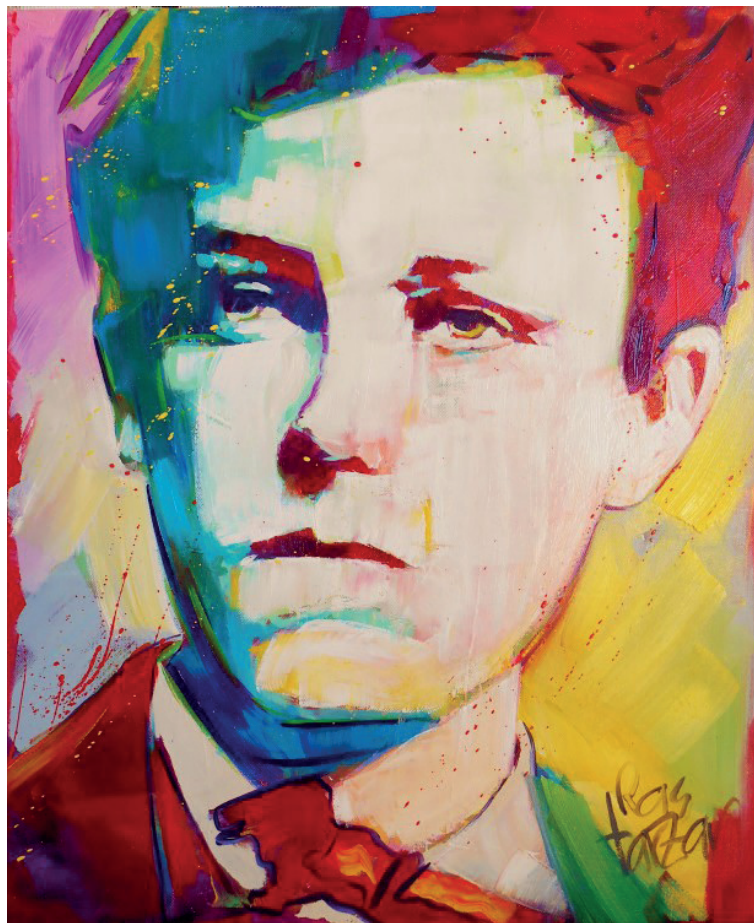


Nada de cánticos: conservar lo ganado. ¡Dura noche! La sangre reseca humea sobre mi rostro, y detrás de mí sólo tengo ese horrible y diminuto arbusto... El combate espiritual es tan brutal como la batalla de los hombres; pero la visión de la justicia es el placer de Dios únicamente.

Entretanto es la víspera. Recibimos todos los influjos de vigor y de auténtica ternura. Y al llegar la aurora, armados de ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades.

¡Qué hablaba yo de mano amiga! Es una ventaja considerable poder reírme de los viejos amores engañosos y cubrir de vergüenza a esas parejas embusteras, —he visto allá el infierno de las mujeres; —y me será posible poseer la verdad en un alma y un cuerpo.

Abril - agosto, 1873.





Traducciones

Antolín Rato tradujo *Rimbaud* de **Jack Kerouac**.

Gumpert Melgosa y **Xavier González Rovira** tradujeron el poema *Sueño de Arthur Rimbaud*, poeta y vagabundo de **Antonio Tabucchi**.

Rafael Patiño trajo los poemas *Cuando Rimbaud cae del cielo* de **Peter Holvoet-Hanssen**, *Rimbaud el fugado* de **Sonia Cotten**, *Para Rimbaud* de **Jack Keguenne**, y *Crimen de no retorno* de **James Noël**.

Carlos Ciro tradujo el poema *Rimbaud Inverso* de **Nuno Júdice**.

Raúl Gustavo Aguirre tradujo el poema *¡Hiciste bien en partir, Arthur Rimbaud!* de **René Char**.

Marco Antonio Campos tradujo el texto *Mi hermano Arthur*, de **Isabelle Rimbaud**.

J. A. Rémy tradujo el texto *La cólera en la sangre* de **Daniel Rops**.

Alfredo Silva Estrada tradujo el capítulo *Una temporada en el infierno* del libro *Rimbaud por sí mismo* de Ives Bonnefoy.

Luis Echávarri tradujo el texto *Surrealismo y revolución* de **Albert Camus**.

Ramón Buenaventura tradujo las *Cartas del Vidente* de **Arthur Rimbaud**.

Francesc Parcerisas tradujo las *Cartas Abisinias* de **Arthur Rimbaud**.

Luis López Nieves tradujo los poemas *El Herrero* de **Arthur Rimbaud** y *La orgía parisina o París vuelve a repoblarse*.

Cintio Vitier tradujo los poemas en prosa que hacen parte de *Las Iluminaciones* de **Arthur Rimbaud**, y que se incluyen en esta obra antológica.

Oliverio Gironde y **Enrique Molina** tradujeron los textos pertenecientes a *Una temporada en el infierno* de **Arthur Rimbaud**, incluidos en esta obra.

Ilustraciones y fotografías

145

Carátula. **Darío Villegas**.

Pág. 12. Daguerrotipo de Rimbaud. **Étienne Carjat**.

Pág. 14. Dibujo de Rimbaud y Verlaine. **Félix Régamey**.

Pág. 18. Fotografías de Rimbaud en Abisinia. **Arthur Rimbaud**.

Pág. 21. Pintura *Un rincón de la mesa* (fragmento con Rimbaud). **Henri Fantin-Latour**.

Pág. 22. Daguerrotipo de Rimbaud. **Étienne Carjat**.

Pág. 23. Daguerrotipo de Carlos Marx.

Pág. 27. Dibujo de Rimbaud. **Jean Cocteau**.

Pág. 28. Dibujo de Rimbaud. **Cazals**.

Pág. 30. Fotografía del Sahara. **Blanco y Negro Estudio**.

Pág. 34. Dibujo de Rimbaud. **Pablo Picasso**.

Pág. 36. Maleta de Rimbaud. Fotografía: **Fernando Rendón**.

Pág. 38. Pintura de Arthur Rimbaud. **Fernand Léger**.

Pág. 41. Dibujo de Rimbaud. **Paul Verlaine**.

Pág. 42. Dibujo de Rimbaud. **Ewa Klos**.

Pág. 47. Collage sobre Rimbaud. **Ernest Pignon**.

Pág. 48. Grabado sobre Rimbaud. **Luque**.



- Pág. 54. Dibujo de Rimbaud. **Tulio Pericole.**
Pág. 56. Dibujo de Rimbaud. **Paul Verlaine.**
Pág. 58. Escultura a Rimbaud. **Paul Prescott.**
Pág. 60. Daguerrotipo de Rimbaud. Étienne **Carjat.**
Pág. 60. Dibujo de Rimbaud, moribundo. **Isabelle Rimbaud.**
Pág. 66. Fotografía de Paul Verlaine. **Paul Marsan-Dornac.**
Pág. 68. Estampilla francesa celebratoria de Rimbaud.
Pág. 70. Dibujo de Rimbaud. **Jean-Louis Forain.**
Pág. 72. Dibujo de Rimbaud. **Ernest Delahaye.**
Pág. 76. Dibujo de Rimbaud. **Paul Verlaine.**
Pág. 84. Carta de Arthur Rimbaud a Georges Izambard. Noviembre 2, 1870. Manuscrito.
Pág. 85. Daguerrotipo de Georges Izambard.
Pág. 92. Mapa de Abisinia, durante la época de los viajes de Arthur Rimbaud.
Pág. 94. Carta de Menelik II, Negus de Abisinia, a Rimbaud.
Pág. 94. Fotografía del Emperador Menelik II.
Pág. 102. Mapa del itinerario de Rimbaud en Etiopía.
Pág. 105. Fotografía de Mariam Rimbaud, compañera de Rimbaud en Yemen. **Arthur Rimbaud.**
Pág. 112. Señalización de la Calle Arthur Rimbaud en Charleville. Fotografía: **Fernando Rendón.**
Pág. 114. Manuscrito del poema ¿Qué son para nosotros, corazón?, de Rimbaud.
Pág. 116. Manuscrito de la primera página del poema *El Herrero* de Rimbaud.
Pág. 126. Portada de la primera edición de *Las Iluminaciones* de Arthur Rimbaud (1886), con prólogo de Paul Verlaine.
Pág. 132. Manuscrito del poema *Bárbaro*, de Rimbaud.
Pág. 134. Manuscrito del poema *Saldo*, de Rimbaud.
Pág. 136. Manuscrito del poema *A una razón*, de Rimbaud.
Pág. 139. Portada de la primera edición de *Una temporada en el infierno* de Rimbaud (Bruselas, 1873).
Pág. 142. Retrato de Rimbaud. **Valentine Hugo.**
Pág. 144. Pintura de Arthur Rimbaud. **Dada Wa.**



CONTENIDO

Estación Rimbaud. (Al espíritu de rebelión). Juan Manuel Roca (Colombia).....	7
--	---

I. POEMAS PARA RIMBAUD

Rimbaud. Jack Kerouac (Estados Unidos).....	13
Birds in the Night. Luis Cernuda (España).....	19
Rimbaud. Gonzalo Rojas (Chile).....	21
Homenaje de esmeralda a Rimbaud. Francisco Madariaga (Argentina).....	22
Café de noche. Luis Rogelio Nogueras (Cuba).....	23
Posible encuentro de Louise Michel y Jean Arthur Rimbaud en la comuna. Juan Manuel Roca (Colombia).....	25
Sueño de Arthur Rimbaud, poeta y vagabundo. Antonio Tabucchi (Italia).....	26
Hospital de la Concepción. Marco Antonio Campos (México).....	27
Enigma. Juan Carlos Mestre (España).....	31
Hospitales. Ángel Escobar (Cuba).....	32
La belleza. Juan Calzadilla (Venezuela).....	33
El insomnio de Rimbaud. José Ángel Leyva (México).....	34
Carta a un amigo en Francia. Fernando Rendón (Colombia).....	35
En la estancia de oro. José María Álvarez (España).....	37
Rimbaud. Enrique Lihn (Chile).....	39
Cuando Rimbaud cae del cielo. Peter Holvoet-Hanssen (Bélgica).....	40
Balada de Juan Arturo el galo. Rafael Patiño (Colombia).....	41
El francotirador. Jorge Boccanera (Argentina).....	42
Rimbaud. Tallulah Flores (Colombia).....	43
Rimbaud el fugado. Sonia Cotten (Canadá).....	44
Jean Arthur Rimbaud o la suite negra. Carlos de Rokha (Chile).....	45
El alquimista. Jorge Torres (Colombia).....	46
Explicação. Juan Gelman (Argentina).....	47
Rimbaud. Leopoldo María Panero (España).....	48
Señor Rimbaud. Carlos Héctor Trejos (Colombia).....	49
Para Rimbaud. Jack Keguenne (Bélgica).....	50
Orfeo de Charleville. Jairo Guzmán (Colombia).....	51
Crimen de no retorno. James Noël (Haití).....	52
Rimbaud inverso. Nuno Júdice (Portugal).....	55
Camino de Harar. Antonio Conte (Cuba).....	56
¡Hiciste bien en partir, Arthur Rimbaud! René Char (Francia).....	57



II. UN MAPA PARA ARMAR

Ante un retrato de Rimbaud. Héctor Rojas Herazo (Colombia).....	61
Mi hermano Arthur (Fragmento). Isabelle Rimbaud (Francia).....	63
Arthur Rimbaud (Fragmento). Paul Verlaine (Francia).....	65
La cólera en la sangre. Daniel Rops (Francia).....	67
La obra de Rimbaud ha modificado la vida moral de las personas.	
Pere Gimferrer (España).....	69
Centenario de Rimbaud. Alejo Carpentier (Cuba).....	71
Del Prólogo a <i>Las Iluminaciones</i>. Cintio Vitier (Cuba).....	75
Jean Arthur Rimbaud. José Lezama Lima (Cuba).....	76
<i>Una temporada en el infierno.</i> Yves Bonnefoy (Francia).....	77
Surrealismo y revolución. Albert Camus (Francia).....	81

III. CARTAS DE RIMBAUD

Cartas del vidente	85
Carta desde Génova	89
Carta desde Chipre	91
Cartasabisinias	93

IV. POEMAS DE RIMBAUD

¿Qué son para nosotros, corazón?	115
El Herrero	117
La orgía parisina o París vuelve a poblarse	123
De <i>Las Iluminaciones</i>. Infancia	127
Bárbaro	133
Saldo	135
A una razón	137
Mañana de embriaguez	138
De <i>Una temporada en el infierno</i>. Mala sangre	139
Adiós	143
Traducciones, ilustraciones y fotografías	145

Este libro se terminó de imprimir en Medellín, en junio de 2016,
145 años después de los sucesos de la Comuna de París,
en los que tomó parte el genial poeta francés Jean Arthur Rimbaud,
en cuyo homenaje el Festival Internacional de Poesía de Medellín edita esta obra.





Carta al doctor Trustler

El árbol que mueve a algunos a lágrimas de felicidad,
En la mirada de otros no es más que un objeto verde
Que se interpone en el camino.
Algunas personas ven la naturaleza como algo ridículo y deforme,
Pero para ellos no dirijo mi discurso;
Y aún algunos pocos no ven en la naturaleza nada especial.
Pero para los ojos de la persona de imaginación,
La naturaleza es la imaginación misma.
Así como un hombre es, ve.
Así como el ojo es formado,
Así es como sus potencias quedan establecidas.

(William Blake)